GUILLERMO GÓMEZ WINDHAM

LA CARRERA DE CÁNDIDA

NOVELAS CORTAS : CUENTOS : ARTÍCULOS

ILOILO
ISLAS FILIPINAS
1921

ES PROPIEDAD

EDITORIAL CATALANA-Secció d'Impremta-Mallorca, 257 i 259-Barcelona

ÍNDICE

	Págs.
Lector:	5
La Carrera de Cândida	7
La Odisea de Sing-a.	44
Un Erótico Singular	99
El Espectador.	113
Incompatibilidad de Paladares	122
El Príncipe Cruel.	132
Cigarras de Ayer	145
Suicidio Espiritual	156
Mundo Nuevo, Vida Nueva	167
La Infinita Estulticia.	169
Un Día en Manila	174

LECTOR:

La circunstancia de publicarse un nuevo libro autor filipino en idioma castellano podría su-rme la idea de hacer, a guisa de prólogo, una ve reseña del estado actual de la literatura stellana en Filipinas. Acuciaría este propósi- el hecho de haber recibido, estos días, el tomo versos De mi jardín sinfónico..., *que me remi- amablemente José Hernández Gavira, editado aquella imprenta de* Cultura Filipina, *que tiene ra mi recuerdos indel·bles...*

Pero cuando iba a coger la máquina para es- bir estas líneas y, desechando la vana preten- n de descubrir *la personalidad literaria de Gui- rmo Gómez, el pulcro escritor tan conocido en lo el archipiélago, quería intentar una síntesis bre aquel tema, para mí tan grato, y una su- ta disquisición sobre las modalidades filipinas l castellano, modalidades de léxico y de sinta- , surgen en mi memoria con empuje avasalla- r, sin darme espacio para defenderme, las evo- ciones admirables de* La carrera de Cándida *y* odisea de Sing-a. *Rendida la memoria, ca- tula inmediatamente el corazón. Y aquí me nes, lector amigo, sin poder articular palabra*

ni escribir frase que no sea para traducir ese estado de mi espíritu.

La fuerza evocadora de las narraciones de Guillermo es tan poderosa y tiene una eficacia tan cordial que, en estos instantes no puedo apartar de mi imaginación una tarde calurosa del mes de agosto de 1905, en que recorrí por vez primera las calles de San Pedro. *Y en el bullicio de la vida intensa de Barcelona, de esta Barcelona amable y clara, que después de tantos años de ausencia me ha acogido con todo su cariño de madre, persiste tenaz en la memoria y en el corazón el recuerdo de un archipiélago maravilloso — ¡luz en las almas y en los campos luz.*

Filipinas, la tierra inolvidable donde es amigo cuanto alumbra el sol, *ejerce sobre todos los hombres de otras tierras y otras razas que en su «encantado suelo» han vivido una influencia, una atracción ineludible. Esta atracción perdura a través del tiempo y del espacio. Y perdura cada vez con más fuerza, cada vez con más energía, cada vez con más vigor.*

Y yo también, apesar del amor con que me retiene esta dulce patria, Cataluña, siento «algunas noches», «en lo mejor del sueño», como Sing-a en su aldea de Swa-Be-Tao, el deseo de morar en Balsa, *durmiendo «al arrullo de aquella melancólica música de playa de Oceanía, producida por el rumor combinado y acorde del mar al morir sobre la arena y de las hojas de las palmeras al ser agitadas por el viento...»*

JOAQUÍN PELLICENA CAMACHO

LA CARRERA DE CANDIDA

I

La isla y la provincia de X..., al Sudoeste del grupo bisayo que constituye el centro de Filipinas, cuenta, además de su capital, San Pedro, con dos o tres pueblos de esos que se llaman hoy día «progresivos» porque tienen su plaza pública ajardinada, su municipio, su mercado y por lo menos una de sus casa-escuelas de cemento armado y pretenciosa arquitectura, ocho o diez caserones de materiales fuertes alrededor de la plaza, y hasta una docena de automóviles de propiedad particular.

Tales pueblos suelen deber su prosperidad a los tres o cuatro barrios de que son matriz, en las extensas sementeras de los cuales el aparcero y su fiel carabao sudan de sol a sol durante las temporadas de siembra y recolección para producir el arroz que dará, a él sustento miserable, a los dueños de la tierra riquezas y abundancias.

Uno de estos pueblos es Pinilian y uno de sus barrios es Ermita (llamado así porque en otros tiempos de mayor fé hubo una en él) de donde es oriunda la protagonista de esta histo-

ria, hija de uno de los aparceros más trabajadores y más ahorrativos de la jurisdicción. Cándida, que así se llama, había heredado de su padre un cuerpo fuerte y musculoso, suavizadas las líneas por la dulce tendencia femenil a la curva, y una voluntad tenaz; y de su madre una cabellera espléndida que la llegaba a los tobillos y unos ojos graciosamente rasgados y un tono de ámbar claro en la piel, reminiscentes de algún lejano y olvidado ascendiente mongólico. A los trece años era una arrogante muchacha, un tipo casi perfecto de la poco llamativa pero atrayente y seductora belleza oriental, tanto más picante cuando que en ella iba revestida en sumo grado de ese gracioso aire de esquivez y seriedad que adoptan las chicas bonitas y precoces cuando se ponen de largo y creen ver en todo hombre un importuno pretendiente digno de desdén.

En Pinilían hay escuela «intermedia», donde Cándida, después de terminado el curso de instrucción primaria en Ermita, ingresó, y donde se atrajo las simpatías de Miss Jones, la maestra americana, solterona angulosa y rubia que había dedicado todos sus entusiasmos a la causa del sufraguismo militante.

Miss Jones intimó con Cándida en pocos meses, invitándola con frecuencia a su *bungalow*, paseando y charlando con ella por las tardes, y prestándola todos los *magazines* a que estaba suscrita. Explicábala que el feminismo modernísimo en América no era únicamente asunto de conquistar el voto para la mujer, de darla la parte que en justicia la correspondía en la confección de leyes y el manejo de los asuntos públicos, puesto que esta aspiración podía ya darse por conseguida. Era también la invasión de todos aquellos campos de actividad humana que el

hombre hasta hoy había acaparado convirtiéndolos en cerrado coto para su sexo. Centenares de ocupaciones, profesiones y oficios que hasta hacía muy pocos años se consideraban exclusivamente masculinos, iban cayendo rápidamente en manos de la mujer. Y esto ocurría sin que ellas se vieran precisadas, como se creía antes, a sacrificar su «feminidad» en lo más mínimo, sin que perdieran los atractivos y las ventajas que proporciona la belleza y la debilidad. No se trataba de permutar una fuerza por otra, sino de agregar a las cualidades privativas de la mujer, las de inteligencia, actividad y energía del hombre. Conseguido este resultado ¿quién las disputaría el dominio del mundo?

Cándida a los quince años había llegado a entender el inglés, si no a la perfección, lo bastante al menos para comprender la sustancia de lo que leía. Allí estaban, en las páginas de los *magazines*, impresas en lujoso papel satinado e ilustradas con bellos y artísticos grabados, las heroínas del sexo. Miss A... se encontraba a los dieciocho años a la cabeza de una hacienda (*farm*) que, debido a malas operaciones de su padre, estaba comida de hipotecas. Ella, con su superior inteligencia y educación (*training*), en un año convertía los semiáridos terrenos en fructífero vergel donde se daban toda clase de reproductivas cosechas. (Retrato de Miss A..., muy graciosa, vestida de *farmerette*, apoyada en un bieldo, y destacándose en el fondo un enorme montón de heno.) Miss B... manejaba una mina de carbón a los veinte años. Se entendía perfectamente con los mineros, seres brutales que, dominados por el encanto de la niña, nunca se atrevían a declararse en huelga. Ella misma (muy mona en la fotografía con el traje y gorro

de minero que la daban un aire picaresco de «golfo» de zarzuela), provista de pico y pala, daba ejemplo de actividad buscando y siguiendo las vetas del elusivo combustible, lo que no la impedía el concurrir por las noches, pergeñada de señorita elegante y acompañada de sus jóvenes amigos y admiradores, a las fiestas y a los bailes que se dieran en varias leguas a la redonda. Miss C... había ingresado en calidad de ínfima empleada en un gran establecimiento de ventas al por mayor. Al año, sus felices iniciativas, ejecutadas atrevidamente por ella misma y por encima de la oposición de sus viejos y conservadores jefes, habían producido un tan gran ensanche de los negocios, que los dueños, al fin conquistados, hacíanla directora de la casa y la daban participación generosa en las ganancias. Allí aparecían también Miss D..., insigne periodista; Mrs. E..., «jueza» de un tribunal neo-yorkino; Mrs. F..., «montera» mayor de los bosques de Colorado, y otras y otras, a centenares, a millares, ocupando puestos que nadie hubiera soñado en adscribir a la mujer.

La lectura de todos aquellos artículos, cuentos o historietas, en que implícita o explícitamente se proclamaba, no solamente la igualdad de la mujer y del hombre para realizar todas las actividades de la vida, sino también la superioridad de aquella sobre éste en muchos casos, inflamó la imaginación de Cándida despertando en ella ese deseo de imitar, primer tributo que rinden las almas sencillas a lo que admiran. ¿Por qué no había ella de llegar a ser, con el tiempo y mediante el esfuerzo necesario, lo que aquellas resueltas y decididas muchachas del otro lado del océano, que como secretarias, taquígrafas, telefonistas, agentes de ventas, «nurses», abogadas,

«detectives», etcétera, llevaban el peso de oficinas, negociados y almacenes, ganando dinero, recorriendo mundo, «viviendo sus vidas», y acabando por casarse con algún millonario, enamorado no tanto de sus encantos como de su saber, y a quien manejaban y dominaban a capricho?

Estas ideas y los planes para realizarlas, que al principio germinaron en su mente de una manera vaga y confusa, fueron arraigándose sin sentir y acabaron por tomar cuerpo y definirse clara y categóricamente cuando murió el padre, el viejo aparcero, hombre demasiado chapado a la antigua y de voluntad bastante enérgica para haber aprobado y consentido proyectos tan «modernistas» respecto al porvenir de su única hija. Con la madre, ignorante campesina que había sido toda su vida una sumisa bestia de carga y a quien Cándida con su relativa cultura tenía fascinada, todo fué fácil y hacedero.

Sin hombre en la familia, decidieron devolver las tierras al propietario; vendieron la casa, el ganado y los aperos de labranza heredados; depositaron el par de miles de pesos recibidos en el Banco Postal de Ahorros a nombre de ambas por mitad; la vieja fuése a residir con unos parientes en Pinilían, y Cándida comenzó a poner por obra su magno proyecto de conquistarse ella sola, sin ayuda ni amparo de nadie, un puesto importante en la vida, tomando el tren para San Pedro con el fin de matricularse en un «*business course*» o curso mercantil en uno de los más afamados institutos de dicha capital.

La despedida fué triste, amarguísima, como si ambas presintieran que fuera eterna, pero no abundaron las lágrimas, obedeciendo al aparente estoicismo natural de una raza que no prodiga el llanto.

II

San Pedro, capital de provincia, puerto de altura y centro comercial e industrial de varias islas ricas y prósperas, con su comercio activo, su aire de relativo cosmopolitismo, sus tiendas y bazares, sus «cines» y «cabarets», sus colegios y hospitales, sus hoteles y casinos, su circulación intensa y activa, deslumbró al principio a la modesta campesina.

Poco tardó, sin embargo, en acostumbrarse al nuevo ambiente, con esa facilidad de adaptación al medio que las mujeres tienen, por regla general. Aprendió en seguida a peinarse como las de la ciudad, a llevar como ellas siempre tiesas las mangas de la airosa camisa de mestiza, y a bañarse y adobarse con más frecuencia y con mayor arte que no allá en su pueblo y en su barrio.

Se alojó en casa de unos parientes lejanos de su padre, que sin haberla conocido hasta entonces la acogieron cariñosamente en su hogar modestísimo, y que la hubieran hospedado gratis cuanto tiempo hubiera querido, sometiéndose a las leyes consuetudinarias de la hospitalidad filipina, si ella, comprendiendo que los tiempos iban siendo diferentes y poniendo en práctica desde un principio sus ideas de independencia individual, no hubiera insistido en pagar una modesta pensión que tomaba mensualmente de sus fondos en el Banco.

Se matriculó en el Instituto; compró los libros necesarios; aumentó el exíguo equipo de indumentaria que había traído, y comenzó a estudiar con ahinco, calculando que se vería precisada a buscar empleo antes de que transcurrieran dos años, tiempo durante el cual, consumiría el dine-

ro que la restaba, según el presupuesto cuidadosamente preparado.

Habíase jurado a sí misma no pedir jamás un céntimo a su madre de la cantidad que correspondió a ésta en la partición. Para ahorrar todo lo posible, ella misma lavaba y cosía su ropa, cuidándola como a las niñas de sus ojos, pues por una parte carecía de medios para reponerla con la frecuencia necesaria, y por otra el sentimiento de coquetería habíase despertado en ella y la gustaba ir bien vestida. Los días de lluvia fuerte prefería perder clases que no alquilar vehículos y enlodarse las rizadas enaguas.

Existía entre los alumnos y alumnas una rivalidad, una especie de torneo a quien vestía mejor y concurría más elegante al colegio, y los que quedaban demasiado rezagados eran mirados con compasión zahiriente.

Cuando hubo completado los detalles de su instalación, pudo vérsela diariamente yendo y viniendo del Instituto, afectando el paso de un *business man* que marcha presuroso y preocupado con sus negocios, el aire afanoso y serio, en la mano el paquete de libros y cuadernos rodeado con delgadas correas, y prendido en el escote de la vaporosa camisa de «sinamay», en la parte que vela el nacimiento del adorable valle, en lugar de fragante rosa o perfumado manojo de sampagas, una negra *fountain pen*, una vulgar pluma estilográfica.

Pronto se puso a la cabeza de su clase, sobresaliendo especialmente en las asignaturas de mecanografía y taquigrafía cuyo estudio requiere voluntad y paciencia, y al mismo tiempo se conquistó, por su cara agraciada y su cuerpo arrogante, el puesto de «la chica más popular» (*the most popular girl*) del Instituto. Esto último

quedó palpablemente demostrado con ocasión de una gira que dieron los alumnos de la clase de teneduría de libros en honor a las alumnas.

Desde que embarcaron, al amanecer de un domingo, comenzó la broma y la algazara. La playa es muy tendida, la marea estaba muy baja, y la embarcación hallábase varada a veinte o treinta brazas de la orilla. Los chicos más remilgados se hicieron llevar a hombros de los tripulantes, mientras que los despreocupados, descalzándose rápidamente y arremangándose los pantalones, disputaron a los grumetes el placer de llevar en brazos a las chicas, quienes prorrumpían en chillidos de temor al verse suspendidas sobre el agua, estrechamente abrazadas por sus admiradores respectivos y con las torneadas piernas, enfundadas en brillosas medias de algodón mercerizado, asomando por entre los volantes de las enaguas y agitándose a impulsos de la nerviosidad de las dueñas, la cual subió de punto cuando uno de los jóvenes, *Kodak* en ristre, comenzó a tomar instantáneas de la original y graciosa escena, sin hacer caso de la granizada de protestas y vituperios lanzados por las fotografiadas y las dos o tres mamás que acompañaban a las expedicionarias en calidad de guardianas (chaperons).

Con mar bella y viento terral favorable, en media hora atravesaron la bahía y llegaron al grupo de islotes llamado «Tres Reyes», situado en el centro mismo de la bocana. En el mayor de los tres, cuyo diámetro máximo no llega a un kilómetro, hay un faro de primera clase que tiene adjunta una espaciosa casa de sólida construcción donde residen los torreros y sus familias. Allí desembarcaron los expedicionarios, y subiendo a saltos las escaleras talladas a pico en la roca, llegaron a la casa, situada en lo alto, don-

de fueron cariñosamente acogidos por los encargados.

Luego de sacrificar al «lechón», que, atravesado en una caña y dorado al fuego lento del rescoldo de una hoguera al aire libre, había de constituir más tarde el «plato de resistencia» de la comida, y recogida y reunida la leña necesaria, procedieron a bañarse en una playita al sur del islote. Las chicas exigieron que se las dejara bañarse solas y que los jóvenes no vinieran hacia aquel lugar hasta que ellas no hubiesen terminado, pero no pudieron impedir que ellos las vieran sin ser vistos, desde la torre del faro, utilizando los gemelos del torrero para contemplarlas con sus «patadiones» de baño, anudados sobre el pecho y bajo el sobaco, luciendo al aire los bustos esculturales y retozando, nadando y zambulléndose como una tropa de náyades juguetonas en libertad.

Terminado el baño y como uno de los chicos encontrara un fonógrafo pequeño de voz metálica y estridente y algunos discos de bailables antiguos, preciados tesoros de la esposa del torrero segundo, organizaron animado baile en la ancha galería. Cándida, que estaba radiante de animación, y que, con su hermosa cabellera que arrastraba algunas pulgadas por el suelo, suelta para que el aire secara la humedad del baño, más parecía la viva encarnación del ensueño de un Rubens malayo que no estudiantilla en día de asueto, fué la reina de la fiesta, la chica más atendida y agasajada por toda aquella bulliciosa juventud, causando no pocos celos entre sus compañeras, especialmente cuando se vió con toda evidencia que Alberto Enríquez, alias «Bert», el joven más elegante y distinguido de la pandilla, hijo del mayor propietario de inmuebles de San

Pedro, sacudiendo su hasta entonces habitual indiferencia hacia el género femenino, se declaró subyugado por el encanto de la bella campesina, convirtiéndose en su caballero sirviente.

Terminada la comida, para la que se suplieron los platos y cubiertos que faltaban con anchas y tiernas hojas de plátanos y los mismos deditos de los comensales, jugaron a la pelota con frutas de coco, mecieron a las muchachas en columpios improvisados de ramas, bailaron otra vez, y corrieron y saltaron hasta rendirse persiguiéndose por las enriscadas cuestas del islote.

A las cuatro de la tarde el arraez del «parao» les advirtió que debían embarcar en seguida si no querían hacer de noche la mayor parte del viaje de regreso.

Se había levantado un poco de resaca, el viento era contrario, y la travesía prometía ser larga y penosa. La quietud forzada en el estrechísimo barco; el abotargamiento producido por la comilona y el baño; el cansancio causado por las carreras al sol, y el espectáculo siempre solemne y grave del mar al caer el día, predispusieron el ánimo de los jóvenes a la tristeza. Uno de ellos comenzó a entonar una danza en tono menor sobre motivos musicales filipinos, cuya letra y música estaban inspiradas en el más puro sentimentalismo; poco a poco todos los demás fueron siguiendo el canto hasta formarse un coro, donde predominaban las voces atipladas y agudas, y que puntaba de vez en cuando el «arría *poc*», «iza *poc*» (foque) del arraez a cada virada.

Aquella melancolía y aquel constante y acompasado movimiento de hamaca del «parao», al que las olas cogían de costado, afectaron a Cándida profundamente. Tenían razón los canto-

res: la vida resultaba «demasiado amarga» (*mapait ka-ayo*) cuando se navegaba por un mar agitado, poco después de hacer comido lechón y bebido agua de coco en abundancia excesiva. Tan grande era esa amargura que se la sentía, no solamente en el alma, sino hasta en el cuerpo, especialmente en el paladar y la garganta... Aún cuando hizo cuantos esfuerzos pudo para contenerse, al fin el mareo se apoderó de ella produciendo su natural efecto. Usando una expresión que parece haber alcanzado la categoría de frase hecha, Cándida, «cambió la peseta» muy lindamente, sufriendo lo indecible a pesar de los sobos y palmaditas en la espalda que la prodigaron las mamás de la escolta.

El incidente desterró la tristeza del ánimo de los expedicionarios: tan cierto es que el espectáculo de la molestia ajena regocija a quienes estan libres de ella. Todos, menos Bert, dirigieron pullas más o menos ingeniosas a la enferma, dándola vaya por la debilidad de su estómago y prediciendo, en vista del gran trecho aún por navegar y del creciente alborotamiento de la mar según avanzaba la noche, que se haría preciso pedir una camilla para desembarcarla cuando llegaran a San Pedro.

Entonces Bert tuvo un rasgo de muchacho rico que no se mira por cinco pesos de más o de menos. Pasaba a media milla escasa un remolcador que venía de dejar una gabarra junto al embarcadero de uno de los muchos hornos de cal que hay en la contracosta de la bahía, y el nuevo admirador de Cándida mandó al arraez que maniobrase de modo que cortara el rumbo del otro barco. Al llegar a distancia conveniente, gritó a los de la lancha pidiendo remolque: paróse ésta; largaron el cable, y el «parao», navegando

en la estela del vaporcito, con mayor velocidad y mejor sostenido, cabeceó mucho menos.

Atravesaron en veinte minutos el trozo de la bahía que les faltaba y que hubieran tardado un par de horas en cruzar a la vela, y entraron en el río y desembarcaron en el muelle, despeados y rendidos, despidiéndose unos a otros con lánguidos adioses.

En el momento de separarse, Cándida, al través de sus pestañas todavía mojadas de las lágrimas del mareo, dirigió a su salvador una larga mirada de agradecimiento.

III

En los días sucesivos Bert acentuó sus atenciones para con Cándida, acompañándola al salir de clase, llevándola los libros y regalándola caramelos y bombones que compraba al pasar en la droguería de la próxima esquina, donde el boticario encargado, hombre famoso en San Pedro por su desmedida afición a las hijas de Eva, se comía con los ojos a la esbelta estudianta, cosa que ponía a ésta fuera de sí.

A poco tardar, se citaron y se encontraron frecuentemente fuera de las horas de clase, para dedicarse a los ejercicios taquigráficos al dictado, tan necesarios en el estudio de dicho arte.

Bert cogía un artículo de periódico y dictaba. Cándida escribía y leía después lo escrito para comprobar. Cuando vacilaba en su lectura, marcaba los signos que resultaron obscuros para practicar luego horas y horas sobre aquellas combinaciones de líneas. Repetíase después el procedimiento, dictando ella y escribiendo él, lo que proporcionábala invariablemente grata sa-

tisfacción de amor propio, al comprobar que sus rayas, círculos y ganchos estaban mejor escritos y podían leerse con mayor facilidad que los de él. — Tenemos que hacer más ejercicios de monosílabos (*monosyllables drill*) — decía entusiasmada. Y Bert escogía las palabras más tiernas, tales como *love* (amor), *sweet* dulce, *heart* (corazón), *soul* (alma). En cambio, cuando a ella le tocaba la vez de dictar buscaba frases burlonas como *hard* (duró), *deaf* (sordo), *late* (tarde), *slow* (lento), *fool* (tonto), etcétera.

Sin embargo, cuando llegaba la hora de repasar sus apuntes y notas de contabilidad, tocábala a ella empequeñecerse, pues andaba bastante flojilla en dicha asignatura, costándola gran trabajo comprender por qué, al recibirse un pagaré y descontársele en el Banco, debía sentarse como ingreso en caja el valor nominal y no el efectivo.

Una vez lograda esta «intimidad profesional», Bert invitóla, primero de tarde en tarde y luego con mucha frecuencia, en compañía de los tíos lejanos con quienes residía, a ir a los Cines para ver las interminables series de películas detectivescas que allí se exhiben.

Tomaba asiento junto a la muchacha, y cuando proyectábase en el lienzo alguna escena tierna o amorosa, cogía su mano y la oprimía suavemente, como para mejor llamar su atención al bello espectáculo, pero en realidad por no poder ahogar el eco simpático que los silenciosos besos y abrazos proyectados en la cortina despertaban en su alma de enamorado incipiente.

Ella comprendía que Bert comezaba a hacerla el amor y sentíase perpleja por demás.

No parecía mal «partido» el muchacho, sino todo lo contrario. Sus padres debían estar en

muy buena posición para que él fuera el alumno mejor vestido y más gastador y obsequioso del colegio. Cándida, como mujer nacida y crecida en hogar pobre y que actualmente manejaba sus propios y exíguos intereses, conocía bien el valor del dinero. Además, parecía también listo y ambicioso, pudiendo predecirse que ocuparía con el tiempo una posición envidiable.

La «tía», deslumbrada por el apellido Enríquez, de conocido abolengo monetario en la provincia, y halagada por los convites y obsequios del joven en que ella participaba, llegó a aconsejarla que apretara bien y no dejara escapar tan buena ocasión, citando algunos casos de amoríos estudiantiles que más tarde hubieron de culminar en ventajosísimas bodas.

Pero Cándida no acababa de sentenciar el pleito en favor de Bert, y cuando éste estaba a punto de «propasarse» saliéndose de su papel de tímido galanteador, sabía, con una de esas actitudes cuyo secreto poseen las mujeres, indicarle delicadamente que no sería bien acogido en aquel momento.

No: nada de prematuras complicaciones amorosas (*love entanglements*) de esas que absorven el tiempo y la atención. En el programa de su vida y su carrera era aún muy temprano para aquello. Según sus cálculos, el amor serio y formal, con vistas al matrimonio, no debía llegar hasta que ella, terminados sus estudios y ganándose la vida con desahogo, pudiera escoger su pareja (*mate*) con calma, de acuerdo con sus ambiciones y su inclinación.

Bien sabía que era bella y atractiva, que Bert y los otros, que la miraban con ojos de deseo, no la dejarían en paz, sino que la asediarían constantemente, pero se había propuesto tenerles

a todos a raya. Oía al amor llamar tímidamente a las puertas de su corazón de dieciocho años, pero dudaba en abrirle, temerosa de que atrasara o estorbara la realización de sus planes.

Dentro de las condiciones económicas en que se encontraba, la pérdida de un curso sería fatal, significaría quizá la muerte de sus ideales y el fracaso de sus proyectos, pues una vez agotado el dinero de que disponía, antes de la fecha en que ella pudiera ganarlo con su propio esfuerzo, se vería obligada a ser una de tantas parásitas que viven a costa de los padres o del marido. Esto en el supuesto de que el asunto terminara en boda, pues también se veían muchos casos de jóvenes de buena posición que iniciaban amoríos com muchachas pobres para pasar el rato o algo peor, y luego se casaban con otras chicas de su clase.

Por aquellos días y siguiendo la moda americana, según había leído en los artículos de los periódicos de Miss Jones, inventó para sí misma un lema o grito de guerra (*slogan*) que escribió en un cartón y fijó en lugar visible de su cuartito, y que procuraba tener siempre presente en su memoria: «MY CAREER ABOVE ALL» (mi carrera sobre todo).

Pero por otra parte, como las estudiantas de su edad que no traían pretendiente o galanteador alguno al retortero hacían un papel desairado, decidió dejarse querer, sin idea de comprometerse formalmente, hallando cierta dulzura en tener por admirador y amigo (*beau*) al chico más elegante y adinerado de entre todos sus compañeros, y que además la surtía en abundancia de sorbetes y bombones, golosinas que la gustaban extraordinariamente.

IV

El Instituto de San Pedro (*San Pedro' Institute*), empresa organizada por particulares y reconocida por el Departamento de Instrucción Pública del Gobierno, ocupaba un caserón enorme construido hacia treinta años por un comprador de azúcar que se enriqueció de la noche a la mañana en varias especulaciones afortunadas, y cuya idea de la vida lujosa y fastuosa era dar con frecuencia grandes bailes a los que concurrieran todas las autoridades y todo el elemento extranjero de la provincia. La finca en realidad no era una casa sino un espacioso salón de baile, con algunos cuartitos a los costados. La mayor parte de las clases se daban en este salón, convenientemente dividido por mamparas portátiles, las cuales se desplegaban a un lado cuando tratábase de celebrar alguna fiesta escolar.

Tal se hizo a mediados de Agosto para celebrar el concurso de oratoria entre las dos sociedades, *The Demosthenes Oratorical Club* y *The Cicero Eloquence Society* en que se hallaban repartidos los alumnos del bachillerato.

Aquel año estaban de moda, como diversiones escolares, no los juegos atléticos, sino los torneos literarios, en los cuales los chicos y las chicas ponían tanto entusiasmo como en el *base ball* y *basket ball* anteriormente.

Levantaron un tablado en uno de los extremos de la sala, adornado con palmas, banderas y cortinas, donde declamarían los alumnos contendientes, frente al cual se colocaron tres sillones para los miembros del jurado, que eran el Juez de Primera Instancia, el Superintendente de Escuelas y el Director del Instituto. Detrás de éstas

había filas de bancos y sillas heterogéneas destinadas a los colegiales y a sus familias y amigos.

A las siete y media de la noche comenzaron a llegar los concurrentes. Dos grupos de muchachas, afiliadas a las sociedades contendientes respectivas, recibíanles a la puerta prendiendo a sus pechos lacitos de colores, amarillo y naranja para los «Demóstenes», celeste y rosa para los «Cicerones». A las ocho estaba lleno el anchuroso local, codeándose en los bancos del público la opulenta hacendera o la rica propietaria con el modesto menestral y el alto empleado con el humilde jornalero. El ansia de instrucción es tan general en Filipinas que las fiestas estudiantiles suelen tener como público mescolanzas muy democráticas en las que se hallan representadas todas las clases sociales.

Rompió la marcha uno de los «Demóstenes» declamando un monólogo titulado *Remorse* (remordimiento). En un rapto de ira y ofuscado por los vapores del alcohol, había matado años ha en una riña de taberna a un hombre. Fué enjuiciado; el jurado le halló culpable, y le sentenciaron a varios años de prisión. Sus amigos y parientes, removiendo el cielo y la tierra, habían por fin conseguido del Gobernador el indulto de la pena, pero él, el homicida, no era feliz: constantemente aparecía ante sus ojos el espectro de la víctima, con el agujero de la bala en la sien, la ropa tinta en sangre, etc., y preguntándole con cavernosa y espeluznante voz de ultratumba: «¿Por qué me mataste?» Cuando el orador terminó, el concurso de papás y mamás aplaudió impresionado, pues si bien muchos de ellos no entendían palabra del idioma empleado por aquél, no faltaban intérpretes de buena voluntad que les explicaban por

encima el asunto, y los gestos dramáticos y teatrales del declamador suplían el resto.

Siguió a éste uno de los «Ciceriones» que pronunció una conferencia sobre las relaciones políticas y comerciales entre el Japón y Filipinas cuando ésta sea independiente. Atrevidillo el joven, permitiéndose opiniones contrarias a las sustentadas sobre el particular por importantes personajes de la política y del Gobierno.

Fueron así alternando «Demostenianos» y «Ciceronianos» recitando monólogos y conferencias, con bastante soltura y desembarazo, y, salvo ligeros tropiezos en la pronunciación, con bastante limpieza y arte. Bien es verdad que llevaban más de un mes cada uno ensayándose bajo la dirección de dos americanos, maestros del gobierno, que habían sido nombrados «consejeros» de las dos sociedades.

El último en hablar fué Bert, en quien los «Ciceronianos» tenían puesta su mejor esperanza, y el tema de su conferencia no pudo ser más simpático al corazón de Cándida, como que lo escogió él expresamente para halagarla y complacerla. Versaba sobre el nuevo estado (status) de la mujer en la sociedad moderna, después de la guerra mundial. Cuando el hombre corrió a empuñar las armas en defensa de la patria y de la libertad del mundo amenazadas, ¿quién recogió de sus manos la esteva o el arado para evitar la aparición del espectro del hambre? La mujer. ¿Quién ocupó el puesto del ausente en la oficina, en la tienda, en la fábrica o el taller para impedir la muerte del comercio y de la industria y la ruina subsiguiente? La mujer. ¿Quién encalleció sus delicadas manos fabricando armas y municiones para que el hombre no careciese de medios defensivos en la mortal contienda? Siempre la

mujer. Ella, por tanto, había adquirido el derecho innegable de ser considerada en lo sucesivo como una colaboradora del hombre en todos los negocios de la vida (affairs of life) con exactamente iguales derechos y deberes, etc., etc. Bert había extractado cinco kilométricos artículos que sobre este asunto había publicado recientemente *The Monday Morning Post*, debidos a la pluma de una conocida sufragista americana, émula de la famosa Mrs. Catt.

Cándida aplaudió con entusiasmo y sufrió una desilusión cuando el Presidente del Jurado proclamó el fallo, adjudicando el primer premio al chico del «Remordimiento». Con el debido respeto a su gran autoridad, aquellos caballeros resultaban aún demasiado románticos, en opinión de la muchacha y de todos los demás «Ciceronianos».

Cuando se extinguió el eco de los estentóreos «hurras» de los de la sociedad vencedora y recibieron las felicitaciones algo forzadas de los vencidos, se dió por terminada la fiesta. Era más de media noche, y Bert, cuyos padres no habían venido, acompañó a Cándida a su casa. Marchaban por las calles, débilmente alumbradas por una luna en menguante, más desiertas conforme se iban alejando del Instituto, y hablaban poco, él dolido de su derrota y de la de su bando, ella indignada de que no hubieran premiado un discurso tan hermoso como el de su acompañante. Llegados a la casa, Bert la ayudó a trepar por la empinada escala de caña, tarea difícil en vista de lo estrecho de los tramos y lo alto y fino de los tacones que Cándida gastaba. En el momento de separarse, ella le vió tan triste por su derrota, tan pequeño y humillado, que impulsada por un sentimiento inexplicable, medio fraternal, me-

dio maternal, se inclinó de pronto hacia él y besó su mejilla con ese beso campesino que consiste, no en chasquear los labios, sino en aspirar el aire con la nariz sobre la superficie besada. Para disimular su atolondramiento y quitarle al acto todo sabor amoroso, murmuró: — *To our champion*! (a nuestro campeón), y desapareció rápidamente.

Al salir él de su asombro y alzar los ojos para buscarla y quizás intentar pagar con mil creces el inesperado obsequio, se encontró con la puerta cerrada, tan herméticamente como pueda estarlo una puerta hecha de caña y *amacan*.

V

La intimidad entre los dos jóvenes fué creciendo y aumentando sin que ellos casi se percataran, hasta el punto de que sin él haberla hablado aún de amor directamente, todos los compañeros les creían novios.

Varias semanas después de su fracaso tribunicio, Bert invitó a Cándida a pasear con él en calesa. Ella aceptó encantada. Así se divertían las chicas de los *magazines*, paseando solas con sus adoradores sin que nada desagradable las ocurriera ni nadie las criticara.

Era un domingo de octubre, había hecho un calor sofocante, y a las cinco de la tarde, cuando ya los rayos solares habían perdido su fuerza, vino por ella Bert, muy *chic* de indumentaria, en su calesa de *Stable*, de las de a peso cincuenta la hora, y llevando en la mano un frasco de exquisitos *candies* gayamente coloreados.

Pasearon primero por la polvorienta carretera y luego por los muelles que bordean el río,

adosados a los cuales tres enormes vapores americanos, sin respetar el día referido, tragaban en sus bodegas por medio de sus grúas sacos y más sacos de azúcar. Bert la confió sus ilusiones: viajar; ir a América; estudiar y aprender en aquel ambiente de intensa intelectualidad; volver luego; casarse con una bella hija del terruño, y ocupar un puesto importante en la vida de la Patria. Ella, a la vista de aquellos barcazos que la hablaban de lejanas tierras, también se sentía infiltrada del espíritu de aventura, atraída por el indefinible encanto de lo desconocido. También ella ansiaba viajar; también soñaba con visitar algún día la tierra de la oportunidad (*the land of opportunity*); adquirir conocimientos; volver; hacerse un nombre, y ayudar en la tarea de redimir y emancipar a sus hermanas.

Se apearon junto al faro automático que marca la entrada del río y bajaron a la ancha playa de menuda arena blanca que forma la costa de la extensa bahía, paseo favorito de los peatones San Pedrenses. En aquel momento hallábase desierto pues ya la noche había cerrado por completo, después de un corto y arrebolado crepúsculo. Caminaron un rato para estirar las piernas y luego sentáronse sobre un madero semi-enterrado en la arena.

Él, mareado al fin por la prolongada proximidad y frecuente contacto con el hermoso cuerpo de la joven, no pudo impedir, tan pronto se vió lejos de la vista del cochero, que brotara de sus labios sentida y ardiente declaracion amorosa. Sí: ella era a quien él amaba; por quien pensaba hacerse grande y célebre; para quien soñaba en conquistar la fama y la gloria. ¡Qué dulce sería viajar juntos, estudiar juntos, graduarse juntos, y luego tener en la vida el mismo interés, iguales

puntos de vista! Si ella le amaba también, si consentía en ello, harían lo que otros; casarse primero y concluir los estudios después, sólo que él quería concluirlos en América, adonde irían juntos, repartiendo el tiempo entre el amor y el estudio.

Ella vacilaba en contestar. Le parecían demasiado fantásticos aquellos proyectos, y aunque creyéndole simpático e inteligente, la verdad era que Bert, con su cuerpo diminuto y sus facciones no muy regulares, nunca la había parecido su ideal de novio. En aquel momento, sin embargo, el traje ideal de *Palm beach* de corte irreprochable, la camisa de fina y listada seda, los zapatos de última novedad, de cuero claro y suela blanca, y, sobre todo, la animación de su rostro y viveza de sus ojos que despedían ardientes rayos de pasión, prestaban a su figura un aire interesante y atractivo. Del mar, que a sus pies se extendía apenas agitado por blando movimiento desprendíase este efluvio de voluptuosidad penetrante que parece justificar la leyenda mitológica de Venus naciendo de entre las ondas. Un vago sentimiento vanaglorioso, el de la campesina que ha conquistado el amor y recibido la proposición de matrimonio de uno de los acaudalados (*mangaranon*), respetados y envidiados por centenares de generaciones de sus propios ascendientes adscritos a la gleba, invadió su alma de orgullo inclinándola de pronto a aceptar el amorío, ya que esto parecía poder compaginarse con sus planes de seguir carrera. Consultó rápidamente sus recuerdos: las heroínas de los cuentos de las *magazines*, cuando aceptaban un amor ofrecido, abatían la cabeza con gesto pudoroso sobre el pecho del ofertor, ocultando así el rubor del rendimiento. Aquí, sin embargo, tal actitud resulta-

ría muy violenta, porque en el enteco pecho de Bert (que parecía un hombre hecho de alambres) no había espacio suficiente. Además, buenas se hubieran puesto las huecas mangas de la camisa y el tieso pañuelo de sinamay.

Pero él, impetuoso, interrumpió tales cavilaciones. Olvidando el inglés en que hasta entonces había estado hablando, trabajosamente, buscando las palabras y utilizando caprichosos giros sintáxicos, la habló en el bisaya mezclado de castellano que se usa en San Pedro, *ofreciéndola* su vida, su alma, su sangre. Poco a poco acercaba sus labios a los de ella, pidiendo con suplicante y mudo apremio el dulce contacto de las bocas que mezcla los alientos. Ella, extrañada y admirada de oirse, como si fuera otra la que hablara, se oyó a sí misma preguntarle anhelosa y con voz enronquecida mientras trataba de contenerle: *Is this true? Will this be forever? Will you marry me? Swear it!*, y como en sueños le oyó contestar que sí, que aquello era verdad, que aquel amor sería para siempre, que se casaría con ella, y que lo juraba por Dios, besando las cruces de sus dedos enclavijados. Y como si por haber contestado con tan rotundas afirmaciones se creyera ya autorizado, acercó de pronto su boca y mordió con sus labios los labios gordezuelos de ella, rodeando con los brazos su mórbido talle.

Al influjo de aquella caricia inesperada, Cándida experimentó repentinamente como un desmadejamiento de todo su cuerpo, como un aflojamiento de todos los resortes de su voluntad, parecido al que se experimenta al beber alcohol por vez primera, como si la ligera humedad de los labios que chocaron con los suyos fuera rápido y sutil narcótico que al llegar a su cerebro borra-

rá todos sus cálculos y barriera todas sus ideas en el pujante y súbito despertar del sentimiento voluptuoso que arrolla el pensamieto y avasalla los sentidos. Mortal languidez invadió sus músculos, ordinariamente fuertes y elásticos, impidiéndoles oponer resistencia al desatinado y hambriento abrazo de su amador... Las *girls* de los *magazines*, pertenecientes a razas menos apasionadas, salían siempre bien de estos trances, a creer a sus biógrafos: la ingenua e ilusa campesina oriental, nacida al calor de nuestro sol fogoso y erótico, dejó aquella tarde destrozada la corona de su inocencia sobre la aún cálida arena de la playa, víctima del impremeditado y brusco ataque de un hombre que, bien mirado, no la inspiraba profundo amor.

Por el hosco silencio de la vuelta, en contraste con la animada charla de la ida, y por la largueza de la propina recibida, el cochero, hombre dotado de una excesiva dosis de marrullería, comprendió lo que había ocurrido.

VI

Don Lucas Enríquez y Doña Martina su esposa, más generalmente conocidos por «Capitán» Lucas y «Capitana» Martina, desde que hace veinticinco años le cupo a él el honor de ser nombrado Capitán Municipal de San Pedro, poco después de la reforma política de Maura, en nueve años de matrimonio habían tenido ocho hijos, entre varones y hembras, a quienes estaban educando en el santo amor de Dios y del bejuco o de la chinela, según el sexo, cuando acaeció la revolución. Se cree que los sustos y las angustias que experimentó Capitana Martina du-

rante aquél período borrascoso de nuestra Historia; especialmente el sentido en el bombardeo de San Pedro por la escuadra americana a principios del 99, fueron causa de que se detuviera aquella fecundidad tan periódicamente regular, por modo que se creyó definitivo. Dos años más tarde, sin embargo, tuvo como un tardío y último florecimiento de la maternidad, y al cabo de una gestación dolorosa y difícil dió luz a un chico débil y enfermizo.

Alberto fué el Benjamín, el niño mimado para quien la torturante combinación del bejuco y del catecismo del P. Astete no guardaba terror alguno. Adorado y consentido por sus padres, se atrasó tanto en sus estudios, que, en parte por este motivo y en parte por no separarse de él enviándole a Manila, aquellos decidieron no hacerle seguir carrera universitaria, como se había hecho con los hermanos mayores, contentándose con educarle en las escuelas públicas de San Pedro primero, y luego en el Instituto Mercantil. Sería comerciante. Don Lucas le daría capital y le iniciaría en el cómodo y poco arriesgado negocio de prestarlo a los agricultores a cuenta de futuras cosechas, con garantía de éstas y de las tierras, percibiendo entre intereses y comisiones una ganancia casi usuraria. Así ellos, los viejos, tendríanle siempre a su lado y podrían velar cuidadosamente para que no se malograra durante el crecimiento la planta delicada de aquél hijo querido de su ancianidad.

Pero el chico había hecho por su parte otros cálculos distintos. Aunque débil y delicado, sus aficiones eran turbulentas y su mayor placer era estar fuera de casa.

La ambición de su espíritu aventurero, cuando traspasó los quince años, era viajar, ir a

América, hacerse ingeniero y acometer empresas difíciles y peligrosas, o bien ser marino y guiar un buque a través de lagunas y tempestades.

Doña Martina temblaba cuando le oía hacer proyectos sobre el particular, más precisos y más definidos conforme iba entrando en edad. En vano procuraba darle por el gusto en todo, no escatimando el dinero para que fuera siempre bien trajeado, que era su caprichito mayor: en cuanto se hablaba en familia de planes para el porvenir, Bert aseveraba invariablemente: «yo he de ir a América». La madre callaba por no exasperarle con tan constantes negativas, y al día siguiente pagaba misas y ofrecía novenas para que Dios inspirara ideas más caseras a su hijo, al menos mientras no cambiaran estos tiempos actuales tan revueltos.

De pronto el chico cambió de cantinela. Nada de viajar. Cuando cumpliera su curso el año próximo y cumpliera los veinte años de su edad, estableceríase en San Pedro, o mejor aún, se trasladaría a Pinilían, donde papá era dueño de extensos palayeros, para dedicarse a la agricultura, pero a la moderna, con irrigación y con tractoras. El arroz, todos lo decían, estaba llamado a tener gran porvenir en Filipinas. Doña Martina respiró satisfecha en la creencia de que sus novenarios habían logrado el efecto apetecido, pero Don Lucas, menos inocentón y menos creyente en la eficacia de las oraciones para inspirar sentimientos de domesticidad en el ánimo de los muchachos jóvenes, quiso saber el porqué de tan repentina como radical modificación en los ideales de su hijo. El viejo olió mujer. Poco le costó saber que Bert estaba enamorado y que sostenía relaciones amorosas muy íntimas con una de sus compañeras del Instituto, «una

gorda y alta ella, con trazas de marimacho» (fueron los informes) que vivía en lo más pobre del barrio de nipa, y en cuya compañía iba con frecuencia y muy amarteladamente a los cines, de paseo en calesa, y a los bailes de suscripción. (Era verdad: Bert tuvo varias veces el capricho de bailar ciertos *one steps* y *fox trots* de moda con Cándida y la llevó algunas noches al menos infecto de los «cabarets» de San Pedro.) Entre los cocheros de *stables* se comentaban con groseros chistes ciertos paseos nocturnos de la enamorada pareja, allá por la playa, cerca del faro...

Al enterarse Doña Martina, al ser llamado Bert a capítulo, y al confesar éste de plano, cuando se vió acosado, que estaba enamorado de Cándida, que la había seducido y que tenían proyectado casarse secretamente ante el juez de paz del municipio inmediato, la madre sufrió un soponcio.

¡Cómo! ¿El hijo de Capitán Lucas, casi millonario desde la enorme subida en el valor de la propiedad territorial y urbana de San Pedro, casarse a los veinte años con una pelandusca de las de baile de suscripción, que habría seducido al niño con sus artes y sus coqueterías para tener marido rico y participar de su fortuna? ¡No, en los días de Capitana Martina!

¿Ella, la Presidenta de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús y de la Cofradía del Santísimo Rosario, tener por nuera a una de esas mujeres modernistas, que salen solas con los hombres, probablemente alguna hereje o agripayana que se ríe de la religión, se burla de los sacramentos e ignora lo que son el pudor y la fidelidad? ¡Jamás!

Antes que perder a su hijo para siempre te-

niendo que cortar todo trato con él si se casaba con semejante mujerota, valía más perderle por algunos meses o por algunos años. Antes la separación temporal que la eterna, resultante indefectiblemente si aquella sirena lograba atraparle y atraerle a sus ideas y creencias.

Se convocó a consejo de familia. La madre propuso el viaje; el padre lo apoyó; el hijo abogado delineó los detalles consultando la página de avisos marítimos de uno de los rotativos manileños, donde se anunciaba que justamente seis días después zarpaba el *Empress of Burmah* para América; el yerno médico declaró que el viaje sentaría divinamente a la salud del chico; las hermanas solteras fueron comisionadas para preparar los equipajes a toda prisa, y en solemne cónclave quedó decidido el secuestro riguroso de Bert durante aquella noche y el día siguiente, sábado, hasta su embarque, a las cinco de la tarde, en el vapor *Navarra*, el paquete que comunica semanalmente a San Pedro con Manila. El hermano mayor, el abogado, le acompañaría hasta la capital, le tomaría pasaje en el transpacífico, y se cuidaría de que embarcase, al cuidado de algún amigo o conocido, con destino a San Francisco, de donde el chico iría, siguiendo los proyectos que él mismo formara hacía poco, al *Boston Tech*, el famoso instituto politécnico de la capital de Massachussets, donde un primo suyo llevaba ya dos años estudiando.

Bert, secretamente halagado en el fondo por aquel triunfo inesperado de su antigua ilusión, que en realidad nunca llegó a abandonar por completo, y jurándose firmemente, para acallar los gritos de su conciencia, que volvería pronto a redimir su palabra y a casarse con Cándida, no opuso resistencia al mandato unánime de sus

mayores. Escribió aquella noche a su amante una carta larga y cariñosa llena de humildes explicaciones, protestas de amor, juramentos de fidelidad y promesas de pronto retorno (que la criada encargada de depositar en correos se apresuró a entregar a Doña Martina), y a la tarde siguiente, minutos antes de las cinco, precedido por sus equipajes y seguido por el hermano que le vigilaba, subió por el estrecho andamio del *Navarra* y se dejó llevar, no sin cierto secreto entusiasmo, hacia la tierra de promisión de sus ensueños juveniles.

VII

Aquel domingo Cándida esperó en vano a su amante.

Estaban citados para salir juntos por la tarde y ultimar los detalles de la fuga (*elopement*) que previendo la oposición de los padres de él habían planeado, y que culminaría en un casamiento civil, destinado a quedar oculto hasta que ambos terminaran sus estudios y recibieran sus grados. Eso mismo habían hecho otros jóvenes conocidos y distinguidos de las escuelas y colegios San Pedrenses, que, atacados de impaciente amor en época prematura, se casaban, continuaban sus estudios viviendo en los colegios respectivos o con los padres de cada cual, y concluídos los cursos uníanse los tiernos cónyugues para formar un nuevo hogar. Al ver que se hacía tarde y él no llegaba, creyó que estaría sufriendo alguno de sus frecuentes ataques catarrales, y que, como de costumbre en tales casos, Doña Martina le tendría metido entre mantas y bebiendo cocimiento de manzanilla a pasto.

El lunes a media mañana, en el Instituto, oyó

por primera vez la noticia. Era un rumor insistente que corría entre los alumnos, iniciado por algunos de ellos que presenciaron desde el muelle la partida del vapor el sábado anterior y que vieron a Bert en la cubierta cuando el buque, ya sueltas sus amarras, comenzó a moverse. Por si alguna duda la quedaba, al retirarse a mediodía y pasar junto a la farmacia de la esquina, oyó al boticario exclamar en voz alta, con evidente intención de que ella escuchara el piropo, que si él tuviera una amiga tan bella y tan hermosa en San Pedro, cualquier día se iba a América a hacer el amor a las americanas.

Pasó toda la tarde debatiéndose angustiosamente contra la convicción que invadía su ánimo y luchando entre el deseo de adquirir una prueba evidente y la vergüenza de preguntar. Poco después de anochecer salió a la calle, entró en la biblioteca pública y pidió el diario de la tarde, que se repartía a aquella hora. Allí estaba la confirmación buscada, brutal y aplastante. El «reportero» de *El Heraldo de San Pedro* participaba a los lectores que el distinguido y aprovechado joven Sr. Alberto Enríquez había partido el sábado pasado para continuar y ampliar sus estudios en la tierra del tío Sam, y le deseaba un feliz viaje. Cándida sabía bien poco castellano, pero pudo entender muy claramente la gacetilla.

Volvió a su casa andando como una sonámbula; extendió el petate sobre el piso de caña del reducido cuartito que ocupaba; se acostó fatigada y rendida, y púsose a considerar su situación.

Su primera idea fué marchar ella también, perseguirle, buscarle, reunirse con él y exigirle que la tuviera consigo puesto que se lo había pro

metido bajo juramento y la había poseído, pero pronto tuvo que desecharla. Consultando su libreta vió que en el Banco Postal la quedaban menos de cuatrocientos pesos, pues con algunos preparativos de equipo que quiso hacer para la boda que creyó próxima, había retirado durante las últimas semanas mucha mayor cantidad que la presupuestada. Con aquella suma no tenía bastante para el viaje.

Luego pensó en acudir a la justicia, como había oído que hacían otras chicas seducidas, pero sus conocimientos sobre el particular eran muy vagos y creyó que, ausente él, su derecho a demandar era nulo. Por otra parte, aquella determinación tan rápida y tan radical de los padres de él, a quienes adivinaba autores del viaje de Bert, reveladora de que nunca consentirían en el matrimonio de éste con ella, la inspiraba miedo; el miedo del pobre a meterse en pleitos contra el rico, que puede pagarse buenos abogados, atraerse testigos y poner en juego poderosas influencias a su favor.

Después analizó los resultados posibles de un escándalo: ir a casa de Capitán Lucas pidiendo a gritos que la devolvieran a su novio, a su hombre, que habíala arrebatado su honra con engaños y falsas promesas, pero también desechó la idea, figurándose que la obligarían a bajar expulsada y cubierta de vergüenza.

Al adquirir la convicción irrefragable de que estaba perdida sin remedio (*lost, good and proper*), empezó a llorar amargamente, poseída de un sentimiento de impotente rabia que la impulsaba a darse puñadas en el rostro y a despedir a puntapiés el rebujo de la sábana y el montón de sus ropas que acababa de quitarse y dejar en el suelo. Aquella gran aflicción hizo aparecer en

ella a la mujer de pueblo, primitiva y franca, que no sabe de contener emociones ni de ocultar desgracias. Su lloro no era *callado*, sino ruidoso, el *hayah*, la lamentación resonante y plañidera de las campesinas bisayas, que parecen sentir alivio a sus dolores enronqueciendo la garganta, desgañitándose a gritos y aullidos.

Luego comenzó la serie de invectivas, contra aquel hombre, cobarde y falso; contra los padres, ricos y orgullosos, que la rechazaban por pobre; contra ella misma, tonta y confiada que no supo hacerse respetar, que no quiso mantenerse firme en sus ideas y proyectos, guardando fidelidad al lema que se había trazado. Incorporándose para respirar, porque se ahogaba, y con la crencha del espeso y largo cabello suelta y envolviéndola como si fuera una tienda de campaña baja y larga que la ocultara casi completamente, vociferaba las interjecciones vernaculares más soeces, los enérgicos *linti*, *yawah*, evocadores del rayo y del diablo, que salmodiaba en inacabable y altisonante letanía, como hacen las verduleras en las *broncas* de los mercados.

Cuando la tía y casera, que había entrado asustada al oir los gritos de Cándida, pudo calmarla un poco, ya toda la vecindad se había enterado de su deshonra y abandono.

VIII

Intentó, por un esfuerzo supremo de su voluntad, continuar los estudios como si nada hubiera pasado y seguir siendo la mujer seria y formal, preocupada del trabajo y olvidada de «flirteos» y amoríos, que al principio se había propuesto ser; pero no pudo aguantar más allá de una se-

mana. Las imperceptibles sonrisas de sus compañeros; las miradas de mórbida curiosidad de sus compañeras, que hacíanla pagar los celos que antes inspirara, condenándola, con esa crueldad instintiva y feroz de la juventud, a una especie de ostracismo disimulado, y la humillante actitud compasiva del director (*Principal*) y de los profesores, despertaban en su pecho a cada paso sentimientos de pena y de rubor.

El boticario, creyéndose autorizado por aquella situación de muchacha pobre, seducida y abandonada, dió en la flor de esperarla en la acera y de soltar indirectas, insinuando ofrecimientos para consolarla y ampararla.

Al dolor ruidoso de los primeros momentos sucedió un período de atonía que duró dos o tres meses, durante los cuales estuvo medio idiotizada, comiendo y durmiendo como una autómata y permaneciendo horas y horas metida en el cuartito, sentada sobre su baúl, dominada por una pereza y un desánimo tan grandes que ni fuerzas tenía para vestirse.

Después, al recibir la primera carta de Bert, fechada en Boston en que al través de débiles excusas y forzadas protestas de constancia, traspurentábase el entusiasmo sentido a la vista de aquél hermoso país (*fine country*), sintió contra su antiguo novio, por cuya causa se veía ahora obligada a abandonar su carrera, una rabia fría e implacable. Destrozó su retrato, rompió sus cartas y pisoteó las pequeñas alhajitas que la había regalado durante la breve temporada de sus amores. Complacíase en ensoñar que volvía a buscarla y que ella le cogía entre sus brazos nervudos y le apretaba, le apretaba, hasta que le salía la lengua y los ojos al rendir el alma.

Hallábase entonces Cándida en ese estado, el

más peligroso para las mujeres que han tenido un gran disgusto de amor; el estado en que buscan y escogen venganza adecuada a la ofensa recibida. Ellas, pareciéndose en esto a todas las fuerzas ciegas de la naturaleza, siguen la línea de menor resistencia, y para vengarse suelen castigar aquello que tienen más a mano: su propio cuerpo. Sea porque la desmedida vanidad femenil las induce a creer que una vez amadas nunca dejan de serlo en el fondo; sea que comprenden instintivamente que el corazón tornadizo del hombre todo amor vuelve tarde o temprano; sea que quieren privar al culpable de su abandono de la satisfacción de amor propio de ver que ellas no pueden encontrarle sustituto y que el amor inspirado fué más fuerte y duradero que el amor sentido por el traidor, lo cierto es que la mayoría de ellas, al encontrarse en tal situación, parecen creer que cuanto más se entreguen a otro hombre o a otros hombres, más ha de sufrir aquél que las despreció. «Por lo mismo, ahora, — pensarán sin duda — estos labios que tú has besado, estos ojos en que te mirabas, este cuerpo que abrazaste en los transportes de tu pasión, los voy a entregar a otro, los voy a manchar, a enlodar, a prostituir, para que sientas pena, para que te remuerda la conciencia, y para que si algún día volvieras a desearme, encuentres enturbiada y sucia el agua que querrías beber otra vez». Estos, al menos, eran los pensamientos que brotaban atropellada y confusamente en la imaginación de Cándida, envolviéndola en una niebla de rencor que obscurecía y apagaba su ingénita lucidez, e impidiéndola percatarse de lo hondo y negro del abismo a que se arrojó.

El primero fué el que tenía más a mano; el boticario, que, diestro en tales lides, supo acosar-

la con oportunidad. Aquel al menos era un hombre que mandaba en sí mismo, no un niño sujeto al dominio de las sayas de su madre. Regalitos en abundancia; algunos paseos en automóvil, y el empleo de cajera de la droguería en que la colocó, y la cosa quedó hecha. Aquellas relaciones, sin embargo, no duraron mucho tiempo. Él se hastió pronto, como era su costumbre, y ella le dejó y dejó sin pena el empleillo.

Más tarde, en la fiesta del final del novenario de ánimas (*katapusan*) en una casa vecina, conoció a un «chauffeur», mesticito bien plantado a quien caía bien la librea y con quien se unió, no sin gusto y apasionamiento; pero resultó después que el hombre era casado en su pueblo y cuando llegó la esposa legítima, mujer dominadora de armas tomar, fué necesario separarse.

Trató luego de procurarse otros empleos, pero sus conocimientos eran tan fraccionarios e incompletos que solo encontraba colocaciones modestísimas como cajera de tiendas o taquillera de «*cines*», sueldos miserables apenas suficientes para mal comer y sin esperanza alguna de ascenso o mejora para el porvenir; y aún para conservar puestos tan ínfimos, algunos de aquellos de quienes tal conservación dependía, sabedores de sus deslices, creíanla muchas veces obligada a mostrarse demasiado agradecida.

Se llevó cerca de un año buscando inútilmente oficio remunerativo, a la vez que agradable (*congenial*) y donde el sueldo o ganancia fuera fruto exclusivo de su trabajo y no de sus amabilidades o condescendencias.

IX

Un día, Cándida, agotados sus recursos pecuniarios, debiendo varios meses de la pensión y con la ropita ya demasiado llena de zurcidos, aceptó, desengañada y aburrida, un préstamo de doscientos pesos que la ofreciera el dueño de «La Mujer Moderna», «Cabaret y Baile Público de Suscripción», para que ingresara como bailarina profesional en su sórdido establecimiento.

Tomó el dinero, pagó sus deudas y se ha ido a vivir allí mismo, porque la dan casa y comida gratis, y durante las tres noches de baile por semana que el Municipio permite, brilla, por más guapa y mejor formada, como reina en aquel abigarrado conjunto donde se mezclan y se codean heteras y bailarinas con empleadillos y estudiantes licenciosos, domésticos que van a gastarse en una noche el sueldo de todo el mes, y marinerotes de los barcos mercantes americanos que en la cantina adjunta se desquitan con hartura de la privación alcohólica sufrida en su país.

Tiene infinidad de admiradores y gana mucho dinero, no precisamente con el baile, pero tiene que vestir con lujo, y el calzado y las telas están tan caras que tardará bastante tiempo en poder pagar el adelanto recibido. El propietario del salón esta satisfecho y tranquilo: mientras más le deban sus bailarinas, mejor sujetas las tiene y mayor ganancia le dan.

Cándida no piensa volver jamás a Pinilían, pues aunque se ha echado el mundo a la espalda, todavía hay una cosa que la inspira vergüenza invencible: y es el pensamiento de encontrarse con su madre cara a cara y tener que confesárselo todo.

Se ha olvidado de Bert por completo, y cuando se acuerda de aquella época de su vida, de sus entusiasmos feministas y modernistas y de su famoso lema, *My Career Above All*, se ríe de sí misma y piensa que fué muy boba (*silly*).

En cumplimiento de cierta ordenanza de sanidad, el médico municipal la reconoce todos los meses.

LA ODISEA DE SING-A

I

Su padre pertenecía a la numerosa tribu de los «Tan», cuyos miembros se cuentan por centenares de miles, y su madre le puso por nombre «Sing» el mismo día que nació, durante la primera luna del noveno año del reinado de Kwang Hsu (1883), en la populosa aldea de Sy[illegible]-Be-Tao, cerca de Emuy. Su nombre complet[illegible] lo tanto, «Tan Sing Co» («Co» equiv[illegible] «Señor», «Señora», «Señorito» o [illegible] su «alias», siguiendo la costum[illegible] de China de formar los apelativos fa[illegible]ndo al «patronímico» la desinencia en a. [illegible].

Su padre teniendo en cuenta qu[illegible] co hijo varón, el único que en su [illegible]cer los sacrificios de ritual al [illegible]rno cuando a éste se le ocurriera [illegible] este nuestro mundo material, le cr[illegible] y su madre, recordando que merced [illegible]miento habíase ella librado de la [illegible] de tener que recibir en casa a una [illegible]osa de fecundidad mejor dirigida, l[illegible] todo mimo.

Sing-a creció fuerte y robusto, saltando y jugando libre y sin freno en el patio de la paterna casa de adobe, en compañía de un perro lanudo muy feo, una dinastía de cerdos gordos y rubios, y sus tres hermanas algo mayores, a quienes tiranizaba.

Viviendo en la más profunda ignorancia y el más completo desprecio de todas las reglas profilácticas recomendadas por la ciencia médica moderna, cayó víctima de cuantas enfermedades se ceban en la niñez, pero no cabe duda que los espíritus de sus antepasados, invocados como es debido, o sea, quemando razonables cantidades de cera roja y de pardo incienso, ejercieron su influencia protectora puesto que salió invariablemente bien librado.

La primera contrariedad de su vida fué cuando, a los diez años, le obligaron muy contra su voluntad y la de su madre a ingresar en la «escuela» particular de Lim Ta Co, donde otros diez o doce jovenzuelos más de su misma o menor edad aprendían, a fuerza de castigos, entre gritos y llantos, los intrincados jeroglíficos de la escritura ideológica. Lim Ta Co, aunque nunca había oído hablar de él, profesaba, sin embargo, con todo el fanatismo de que era capaz, aquel principio pedagógico de que «la letra con sangre entra». Todo disgustaba a Sing-a en la escuela: la sujeción, la vara del maestro y la actitud de sus compañeros, que lejos de dejarse esclavizar, como sus hermanas, se le rebelaban y resistían, pero ante las órdenes imperativas del padre no cabía apelación. La patria potestad en China está aún muy lejos de ser el concepto vago y retórico en que se está convirtiendo en los países occidentales.

A los seis años de comenzar su carrera lite-

raria, Sing-a había llegado a dominar cerca de doscientos caracteres escritos y se sabía de memoria una buena colección de poemas confucianos, tanto que el padre, en sus momentos de optimismo, llegó a soñar en ver un día a Sing-a ocupando el puesto de magistrado de Swa-Be-Tao, que en su sencillez creía ser uno de los más importantes del Imperio. La ilusión de Sing-a era mucho más modesta: se limitaba a llegar a ser algún día maestro de escuela, como Lim Ta Co, con el privilegio inherente de largar estacazos sin miedo de verse obligado a recibir pago en igual moneda.

Pero hacia aquellos días ocurrió un acontecimiento que influyó poderosamente en la vida de éste, y fué la llegada de un tal Tan Bo Co, alias Bo-a, uno de sus innumerables «primos», que había regresado de Filipinas para casarse con una chica de Emuy.

Las rarezas de la novia, tales como la de venir de la capital; ser real y verdaderamente *pak-há* (es decir, tener los pies inverosímilmente pequeños por medio de la deformación practicada desde la niñez, y no de pequeñez simulada por medio de zapatos cortos y altos, como hacen las «parvenues»); el lujo de su equipo, que comprendía docenas de pulseras, pendientes y peinetas de filigrana de oro artísticamente labrada; la esplendidez del novio, que había levantado una hermosa casa nueva, adornada con ciertos muebles extraños, como mesas, bancos y taburetes hechos de una madera preciosa, dura y roja, llamada «narra», y había enviado magníficos regalos a los futuros suegros y al «procurador» que había arreglado y convenido la boda, y la magnificencia de la fiesta nupcial, para surtir la cual se sacrificaron diez cerdos, fueron los tópicos de

interminables conversaciones en Swa-Be-Tao durante más de tres meses.

Tan Bo Co, el primo, había hecho su fortuna en Filipinas y había vuelto a China para quedarse allá una buena temporada. Más de una vez Sing-a le oyó hablando con su padre y contándole historias maravillosas sobre el país al otro lado del mar. Allá, un hombre trabajador y que fuera algo económico, podía amasar la enorme fortuna de cinco o seis mil pesos en igual número de años, y si le soplaba algo la suerte en el negocio, hasta ocho o diez o veinte veces más que aquella suma. Allá, las costumbres eran más libres y se vivía menos sujeto a tradiciones y convenciones. Los hombres eran como príncipes: con tal que se sobajara uno a ellos, se dejaban saquear el dinero, comprando por dos lo que valía uno y vendiendo por uno lo que valía dos, y las mujeres eran hermosas sobre toda ponderación y amables para aquél que supiera mantenerlas con regalo y vestirlas con elegancia. Allá había otros chinos de Swa-Be-Tao mucho más ricos aún que él, Bo-a, gentes que poseían grandes almacenes con diez o doce empleados a sus órdenes y que eran dueños de casas como palacios, haciendas enormes, hasta barcos, ¡barcos de vapor, como los de los diablos europeos! Después de cada una de estas conversaciones, el padre de Sing-a quedaba pensativo y meditabundo durante muchos días.

Seis meses después de su boda Tan Bo tuvo un disgusto con otro pariente, más rico que él, que había hecho su fortuna en Java. Litigaron por la propiedad de un arrozal, poco mayor que un pañuelo y de valor casi nulo, pero que se había convertido en asunto de amor propio entre ambos. Tan Bo dió doscientos pesos al magistrado; el otro dió trescientos y ganó el pleito.

Tan Bo, furioso, murmuró (muy «sotto voce», porque en Swa-Be-Tao el desacato se castiga con dolorosas penas corporales) que echaba mucho de menos la reconocida imparcialidad del ramo judicial de Filipinas, y luego de haber hecho en Emuy los arreglos necesarios para que su esposa recibiera la considerable pensión de quince pesos mensuales para su sostenimiento y el de su primer hijo, cuya venida se esperaba para dentro de tres o cuatro lunas más, comenzó sus preparativos para volver a la patria de Rizal.

Dos días antes de la marcha, Tan Bo y el padre de Sing-a celebraron una larga y animada conferencia, al final de la cual Sing-a recibió la orden de partir en compañía de su primo. Obedeció sin decir palabra, puesto que lo mandaba su padre, que era como si lo mandara Dios.

Durante los primeros años de la ocupación americana de Filipinas, la administración de los asuntos civiles estaban en manos del departamento militar, y, por razones que no se conocen a punto fijo, las leyes de inmigración y de exclusión de chinos no se aplicaban tan estrictamente como en la actualidad. Un sargento de Voluntarios, bonachón y sonriente, que actuaba como Inspector de Inmigración de la Aduana de San Pedro, examinó muy por encima el certificado falsificado que Sing-a, por consejo de Tan Bo, compró en Hong-Kong, y le permitió desembarcar, junto con cincuenta y tres emigrantes chinos más que llegaron en aquel viaje del vapor «Pong Tong» de la «China Navigation Company».

II

Cuando Tan Bo arregló sus asuntos para ir a China a casarse, había conservado su participación como socio principal en la tienda y el negocio que tenía establecido en Balsa, un barrio situado al extremo Sur de la isla de X..., de la que San Pedro es capital. Chun Li, el otro socio encargado temporalmente de la administración, quedó obligado a remitirle a Emuy su parte en las ganancias, deduciendo mensualmente quince pesos y el valor de un pico de arroz, que debía entregar a María, la «querida» de Tan Bo.

Algunos años antes, cuando éste se hallaba en el zenit de su prosperidad, vióse un día convertido en propietario legal de un vacuno y un carro, objetos que constituían la totalidad de los bienes muebles e inmuebles de Macario, el padre de María. Macario sentía una pasión indomable por los juegos de gallos y tenía la debilidad, no solamente de equivocarse con frecuencia sobre las probabilidades de triunfo de las aves contendientes, sino también la de sostener y respaldar sus erróneos augurios apostando cuanto dinero caía en sus manos, ya procediera del fruto de su trabajo, ya fuera resultado de los préstamos que obtenía. Su «acreedor hipotecario» era invariablemente Tan Bo, único que se dedicaba a la pequeña usura en Balsa.

Cuando las cantidades prestadas gradualmente llegaron a igualar el valor de los bienes hipotecados y se hacía inminente la ejecución, Tan Bo se convirtió en el amigo íntimo de la familia de Macario, enviándoles con frecuencia regalitos de frutas de China y otros comestibles

4

exóticos. Al llegar Semana Santa regaló a María una saya y un «terno» de sinamay para hacerse un pañuelo y una camisa, salvándola de la humillación que hubiera sufrido a los ojos de sus amigas si no hubiera solemnizado tan sagrados días luciendo vestidos nuevos.

María era una muchacha simple y buena, con ojos grandes y soñadores, negrísimo y largo pelo, cuerpo esbelto y bien proporcionado y cutis fino y claro, cuya actitud hacia el mundo y la vida en general era la de la más pronunciada indiferencia, siempre que no se tratase de telas vivamente coloreadas o de adornos corporales femeninos que reflejan la luz. Las amabilidades y atenciones de Tan Bo y la miseria en que llegó a encontrarse, quedándose sin comer algunos lunes, cuando Macario lo había perdido todo el domingo anterior en la gallera y tenía el crédito agotado, contribuyeron a arrojarla en los abiertos brazos del chino; y un día encontróse convertida en el ama de la tienda, con libertad completa de escoger en el abundante surtido de «patadiones» de todos los colores y autorización plena para elegir a su placer en la colección de rosarios de vidrio, anillos y pendientes de cobre sobre dorado, peinetas de imitación de carey y demás baratijas que llenaban el escaparate de «alhajas».

Tan Bo habíale prometido convertirse al catolicismo, bautizarse y casarse con ella por la iglesia, promesa que sirvió para tranquilizar su conciencia. La verdad es que aquél intentó cumplir su palabra, pero el cura párroco de Balsa resultó ser un puritano demasiado exigente que se negó a bautizarle hasta que se supiera de memoria el «*toksoan*», el catecismo del Padre Astete por preguntas y respuestas traducido al bisa-

ya, y en dos años Tan Bo no pudo pasar de los artículos de la fé. Intentó ablandar al cura con regalos y al convencerse de que era inútil, abandonó el intento, aunque disimulándolo ante María. Un par de años después emprendió el viaje a China para casarse con una paisana suya, pensando siempre hacerlo por lo católico con María cuando volviera y llegara a dominar el dichoso catecismo, pues, en opinión suya, la bigamia era un pecadillo de poca monta.

Cuando volvió, en compañía de Sing-a, María unióse otra vez a Tan Bo, en parte porque la pensión cesaba *ipso facto* y en parte porque ella esperaba aún inducirle al casorio. Entre los de las clases más ignorantes de Filipinas no se desprecia en absoluto a la mujer que vive con un hombre que no es su marido, pero siempre se considera como un estigma para ella el que no haya «pasado por la iglesia». En las peleas con otras mujeres de su barrio, éstas nunca dejarán de echárselo en cara, si es que a su vez están libres de semejante mancha.

Así pues, Sing-a se encontró poco después de su llegada a Filipinas viviendo en el «camarín» o edificio de planta baja donde estaba la tienda, bodega y vivienda de su primo, situado en la plaza de Balsa, junto a la playa, donde recibía la cegadora reflexión de los rayos solares sobre el mar y el torrefaciente vaho caliginoso que exhala la arena recalentada. Allí también vivían, además de Tan Bo, su socio Chun Li (un viejo muy tímido a quien Tan Bo había acogido por su relativo conocimiento del castellano y de la contabilidad especial que requiere el departamento de Rentas Internas) y María. Tan Bo no perdió mucho tiempo en hacerle comprender que él, Sing-a, había venido allí por mandato de su

padre para aprender, y que como se aprenden las cosas es haciéndolas. Fué más que un criado, fue un verdadero esclavo.

Sus deberes consistían en levantarse por las mañanas con el sol; partir la leña; traer agua del manantial, situado a un kilómetro de distancia; preparar el desayuno; barrer la tienda; ayudar a pesar el arroz que se vendía y el azúcar que se compraba; aprender los precios (el máximo que debía pedirse siempre al principio y el mínimo a que podía venderse el artículo cuando el comprador se mostraba demasiado terco en el regateo); estudiar el bisaya; preparar el almuerzo del mediodía; recoser los sacos y «dayones» estropeados; llevar los libros, bajo la inspección de Chun Li, y escribir la correspondencia con las casas chinas de San Pedro, bajo la inspección de Tan Bo; servir los vasitos de aguardiente anisado y ginebra a los obreros que volvían de los campos por las tardes o a los pescadores que retornaban de la pesca, distinguiendo entre aquellos a quienes se podía fiar sin miedo y aquellos otros a quienes no debía permitírseles tragar el alcohólico veneno sin que hubieran antes entregado los roñosos centavos; recortar y arreglar las mechas de los malolientes quinqués de petróleo; cocinar la cena; hervir el agua para el té; limpiar las largas y complicadas pipas de cobre de los dos socios; en una palabra, hacer todos los trabajos duros, pesados y difíciles de la casa, tienda y taberna.

Por todo esto recibía gratis casa, comida, lavada y los servicios del barbero para afeitarle la cabeza excepto en la parte del occipucio donde crecía la coleta, dos veces al mes. También le acreditaban a su cuenta diez pesos mensuales, cinco de los cuales se pagaban a su padre en

China, y dos veces al año le regalaban una «camisa de chino», unos zaragüelles que se amarraban a la cintura con una cuerda y un par de chinelas hechas de áspero cuero de carabao.

Hacia la época en que ocurrían estos sucesos, quizás el espectáculo más patético que fuera dable contemplar en una comunidad rural de Filipinas, era el de un chino, ni demasiado pequeño para inspirar compasión ni demasiado grande para inspirar miedo, y que al mismo tiempo no poseyera dominio suficiente del lenguaje vernacular para poder devolver insultos y burlas. Ese chino era indefectiblemente el blanco de bromas pesadas y burlas sangrientas de parte de labradores, pescadores y obreros, y especialmente de las crueles y mal intencionadas de los jovenzuelos del barrio. Una de las más corrientes y dolorosas consistía en dar bárbaros tirones de la coleta de la víctima, cuando sus manos estaban ocupadas y no se podía defender.

Al igual que Cossette en «*Les Misérables*», Sing-a veía llegar la hora de ir por agua al manantial con verdadero terror. Aprovechándose de que necesitaba de ambas manos para llevar los dos baldes del agua, los chicuelos se cebaban en él dedicándose a su broma favorita.

En vano ideó trenzarse la coleta y hacerse una especie de moño que ocultaba en parte con el sombrero de paja: un diablillo de ocho o diez años descubrió que saltando un poco por detrás, haciendo volar al sombrero de un papirotazo y dándole al moño dos o tres achuchones, caía el precioso juguete, la hermosa trenza de pelo negro y duro, a la que comparaba con la cuerda de la campana de la iglesia; cada vez que tiraba uno de ésta contestaba con un sonido; cada vez que tiraba uno de aquella respondía con una gra-

ciosa maldición en un idioma chocante que despertaba la hilaridad. Resultaba chistosísimo. Una tarde en que se vió a solas con el muchilo en lo más hondo de la vereda, Sing-a soltó de pronto los baldes, se echó sobre él y le propinó una buena ración de puñadas, coces y mojicones. Así: que lo supieran aquél y los otros. El ya iba siendo un hombrecito y era hora de poner fin a tantos abusos.

A la mañana siguiente, en el momento de estar llenando sus baldes, aparecieron de pronto el padre y tres parientes del chico apaleado; cogieron a Sing-a, uno por los hombros y otro por las piernas; obligáronle, tras breve lucha, a ponerse en posición horizontal y bocabajo; despojáronle del fino calzón, y sobre la desnuda piel de las posaderas le aplicaron veinticinco bejucazos, de esos que, sin causar efusión de sangre, producen violáceos cardenales dolorosos e impiden al paciente sentarse con comodidad por espacio de una semana. Las carcajadas de los verdugos y de algunos curiosos que acudieron a presenciar el espectáculo, ahogaron los gritos y aullidos de la víctima del brutal atropello.

Tan Bo, no solamente se negó en redondo a dar parte a la autoridad y a reclamar ante la justicia, sino que encima le dirigió una filípica soberana.

¿Cómo? ¿No comprendía que aquello, lo de sufrir con paciencia ésta y otras bromas semejantes, era parte del precio que ellos tenían que pagar por el privilegio de explotar a aquella gente y de enriquecerse a su costa? ¿No le veía a él, a Tan Bo Co, el rico y el dueño de la tienda, que a lo mejor, cuando estaba más distraído, le amarraban la punta de la coleta al respaldo de una silla para que al levantarse llevara ésta

arrastrando algunos pasos, mientras experimentaba la dolorosa sensación de que le arrancaban el cuero cabelludo? ¿Y él acaso lo tomaba por la tremenda y la emprendía a palos? No, señor. Se limitaba a decirles: «¡Masialo salabahe!» (Demasiado salvajes) riendo con risa de conejo, como si le hubiera hecho la mar de gracia la bromita, y luego les compraba su abacá, su azúcar o su coprax a un peso por pico menos que el precio corriente en San Pedro...

Sing-a aprendió aquél día una lección: la de que él y todos los chinos que venían a Filipinas debían, para poder vivir en paz y acumular riquezas, ser pacientes y sufridos en grado sumo y reconocer implícitamente la superioridad racial del indígena. De ahí en adelante permitió que le tiraran de la coleta *ad libitum* y exhaló un suspiro de alivio cuando la caída del gobierno imperial Manchú en su país le permitió desprenderse para siempre de su molesto apéndice capilar.

A los nueve años de residencia en el Archipiélago Sing-a había aprendido otras muchas cosas. Había llegado a ser maestro consumado en el arte de disminuir en la medida del arroz que se despachaba y en el peso del azúcar que se ingresaba, sin que el parroquiano se enterara. Cada venta hecha, cada préstamo concedido, eran otras tantas batallas en las que su conocimiento subconsciente de la psicología filipina le ayudaba a salir triunfante, habiendo conseguido para la tienda el mayor precio posible o las condiciones más favorables e hipotecas más valiosas, según fuera el caso. Había logrado aprender la intrincada preparación de los cargamentos de azúcar que se embarcaban para San Pedro en lorchas o faluas. Había llegado a saber hablar el bisaya

con bastante claridad y relativa perfección, aunque sin lograr (porque es humanamente imposible) desprenderse del acento chinico. Y por último, sin percatarse de ello, ¡se había enamorado de María como un burro!

III

Ello era, si bien se mira, perfectamente natural y lógico.

Sing-a había llegado, con mucho, a la edad en que el amor llama al corazón de todo hombre, sin distinción de clase o raza, y ella era el único ser humano en todo el barrio, si se exceptuaban Tan Bo y Chan Li, que no se había mostrado duro y cruel para con él. La vida en familia le proporcionaba múltiples ocasiones para fijarse en que María era, entre todas las mujeres de Balsa, la mejor parecida y la mejor vestida, habiendo adquirido ese aire de fragilidad y pulimiento que proporciona el ocio prolongado.

La circunstancia de que viviera maritalmente con su primo Bo-a no revestía a los ojos de Sing-a tal importancia que sirviera de estorbo al logro futuro de su amor. Para él, la verdadera esposa de Tan Bo era Swan-a, la chica *pakhá* de Emuy, y se regocijaba secretamente al pensar en que María sería libre tarde o temprano.

Este sentimiento sirvió para espolear su ambición y prestarle el valor necesario para dar el paso que dió cuando sobrevino la soñada y espeluznante *bronca* final entre Tan Bo y María, famosa en los fastos de las riñas pseudo conyugales de Balsa, iniciada por ella cuando hubo de convencerse de que él, no solamente había abandonado el estudio del catecismo, indicando con ello

que abandonaba también los proyectos de legalizar la situación de ambos, sino que acariciaba además el proyecto de emprender otro viaje a China, del cual todo indicaba que ya no volvería más.

Sing-a, que estaba al corriente de los planes de marcha de su primo, presentó atrevidamente su proposición: él compraba la parte de Tan Bo en el negocio.

Este al principio se rió de él compasivamente y le trató de loco, pero Sing-a insistía, presentando el asunto bajo un aspecto enteramente nuevo e inesperado para Tan Bo, resultado de los cálculos hechos por aquél en largas noches de insomnio durante las últimas semanas. Si el arroz y azúcar que había en existencia se vendían inmediatamente y los créditos más importantes y cuyo vencimiento estaba próximo se descontaban en alguna casa de San Pedro, se reuniría, junto con sus ahorros, dinero bastante para pagar a Tan Bo algo más de la mitad de lo que su participación valía. Sing-a prometía pagar el resto en dos años, y como bonificación o prima especial, ofrecióse, con toda picardía, a pagar por su cuenta la antigua pensión de María de quince pesos y un pico de arroz mensualmente, en calidad de intereses.

Tan Bo se estuvo una semana reflexionando sobre el asunto y considerándolo bajo todos sus aspectos, y acabó por llegar a la conclusión inevitable de que la proposición no podía ser más ventajosa para él, una vez que habíase decidido a liquidar y volver a China.

Por una parte estaba lo de la pensión. Si él no hacía los arreglos necesarios antes de marcharse, María o sus parientes podían armarle algún lío, pues la muchacha era doncella cuando

cayó en sus manos y él tenía una vaga idea de que en tales casos la ley obligaba al seductor a pagar una pensión. Lo que Sing-a ofrecía abonar, sumaba, teniendo en cuenta el precio del arroz, unos trescientos pesos anuales, o sea más de un veinte por ciento sobre lo que éste quedaría debiéndole si se aceptaban sus planes, y él, Tan Bo, sin costarle nada, haría un gran favor a un pariente suyo, de lo que podría luego pavonearse en Swa-Be-Tao.

Por otra parte, no dejaba de sentir cierto afecto sentimental hacia aquél negocio, fundado por él hacía más de veinte años, sentimiento que le inclinaba a dejárselo a Sing-a trabajador y osado, y no a Chun Li, tímido y rutinario, en cuyos manos la empresa no hubiera progresado.

Ya era hora de que él volviera a China, aunque no fuese sino para conocer a su primer hijo, que tenía ocho años de edad. En sus dos campañas en Filipinas había reunido más de doce mil pesos actualmente invertidos en un Banco de Emuy que negociaba con chinos emuyenses en el Archipiélago, y aquel dinero le rentaba un diez por ciento. Ahora estaba en posición de no permitir que pariente alguno le echara la pata por delante si se tratara de comprar otra vez el magistrado, pudiendo emprender pleitos sin miedo a sentencias en contra.

La proposición de Sing-a fué, por fin, aceptada sin modificación alguna. No se ejecutaron documentos legales de ninguna clase y solamente se inscribieron ciertos caracteres muy lindos y complicados en los libros encuadernados en papel azul donde se llevaba la contabilidad de la casa. El negocio en su totalidad había sido inscrito en la Tesorería Municipal de Pimlían a nombre de Chun Li cuando Tan Bo fué a China por primera

vez. No se molestaron en cambiar la inscripción: Chun Li continuaría como hasta entonces, pagando los impuestos como si fuera el único propietario, aunque en realidad su participación era insignificante.

Sing-a, con el corazón rebosando de oculto placer, vió un día marchar a Tan Bo, y vióse convertido en el verdadero amo y señor del establecimiento donde había comenzado a trabajar como un esclavo no hacía aún diez años justos.

Muy poco después hizo un viaje a San Pedro para establecer relaciones comerciales con otras casas y extender la esfera de sus negocios. Dedicó especialmente su atención a los pequeños labradores o aparceros que trabajan las tierras azucareras a mitad con el propietario, entregándoles gradualmente y en pequeñas cantidades dinero, arroz, ropa, herramientas y los primitivos implementos agrícolas que necesitaban y utilizaban, y recibiendo de ellos en cambio la parte de azúcar que les correspondía, que enviaba a San Pedro y vendía aparentemente al mejor precio de plaza, recibiendo comisiones de una y otra parte, bonificándose en las diferencias de peso y clasificación y en la del precio, pues siempre se arreglaba la cosa de modo que recibiera el «real por pico» más de lo que aparecía en factura, convirtiéndose, en una palabra, en uno de los numerosos intermediarios y parásitos que medran y engordan a la sombra de la industria azucarera de Filipinas.

También se dedicó a estudiar con ahinco el librejo de la doctrina cristiana, el mismo que su primo Bo-a había intentado aprender sin lograrlo. Sing-a, cuya memoria era mucho más flexible que la de su pariente, gracias al ejercicio

nemotécnico a que le obligaron a dedicarse en la escuela de Lim-Ta-Co, aprendió mucho más rápidamente. Además, aquel cura puritano que no quiso bautizar a Tan Bo había sido sustituido por otro de criterio más liberal y cuyas ideas sobre la conversión de los chinos al catolicismo eran las de que, en la mayoría de los casos, lo hacían exclusivamente para poder casarse con chicas filipinas, olvidando la religión después del matrimonio, o, cuando más, haciendo una mescolanza con las creencias y prácticas católicas y las budistas que ni Dios entendía. Por lo tanto, no era apenas necesario que supieran la doctrina a la perfección: de todos modos habían de olvidarla en poco tiempo.

El nuevo cura bautizó sin dificultad a Sing-a, y éste pudo al cabo de unos meses dirigirse a María, que habíase ido a residir con su madre cuando Bo-a marchó, ofreciéndose con toda formalidad como esposo legítimo, si ella quería aceptarle. Ella le aceptó presurosa, pues si bien le era completamente indiferente, pensó que nunca más en su vida se la volvería a presentar otra ocasión para ser «esposa legítima» de alguien. Los jóvenes de Balsa no desdeñarían, ciertamente, el tener aventuras amorosas con ella, pero ninguno, por mucho que se enamorase, se atrevería a llevarla al altar, para que nadie pudiera decir de él que se había contentado con las sobras de un chino.

Se casaron en una mañanita de Diciembre, fresca y deliciosa, sin ostentación y sin fiesta, y María volvió por tercera vez al camarín en calidad de ama y señora. Eran los mismos muebles, la misma habitación, el mismo lecho: nada había cambiado sino el esposo, cambio en el cual, a decir verdad, ella salía ganando, pues el nuevo

era más joven y se mostraba mucho más cariñoso y apasionado que el antiguo.

Por las noches, después de la brega del día y de la frugal cena y cuando habíanse cerrado puertas y ventanas con fuertes trancas por miedo a los ladrones, María entreteníase en mirar al través de los intersticios de las ventanas a los chicuelos del barrio que, para celebrar la temporada de aguinaldos, paseaban procesionalmente sus faroles transparentes de papel y caña montados sobre ruedas, representando cerdos, conejos, perros o casas, muy iluminados por dentro con candelas de colores, mientras Sing-a, sentado a su lado en la obscuridad, comunicábala sus proyectos: él no volvería a China, porque sus padres habían muerto, ni se casaría con ninguna *pai há*, sino que viviría siempre al lado de ella, y serían ricos, y tendrían muchos hijos...

IV

Tres años después, ninguno de estos dos últimos y más ardientes deseos llevaban camino de conseguir.

María, no obstante haber recurrido a las «sobanderas» más famosas de la provincia, sujetándose a todo género de «masages», parecía que iba a ser estéril, y por otra parte, su afición a vestir bien y a alhajarse había crecido desmesuradamente desde que hizo un viaje a San Pedro y tuvo ocasión de observar el lujo verdaderamente asiático que gastaban las esposas y queridas de los chinos ricos de la capital.

Sing-a, tan apasionado por ella como el primer día, no sabía negarse a ninguno de sus caprichos. Para poder pagar a Tan Bo fuéle nece-

sario recurrir a un paisano que se dedicaba a la usura en San Pedro y que le cobrara réditos muy subidos. Cuanto ganaba con su actividad y su economía, su frugalidad y su industria, apenas era bastante para cumplir con sus obligaciones corrientes y sostener la vanidad indumentaria de su esposa.

Hallábase una tarde entregado a serias reflexiones pensando qué nuevas empresas podría acometer para aumentar sus ingresos, cuando se dió cuenta de que algo muy extraordinario ocurría que ponía en conmoción a los habitantes de Balsa.

Todos cuantos no habían ido al campo o al mar aquel día o habían vuelto más temprano que de costumbre, dirigíanse a la playa, y muchos de ellos llevaban a la cintura el afilado *sian-tong* o el pesado machete de trabajo. Las mujeres, en cambio, subíanse a las casas, y los chicos asomábanse por las bocacalles que daban a la playa, como atraídos por curiosiddad irresistible, pero al mismo tiempo refrenados por cierto temor que les impulsaba a mantenerse listos para escapar en cuanto fuera necesario.

Sing-a se asomó a la puerta de su tienda y pudo ver la causa de aquel rebullicio. En la playa había encallado una embarcación de forma poco familiar, pequeña y estrecha, con su proa adornada de finos calados y caprichosas tallas y su popa rodeada de una barandilla muy baja que le daba el aspecto de balcón o de casa de muñecas. A ochenta o cien brazas mar adentro, tres barquichuelos más, enteramente iguales, descansaban sobre sus anclas.

Del que había atracado a la playa bajaron seis individuos, ágiles y delgados, vestidos con unos pantalones estrechísimos que les marcaban piernas y muslos con exacta precisión, unas cha-

quetillas cortas de increíbles colorines y unos turbantes como de tela escocesa a cuadros, bajo los cuales veíanse sus rostros negros y requemados de sol y aire de mar. Algunos, en lugar de turbante, llevaban un mugriento fez turco, y otros iban con sus cabezas rapadas al aire. Parecían los «moros», de quienes Sing-a había oído hablar muy vagamente y que veía ahora por primera vez.

Poco investigador, como buen chino, de lo que no le interesaba directamente, no se unió al grupo de curiosos, sino que se quedó en la tienda, tomando precauciones para cerrar tan pronto surgiera la más ligera señal de disturbio.

Si hubiera sido preguntón y observador, pronto hubiérase enterado de que eran efectivamente moros, moros joloanos descendientes de aquellos que medio siglo antes venían en sus incursiones piráticas a devastar los pueblos costeros de Bisayas.

A lo largo de las costas de la isla podían verse aún, en muy buen estado de conservación, pequeños fuertes o «kottas» donde en otros tiempos se refugiaban los habitantes para rechazar, con las primitivas «dantakas» que se cargaban por la boca, a los atrevidos piratas. A veces, cuando éstos les cogían desprevenidos, cuando los vigías apostados en las atalayas de caña se descuidaban o los atacantes conseguían burlar su vigilancia, pueblos y barrios pagaban dolorosos tributos de sangre y de lágrimas, viendo sus casas saqueadas, muerta la flor de su juventud en la defensa improvisada y desorganizada, llevados como esclavos los hombres útiles que sobrevivían y raptadas todas sus mujeres jóvenes para poblar los harenes de los «dattus» de Joló o de Borneo.

Estremece el recordar las angustias sufridas

por estos desgraciados en el viaje del exilio, en las diminutas embarcaciones moruas por el ancho mar de Sulu, con sus calmas y sus vientos contrarios, aherrojados y amontonados como reses, bajo amenaza constante de los «krises» de sus captores, y teniendo por única perspectiva la esclavitud más abyecta para los hombres y la violación más degradante para las mujeres. Ellos irían a trabajar como carabaos bajo el sol, labrando los arrozales de Basilan o de Tawi-Tawi, pero más felices en medio de su desventura, podían aún abrigar la esperanza de huir o de ser reconocidos y rescatados por algún traficante respetado de los moros, mientras que ellas, sobre todo las mejor parecidas, estaban condenadas a perpetuidad, pues llevadas al interior y encerradas donde ojos extraños no las verían jamás, era su destino ineludible el servir de pasto a la lascivia de los moros ricos en tanto durara su frescura o hasta que viniera, piadosa, la muerte a libertarlas.

El abuelo materno del que esto escribe, segundón irlandés de espíritu aventurero, que abandonó su casa por diferencias religiosas y compró y se trajo dos fragatas con las que se dedicó a traficar en perlas y «balate», que cambiaba por platos, telas, clavos y quincalla con los moros, habiendo llegado a adquirir estrecha amistad con el Sultán de Joló de quien acabó por ser consejero áulico, contaba historias de cautivos muy interesantes.

Uno de sus negocios secundarios consistía en la redención de éstos. Pagaba al moro captor o dueño del esclavo cristiano el precio convenido en telas y platos, llevaba a éste a Iloilo, su centro de operaciones, y una vez allí, el redimido o su familia le devolvían el importe del rescate, más

su ganancia... o no se lo devolvían, si no tenían con qué, debiendo contentarse el redentor con meras expresiones de agradecimiento que tomaban la forma de una curiosa costumbre: la de arrodillarse ante él y besarle la mano, como se hacía a los obispos, siempre que le encontraban en la calle.

En cierta ocasión fué víctima de una «razzia» mora una muchacha, mestiza española de notable belleza que había sido educada en los mejores colegios de Manila. El hecho causó sensación profundísima y el abuelo del autor puso en juego toda su influencia para rescatarla y devolverla al seno de la atribulada familia. Al cabo de dos años de negociaciones que parecían interminables y de gestiones diplomáticas dilatadas y exasperantes, pudo conseguir que la mujer fuera llevada a Joló y pudo lograr tener una entrevista con ella. La chica, llorando amargamente, se negó a ser rescatada, puesto que su raptor y dueño que habíala violado y de quien había tenido dos hijos, si consentía en dejarla marchar obedeciendo a los ruegos y mandatos insistentes del Sultán, declaraba al mismo tiempo que antes mataría a los niños que permitirla llevárselos. ¿Qué porvenir la esperaba si volvía a las regiones cristianas? Una vida de vergüenza y de humillación, complicada con el dolor lacerante de no volver a ver jamás a los pedazos de sus entrañas. No: su desdicha era de las que no encontraban remedio sino en la muerte...

Por eso aquella tarde de mediados del año 1914, aún sabiendo que los moros ya habían dejado de practicar la piratería desde que aparecieron los primeros cañoneros de vapor españoles, y que los cuatro policías del barrio podrían, con sus revólveres, poner en fuga a los extraños

visitantes si demostraban la menor hostilidad, los habitantes de Baisa, como imbuídos instintivamente por la herencia del terror ancestral, ponían sus mujeres a buen recaudo y aparcibían sus armas disimuladamente.

V

Pronto pudieron convencerse, sin embargo, de que las intenciones de los mahometanos no podían ser más pacíficas. Dispersos y sin armas discurrieron, durante el breve rato que duró el crepúsculo, por las calles y callejones, mirándolo todo con viva curiosidad. Hicieron sus pequeñas compras de arroz, frutas y pescado seco en el mercado y en la tienda de Sing-a, y al caer la noche volvieronse tranquilamente a su «vinta».

Cuando los parroquianos más rezagados habían bebido su última copa de arrisado y Sing-a hallábase a punto de cerrar, un bulto, salido de la densa obscuridad de la calle, entró silenciosamente en la tienda. Al fijarse el chino que el bulto era de uno de los moros llegados aquella tarde estuvo tentado de gritar pidiendo auxilio, pero se tranquilizó al ver que su nocturno visitante, lejos de afectar la ferocidad del malhechor, sonreía como impetrando perdones por su intrusión y enseñaba con gesto de ofrecimiento un objeto cuya naturaleza era difícil de determinar a primera vista; algo así como un dedal de costura muy grande que sirviera para el dedo gordo del pie.

Por algunas palabras castellanas que el moro pronunció, Sing-a, coligiendo que hablaba este idioma, llamó a Chun Li para que descifrara el misterio. No tardó éste en hacerlo. El moro de-

claraba que traía opio bueno de Saigón y de Hong-Kong, ciento cincuenta latitas iguales a la muestra que exhibía, y quería vendérselo si convenían en el precio.

La palabra «opio» tiene para los chinos en Filipinas la misma atracción mágica que la palabra «oro» tiene para los europeos, pues la adquisición y comercio clandestino de tal producto invariablemente representan para ellos, o la satisfacción de un vicio cuyo imperio sobre sus adeptos alcanza a extremos increíbles para quien no les ha visto cuando se hallan privados de su droga favorita, o la realización de enormes ganancias que en muchos casos parecerían fabulosas si no las pregonaran pruebas evidentes.

Sing-a sabía algo de esto, pues, tenía varios amigos y paisanos opiómanos recalcitrantes, y él mismo había pensado alguna vez, cuando se sentía muy desgraciado, que de buena gana buscaría el olvido en la pipa donde otros lo encontraban.

Había oído hablar de chinos, tenderillos miserables, que de la noche a la mañana, con tres o cuatro alijos afortunados, convertíanse en respetados capitalistas, grandes comerciantes o fastuosos navieros, viviendo en palacios y arrastrando automóvil.

El *tael* de la droga, cuarenta gramos escasos de la pasta negra y olorosa que en Hong-Kong costaba de tres a cinco pesos, alcanzaba en Filipinas precios que oscilaban entre los cincuenta y sesenta, desde que cuatro años antes, percatándose el Gobierno de que el dañino vicio íbase extendiendo por el país en proporciones alarmantes, prohibió bajo severas penas la importación y uso del opio y sus derivados.

La enorme diferencia de precios, que permitía fabuloso margen de ganancias, resultaba, sin

embargo, una tentación irresistible para muchos. No obstante la enérgica campaña emprendida por el ramo de Aduanas, cuyo personal de servicio secreto fué mejorado y aumentado, los contrabandistas conseguían, muchas veces burlando ingeniosamente a los agentes y algunas sobornándoles, cuando encontraban materia dispuesta, introducir su letal mercancía.

Era una lucha constante, un torneo inacabable de ingenio y picardía en que los funcionarios públicos necesariamente llevaban la peor parte, pues debían mantenerse a la defensiva sin poder adivinar por dónde les vendría el golpe, pudiendo tan sólo calcular sus derrotas por los efectos de éstas, reflejados en la baja de los precios.

Un día descubríase el sistema de los dobles fondos en cajas y baules; a los pocos meses era en latas de conservas; después en gruesas piezas de maquinaria, vaciadas previamente; luego en los tacones ahuecados de los zapatos de pasajeros e inmigrantes; más tarde en paquetes postales; a lo mejor lo traían en el fondo de grandes toneles de vino o en los puños huecos de bastones y paraguas; cuando no podían introducirlo pasando directamente por los puertos, inventaban el sistema de arrojarlo al mar desde la borda de los barcos procedentes de China, con boyas o flotadores, en parajes estrechos cuyas corrientes habíanse estudiado con minucioso esmero para asegurarse de que el contrabando iría a parar a ciertas islas o playas desiertas donde lo aguardaban los cómplices, o bien éstos, navegando en botes o lanchas en determinadas horas y lugares y situándose por medio de enfilaciones preconvenidas, encontraban la boya anclada. No importaba que se perdieran algunas partidas de vez en cuando, puesto que el negocio daba para todo.

Se había dado el caso de enviar expresamente un vapor a los astilleros de Hong-Kong para ser allí reparado ostensiblemente; meter las latas de opio en el fondo de la sentina, cubiertas de gruesa tapa de cemento puesto como si fuera un parche del casco, y a la vuelta del buque, meses después de sufrir el minucioso registro exigido para su reingreso en el cabotaje, se hizo saltar el cemento con cuatro martillazos y se desembarcó el opio con toda libertad en un puerto donde no había aduana.

El incentivo de la riqueza rápidamente adquirida era tal, que resultaba irresistible para muchas gentes. Marinos y maquinistas navales de buenas familias y de costumbres por otra parte intachables, hallábanse extinguiendo condenas por haber intentado bajar la droga ellos mismos, aprovechándose de la aparente confianza de los «secretas», y hasta señoritas de buena sociedad, venidas a menos, purgaban en la cárcel o en el destierro el delito de haber querido rehacer su fortuna introduciendo el proscrito alcaloide entre los volantes de sus enaguas.

Si el negocio producía inmensas ganancias, también obligaba al que lo emprendiera a correr tremendos riesgos.

No cesaban éstos con la entrada del contrabando. Una vez burlados los sabuesos de la Aduana, había que defenderlo contra los funcionarios de la Policía Insular y de Rentas Internas; contra los polizontes y «detectives» municipales; contra los «chantagistas» y cómplices que vendían su silencio al mejor postor; contra los más degradados de los mismos opiómanos, que para ganar la tolerancia de los esbirros y poder recoger para sí mismos algunas migajas con que satisfacer su vicio, se dedicaban ocultamente al es-

pionaje, husmeando y denunciando los depósitos y fumaderos donde no se les sobornaba. Luego, cuando había abundancia y el mercado estaba repleto, merced a la afortunada y simultánea introducción de varios alijos gordos, venían las rivalidades entre los vendedores que se disputaban a los parroquianos, fomentadas por los «detectives» y «secretas» del Gobierno, quienes favorecían aparente y sucesivamente a todos los bandos rivales para pescar en el revuelto río de sus enemistades los informes que ansiaban.

Por si esto era poco, había que contar con la infidelidad de socios y cómplices. Cuando la ley fué enmendada en el sentido de obligar a los jueces a que impusieran penas de prisión y no de multa solamente como se hacía al principio, los chinos ricos que se dedicaban al contrabando adoptaron el sistema de enviar a Hong-Kong a sus jóvenes empleadillos para comprar el narcótico, dándoles el dinero necesario. En caso de captura éstos soportarían la pena corporal y aquéllos se limitarían a sufragar las pecuniarias. Muchas veces los dependientes, hombres nacidos y criados en las aldeas del interior de China donde la vida era tan barata que el posesor de una fortuna de cuatro o cinco mil pesos podía considerarse como un verdadero potentado, quedábanse allá, con el dinero, que colmaba las ambiciones de toda su vida, pretextando accidentes o enfermedades, y para «salvar la cara» ante el principal, enviaban opio falsificado hecho con melaza, y dirigían al mismo tiempo denuncias tan detalladas a los funcionarios de Aduanas que éstos irremisiblemente cogían el adulterado contrabando impidiendo llegase a manos de su destinatario y se enterase éste de la jugarreta de que había sido víctima.

Lentamente, depurando de día en día su personal, dificultando cada vez más el negocio, el Gobierno parecía llevar camino de conseguir su propósito, si no de supresión absoluta, de restricción rígida por lo menos. Hubo años de carestía tan grande que llegó a estar a ochocientos pesos la lata de cinco *tacles*. A este precio solo podían fumarlo los más acomodados, y el número de consumidores disminuyó grandemente, haciéndose imposible el consumo para los viciosos de las clases bajas y pobres de Filipinas, que eran entre las que se estaba antes propagando el degradante hábito.

De pronto, este principio de victoria, logrado con tanto trabajo, se convirtió en otra derrota. Los moritos del Sur aprendieron un día que en el tráfico prohibido había una mina de oro para ellos.. En Sandakan, Borneo, a pocas horas de navegación y de travesía fácil para sus barquichuelos, se encontraba opio tan abundante y casi tan barato como en Hong-Kong. Llevarlo de allí a cualquier parte de Filipinas era un juego de niños para audaces navegantes como ellos. El Gobierno, mal preparado entonces, y aún ahora, para guardar la extensísima frontera del sur del Archipiélago, no pudo oponer la vigilancia necesaria. Sus guardacostas de gran calado no podían perseguir a las ágiles y diminutas «vintas» por entre los islotes y arrecifes donde se escondían, y cuando por casualidad lograban sorprenderles lo bastante cerca para obligarles a parar ante la amenaza del cañón, encontrábanse con las «vintas» convertidas en pacíficas barcas de pescadores: el contrabando había sido arrojado al mar. Si al desaparecer el guardacostas podían recobrarlo buceando donde recordaban haberlo tirado, tanto mejor: si no, valía más perder

el opio únicamente que no perder también las «vintas» y la libertad.

Aquellas gentes, avezadas a los peligros, duras para las fatigas, de limitadas necesidades y ambiciones, y dedicadas, no hacía aún dos generaciones, al bandidaje y a la piratería, fueron los instrumentos ideales para los contrabandistas. Chinos y moros, como atraídos por mútuo magnetismo, se buscaron, se encontraron y se entendieron, salvo aislados casos en que alguno de los primeros, por regatear demasiado o por no permitir que se le impusieran, perdió la cabeza al golpe de un «kris» mahometano.

El moro que aquella tarde llegó a Balsa y entró en la tienda de Sing-a, era, pues, jefe de una expedición de contrabandistas. Sin ser «dattu» o principal de la Morolandia, tenía cierto barniz de cultura y hablaba regularmente el castellano por haber vivido algunos años en Zamboanga, la capital de Mindanao, donde el pueblo no habla otro idioma.

Sing-a y él pudieron entenderse con cierta facilidad, interpretando Chun Li:

— ¿Cuánto ese usté vendilo por lata?

— Ese yo vende por veinte pesos lata.

— ¡Abá! ¡Masialo también ese precio! Siguro Hong-Kong vale no más tres pesos por tael.

— Yo compra Sandakan ocho pesos tael.

— Mueno, mueno: nosotro paga diez pesos.

El moro dió media vuelta aparentando querer marcharse indignado.

— Espela poco tiempo: usté no legaña. Ese «por ser para ustés» nosotro paga doce pesos. Ese muy mueno ya precio. Usté puele gana seiscientos pesos. ¿Cosa? ¿Conforme?

— Ultimo precio: quince pesos. Si usté no conforme, yo busca otro comprador.

Sing-a, que en aquellos breves minutos había visto pasar en tropel ante los ojos de su imaginación dulces y tentadoras visiones de riqueza, apresuróse a cerrar el trato. Quince pesos lata si el opio era todo como la muestra; no de la calidad ínfima de Sandakan, sino de la codiciada marca «Gallo» de Hong-Kong.

El moro garantizaba la clase y permitiría al comprador, antes de verificar el pago, que abriera a la casualidad cinco latas, para examinar el contenido y convencerse de que no había falsificación.

Verificaríase la entrega a la noche siguiente. El opio, las ciento cuarenta y nueve latas restantes, no estaba abordo de las «vintas», sino que se hallaba enterrado en un desierto islote distante de Balsa cuatro o cinco millas, en lugar conocido por el moro únicamente. Esta precaución se tomaba para prevenir el caso de que tardaran en encontrar comprador para el contrabando y en el entretanto fueran registradas las «vintas» por los agentes de la Aduana.

Lo tratado convenía tanto más a Sing-a cuanto que no tenía en aquel momento sino próximamente la mitad de los dos mil doscientos pesos que debía pagar. Saliendo de Balsa al amanecer del día siguiente y andando a buen paso, llegaría a Pinihan, donde estaba situada la estación de ferrocarril más próxima, hacia las nueve de la mañana, a buena hora para tomar el tren descendente que llega a San Pedro a las doce. En dos o tres horas buscaría y hallaría el dinero, y luego podría alquilar un «auto» que le trajera directamente, llegando de vuelta a Balsa hacia las ocho de la noche, a tiempo para acudir a la cita con el moro.

Todos estos planes estuvieron a punto de fa-

llar por la terca e insistente negativa del paisano prestamista a quien recurrió. No: Sing-a le debía aún dos mil pesos: el arroz había bajado: la próxima molienda del azúcar estaba lejos: ya le había dado más de lo que valían sus garantías. No le decía que la principal razón para negarse era porque sabía que la esposa era vana y gastadora y temía que el dinero pedido sirviera para satisfacer algún capricho de aquélla y no para emplearlo en negocio reproductivo. Viendo que pasaban las horas sin lograr convencerle, Sing-a sacó «el Cristo» y confesó de plano para qué quería los cuartos.

En cuanto habló de opio, la palabra mágica produjo su efecto acostumbrado de «Sésamo ábrete». Para esto sí, había dinero, tanto como él quisiera. Si el prestamista no lo tuviese disponible, lo buscaría en el centro de la tierra, seguro de que parte de la enorme ganancia futura se pegaría a sus manos en pago de su intervención. Pero no necesitó ir tan lejos. Abrió su caja de hierro, sacó los fajos de billetes, los exhibió e impuso sus condiciones: daría la mitad del capital, pero el opio debería entregársele para que él lo vendiera al menudeo, por cuyo trabajo recibiría a razón de cinco pesos por lata, y de lo que restara, deducidos los gastos, la mitad sería para él y la otra mitad para Sing-a.

Este hizo sus cálculos. Había supuesto que su ganancia no bajaría de cinco mil pesos, y he aquí que se reducía a la mitad o menos, pero se encontraba cogido, pues carecía de tiempo para buscar dinero en otra parte, y además pensaba que, sin experiencia en la venta del artículo, necesariamente secreta y clandestina, y sin conocer sino a muy contados consumidores, él sólo tardaría muchísimo tiempo en deshacerse del con-

trabando colocándolo a buen precio. Aceptó, tascando el freno y tragando saliva, las onerosísimas condiciones impuestas, y recogiendo la suma pedida apresuróse a emprender el regreso.

Aquella misma noche se llevó a cabo la transacción. Sing-a traía de San Pedro muestras de la buena clase de opio para compararlas con el comprado. El moro entregó las latas y Sing-a pagó, una vez convencido de la bondad del artículo, conviniendo en que dentro de dos meses aquél traería una segunda partida en mayor cantidad a ser posible. Se despidieron los mejores amigos del mundo.

Tres días después el prestamista vino a Balsa y se posesionó de las codiciadas latas, extrayéndolas del hoyo en que, metidas en un tibor, las habían enterrado, y que la noche de la compra Sing-a y Chun Li cavaron con sus propias manos en una esquina del piso de tierra apisonada de la trastienda y bodega.

VI

— ¡No lo comprendo! ¡No lo comprendo!

— ¡Pues si está muy clara la cuenta! Hemos vendido a cincuenta y ocho pesos lata por término medio: son: ocho mil setecientos pesos. Me corresponden por comisión de venta, setecientos cincuenta pesos, y la suma de los gastos son mil doscientos pesos. El resto de seis mil setecientos cincuenta se parte en dos, y por lo tanto te tocan tres mil trescientos setenta y cinco pesos. Tu deuda antigua es de dos mil pesos, y te perdono los intereses por haberme proporcionado este negocio. Aquí tienes tu recibo y los

mil trescientos setenta y cinco pesos que te corresponden, y estamos en paz.

Sing-a y su paisano el prestamista hablaban en la oficina de este en San Pedro, con cierta dificultad, porque lo hacían en voz baja y el chino es un idioma musical que se canta.

— Pero estos mil doscientos pesos de «gastos», ¿de donde vienen? ¿cómo? ¿por qué?

El usurero, haciendo muchos aspavientos y mirando alrededor, como para mejor convencerse de que nadie podía escucharles, sacó del doble fondo del cajon de su escritorio un cuadernillo y enseñó a Sing-a una de las páginas:

— ¿Ves aquí? Al jefe del Departamento de A..., quinientos pesos. Al jefe de la «secreta», doscientos cincuenta pesos. Al jefe del Departamento de C..., trescientos cincuenta pesos. A los espias J. F. y L. G., cien pesos. Total: mil doscientos. ¿Crees que se puede hacer este negocio sin contar con la «amistad» de estas gentes?

Sing-a no contestó. Tenía el presentimiento de que aquéllo era mentira, pues había oído hablar de copos y capturas hechos por las mismas autoridades semanas antes, pero comprendió que estaba bien atado, pues nunca se atrevería a emprender investigaciones sobre el particular, cuyo resultado en último término pudiera ser el venderse a sí mismo. Aceptó a regañadientes y lleno de rabia la liquidación preparada por su astuto paisano, recogió los mil cuatrocientos pesos escasos que le tocaban, y se marchó jurándose a sí mismo llevar en adelante el negocio por su propia y exclusiva cuenta.

Bien es verdad que en la primera aventura había ganado en un mes lo que ordinariamente ganaba en seis, pero aquello no era bastante;

aquella realidad estaba muy lejos de corresponder a sus sueños. Ni siquiera podía ahora comprar el «pendentiff» de brillantes de dos mil pesos que había prometido a María cuando emprendió el negocio y por cuya alhaja ella estaba encaprichadísima.

Desde aquél día procuró residir en San Pedro el mayor tiempo posible, poniéndose en relaciones de amistad con los dueños de los fumaderos de opio, con los consumidores al por mayor, con los corredores y exportadores a otros distritos, conociendo de vista a los espías y «secretas», y adquiriendo cuantos conocimientos e informes pudo sobre la vida de los bajos fondos del contrabando en la capital. También procuró liquidar parte de sus existencias en la tienda y vender algunos de sus créditos mejor garantidos para contar con capital abundante e inmediatamente disponible cuando llegara la segunda expedición.

Efectivamente: los moros volvieron a Balsa dos meses después con trescientas latas y Sing-a pudo aprontar el dinero sin necesidad de recurrir a otros, hallándose en disposición de ir dando salida a la mercancía sin partir ganancias con nadie. A veces iba a San Pedro llevando ocho o diez latas que colocaba en dos o tres días; a veces los corredores y corresponsales de los fumaderos de Iloilo, Cebú o algún otro distrito donde hubiera escasez acudían a su tienda para comprar directamente.

María tuvo su ansiado «pendentiff»; el camarín de caña y nipa construído por Tan Bo años atrás fué sustituído por otro de madera y hierro galvanizado, más sólido y más espacioso, y el negocio de los préstamos fué ensanchado. Sing-a se hacía rico rápidamente. Cuatro o cinco golpes afortunados más y podría retirarse con

ochenta o cien mil pesos, ser uno de los capitalistas, propietarios, navieros o comerciantes al por mayor de San Pedro, respetado y envidiado, viviendo en un palacio y arrastrando automóvil propio.

Cada vez que se encontraba en San Pedro, el prestamista le preguntaba con insistencia si los moros no habían vuelto a traer opio. Sing-a contestaba mintiéndole que no, que hacía tiempo prometieron volver, pero no venían, habiendo él perdido la esperanza de que volvieran jamás, y para vengarse de los malos ratos que la codicia de su paisano le hiciera pasar antes, decíale sardónicamente que aunque volvieran ahora él les echaría con cajas destempladas, en vista de que el negocio del opio daba poco, después de todo: la mayor parte de las ganancias, por lo visto, se las llevaban las autoridades.

Le escocía lo indecible haber sido engañado la primera vez en la partida de los «gastos». De no haber sido por este detalle, tal vez hubiera conservado al prestamista como socio, llevado de ese instinto conservativo de los de su raza que se avienen a partir los beneficios en los negocios que emprenden para poder tambien dividir los riesgos y las responsabilidades.

El otro, perfectamente sabedor de lo que ocurría en realidad, disimulaba su humillación como mejor podía, mientras incubaba en su pecho un odio salvaje contra aquél a quien había considerado antes como a protegido, a quien creía haber hecho un favor importante cuando le prestó el dinero para adquirir la participación de Tan Bo en el negocio, base de su fortuna, y que ahora se le escapaba de las manos privándole del pingüe provecho que esperaba.

Le roía la envidia. Había sobrevenido la

guerra europea, las comunicaciones entre Hong-Kong y Filipinas iban siendo cada día más escasas y era fácil prever que no tardarían en cesar por completo. En estas circunstancias, el precio del opio iba subiendo, y los que tenían existencia anterior o facilidades para recibirlo del único mercado de donde aún podía traerse, Sandakan, estaban poniéndose las botas.

En vano el prestamista motejaba de tonto a Sing-a por no fiarse de él; en vano le hacía oír, para indicarle delicadamente sus propósitos de comienda, que aquellos «gastos» por sobornos se hacían siempre de una vez por todas, o cuando más, anualmente, y le sugería que hacía mal en privarse de una protección que en realidad había pagado ya; en vano se pavoneaba de su pretendida amistad con las principales autoridades de San Pedro, a quienes saludaba con muchos extremos de cortesía cuando se los encontraba en público, para causar la admiración del paisano pueblerino... Sing-a se mantenía rencoroso e inflexible.

¿El qué le iba a hacer, si los moros no venían?

¡Ah! ¡Ya las pagaría el ingrato!

VII

Veinte años há fué Finito, el jovencillo recién salido del Seminario, que ingresó en la Aduana como auxiliar de estadística, para perfeccionarse en el idioma inglés; luego fué Rufino, el encargado de la Estadística; más tarde fué el Inspector Rojo, a quien estacionaban en los barcos extranjeros más sospechosos porque demostró tener buen olfato; posteriormente fué el «Surveyor»

Rojo, jefe inmediato de los guardias o «carabineros»; después estuvo algunos meses interinando la jefatura de Aduanas de un puerto pequeño del sur, y en la actualidad era Don Rufino Rojo, Administrador de Aduanas y Capitán del Puerto de San Pedro, por obra y gracia de la «Nueva Era» en la política de América en Filipinas, inaugurada bajo el gobierno de Harrison durante la primera administración Wilsoniana.

Este Don Rufino hallábase una tarde, sibaríticamente tendido sobre una silla larga en la amplia galería de su residencia, enfrascado en su lectura favorita: la de la sección científica de los *magazines* americanos.

Acababa de leerse un extenso capítulo en que se describía con minuciosidad cómo se introducen en nuestro cuerpo y nos atacan las bacterias y gérmenes malignos y cómo luchan contra ellos nuestras tropas protectoras de glóbulos blancos, y estaba comenzando otro en que se sostenía que, apenas alejada la humanidad algunos miles de años de la época en que éramos unos perfectos cuadrúpedos, nuestros músculos abdominales no sabían aún sujetar a la masa del vientre en nuestra ordinaria posición vertical de bípedos recientes, relajándose y distendiéndose al llegar el individuo a cierta edad, y originándose de aquí una serie de consecuencias peligrosas, entre las que se contaban los terribles y horrorosos cánceres intestinales. En efecto: Don Rufino lo comprobaba en sí mismo tentándose la región aludida. Tenía ahora bastante más barriga que ocho años antes, cuando iba a los barcos y trepaba por las escalas de gato. ¡Malo: empezaban a relajarse los dichosos musculitos!

Y ahora, íbamos a ver qué remedios sugería

el autor para evitar todos aquellos fieros males. Por que lo bueno era que en aquellos articulitos nunca se apuntaba el mal sin esbozar el remedio. ¡Bonitos eran los burgueses americanos para tolerar que les cobraran cuatro *dollars* al año de suscripción y encima les amargaran la vida con descripciones pesimísticas de lacerías inevitables!

Pero tuvo que interrumpir tan interesantísima lectura para recibir a un intempestivo visitante. Era éste el *Chief* Pérez, conocido por tal nombre por ser el jefe de los agentes del servicio secreto de la Aduana de San Pedro.

Pérez venía con la cara muy sonriente y satisfecha:

— Señor Administrador: vengo a darle cuenta de que acabo de recibir ahora mismo este anónimo que ha venido por correo con sello de urgencia. Y le tendió un papel, de esos finos con rayas de tinta azul pálida que suelen utilizar los chinos en su correspondencia, y donde, con letras grandes e irregulares, estaba trabajosamente escrito lo siguiente:

«Siño jepe de Segreta de Duana,

San Pedro».

«Siño: pues uste debe sabe que tiene uno chino en Barza que ese un glan contlabandista de opio que ele siemple complalo con ese molo de Sanakan, pues siño ele gualda su opio en la tiera de su bolega a la esquina de lelecha de la pueta y pone encima mucho caja bacio pala tapa mien, pues ese chino nomle Tan Sing Co vive muy seca playa y aola mismo tiene glan deposito de apian».

«So muy lespetosamente»,

«Un amigo velalelo».

Don Rufino, luego de dedicar una sonrisa a la fantástica ortografía de la misiva, se volvió a su interlocutor diciéndole:

— Vd. sabe, Pérez, cuál es mi política. En principio me revientan los anónimos, considerándolos el arma más innoble y cobarde que existe. Si se tratara de otros asuntos, partiría este sucio papel en pedazos y lo arrojaría al cesto de la basura. Pero en la lucha con los contrabandistas no podemos despreciar ni el más mínimo indicio. Provéase de una orden de registro judicial y vaya mañana a Balsa, pero no practique registro alguno hasta que se haya Vd. convencido por sus investigaciones personales de que estos informes son probables y verosímiles, pues sería bien triste que molestáramos a algún ciudadano pacífico, objeto de venganza por parte de algún enemigo, como ya ha ocurrido otras veces.

— Descuide Vd., señor Administrador. Se cumplirán sus órdenes, aunque tengo buen presentimiento de que esta vez vamos a coger algo. Hay mucho opio en San Pedro, y por Hong-Kong yo sé que hace tiempo no viene.

Tuvo buen presentimiento el *Chief* Pérez.

Al amanecer del día siguiente montó en un «auto» en compañía de dos agentes subordinados. A las diez de la mañana llegó a Balsa y celebró una conferencia con el delegado municipal del barrio, averiguando que, en efecto, un chino llamado Tan Sing tenía una tienda en la plaza, junto a la playa; que éste recientemente había reconstruído su camarín; que disfrutaba de una prosperidad muy grande; que su esposa gastaba mucho lujo, y que dos veces dentro del año anterior habían venido «vintas» moras al barrio. No necesitó saber más. Requirió el auxilio de los cuatro policías municipales de Balsa, rodeó con ellos

el camarín de Sing-a, y entró con sus dos agentes, uno de los cuales llevaba un azadón y una pala.

Al exhibir su placa y su orden de registro y demandar libertad para registrar, Sing-a y Chun Li cambiaron una mirada llena de terror, pero abrigando aún la esperanza de que el «secreta» no conociera el lugar exacto donde guardaban el contrabando, hicieron de tripas corazón, y, protestando de que todo aquello era una calumnia, declararon no tener inconveniente alguno.

Chun Li, con aire cordial y propiciatorio, sacó una caja de tabacos y se puso a abrir cervezas, pero Pérez, despreciando el obsequio, se dirigió rápidamente a la trastienda: al traspasar la puerta de comunicación entre ésta y la tienda tomó sin vacilar por la derecha; en cuatro o seis voleos deshizo el montón de latas, cajas y damajuanas vacías que había en la esquina, y mandó a su auxiliar:

— ¡Cava aquí!

Viéndose perdido, Sing-a tuvo entonces una idea que creyó luminosa. Debía ser cierto lo que sostenía su paisano el prestamista: era imposible negociar en opio sin contar con la «amistad» de las autoridades y de los «secretas». Habló algunas palabras en chino con Chun Li; éste volvió a la tienda; abrió el cajón del dinero y extrajo un rollo de billetes de Banco de quinientos pesos; entró otra vez en la bodega, y llamando a Pérez con disimulado gesto, le puso el rollo en la mano:

— Ese suplica con usté para paciencialo con nosotro.

El «secreta» sonrió sardónicamente y se metió el dinero en el bolsillo contestando:

— Bueno: veremos luego si se puede arreglar.

A los pocos golpes de azadón descubrióse la

tapa de una tinaja y muy luego salió a luz el contenido de ésta: cuarenta y dos latas de opio, el resto por vender de la segunda partida traída por los moros.

Sing-a soltó una exclamación de rabia. Pérez otra de triunfo, y señalando con la cabeza a los dos chinos, que pálidos y nerviosos iban de un lado a otro sin saber qué hacer, ordenó a sus auxiliares:

— ¡Arrestarles a éstos!

Los culpables suplicaban temblorosos: Mil pesos más para él: quinientos para cada uno de sus compañeros; ¡pero que les tuvieran «paciencia»!

El agente fué inflexible. Tinaja, opio, chinos y «secretas» metiéronse a empujones en el automóvil, y dejando atrás a María, que gritaba y berreaba de lo lindo, y el grupo de curiosos que habíanse reunido en la plaza frente a la tienda, tomaron a gran velocidad el camino para Pinilian, a cuya jurisdicción municipal pertenece Baisa. Una vez allí, Pérez buscó al Juez de Paz, presentó y juró dos querellas preliminares, contra Tan Sing, por posesión ilegal de opio, y contra Chun Li, por tentativa de soborno a un agente de la autoridad; obtuvo las correspondientes órdenes de prisión, y continuando después el viaje, llegaron a las seis de la tarde a San Pedro.

Los dos chinos ingresaron inmediatamente en la cárcel provincial, en espera de poder prestar las fianzas correspondientes.

VIII

Aquella misma noche, Sing-a, que había oído de otros chinos ricos en idéntica situación a la suya, salvados por haber comparecido ante el

Juez empleados o sirvientes que se declararon dueños del opio y asumieron toda la responsabilidad, propuso a Chun Li que se reconociera culpable y único propietario del opio y sufriera la pena de prisión, que con toda seguridad no pasaría de tres meses, indemnizándole él, Sing-a, a razón de tres cientos pesos por cada mes de cárcel. El tímido y sufrido socio, supeditado completamente a su principal y sabedor por otra parte de que en las prisiones filipinas el trato es bastante tolerable, aceptó con resignación.

En cuanto a la tentativa de soborno, convinieron en declarar que, lejos de haberlo ofrecido, lo que hicieron fué negarse a darlo cuando Pérez lo exigió, y que la denuncia de éste era una venganza causada por tal negativa.

El abogado Villacampo, a quien Sing-a recurrió para que les defendiera, por consejo de sus amigos y paisanos, tan pronto obtuvo la libertad provisional, tenía fama de ser uno de los más listos y traviesos de todo el foro San Pedrense. No creyó una palabra de las historias que le contaron sus nuevos clientes, pero se encogió de hombros: su obligación y su interés era defenderles, si le pagaban bien, y generalmente los contrabandistas pagan espléndidamente a sus abogados.

Díjoles con franqueza desde un principio que no tenía esperanza alguna de salvar a Chun Li en el asunto del soborno, puesto que el dinero utilizado para la tentativa tendría que ser embargado a favor del Gobierno y el Juez, en ausencia de otras pruebas, nunca creería que los agentes secretos fueran lo bastante desprendidos para contentarse con perder suma tan relativamente considerable a fin de satisfacer la supuesta venganza. En cuanto a Sing-a, se comprometía a sal-

varle si Chun Li se declaraba dueño del contrabando.

El día de la vista de las dos causas, celebrada ante la corte presidida por el Honorable Bernal, juez estudioso y de amplio criterio a la moderna, que dominaba el difícil arte de templar la justicia con cuanta misericordia podía aplicar dentro de sus atribuciones, todo ocurrió tal como Villacampo había predicho.

Cuando le tocó el turno de declarar, Chun Lin manifestó que el agente Pérez se apersonó en tal y tal fecha en *su tienda* en Balsa y le pidió quinientos pesos con promesa de no denunciarle si los daba. El, Chun Li, sabedor de que semejante cosa era ilegal, se negó rotundamente. También Sing-a declaró que, hallándose en la tienda de *su principal*, Chun Li, de quien era *dependiente* en calidad de «escribano» (tenedor de libros), vió a los «secretas» entrar y pedir el dinero, que *su jefe*, Chun Li, les negó. Terminadas las declaraciones de los testigos, el Honorable Bernal, riéndose por dentro, manifestó que, pareciéndole absolutamente increíbles las alegaciones de la defensa, declaraba culpable al acusado y le sentenciaba a seis meses de prisión, quedando además decomisada a favor del Gobierno la suma ofrecida.

Por la tarde se vió la causa contra Sing-a por posesión ilegal de opio. Desfilaron otra vez por el banco de los testigos los de la acusación, que eran los agentes de la Aduana, y luego los de la defensa, que eran los dos chinos.

Primero Sing-a declaró bajo juramento que él nada tenía que ver con la tienda ni con el opio. El era un simple dependiente, un «escribano», un obrero, empleado por Chun Li, verdadero dueño, para dedicarle a llevar los libros y a ejecutar

otros trabajos manuales de la tienda. ¿Qué sabía él de la existencia del negocio del contrabando? Había visto a Chun Li algunas veces mirando unas latas de cobre, pero nunca tuvo la curiosidad de preguntar cuál era el contenido. Después declaró Chun Li. El era el dueño de la tienda y por lo tanto el responsable de todo. Sing-a no era sino un sirviente suyo. ¿El opio? Lo había traído en un baul cuando vino la última vez de China. Por último Villacampo asestó el golpe que tenía reservado para el final, el golpe contundente que le aseguraba el triunfo. Presentó un certificado del Tesorero Municipal de Pinilían donde se hacía constar que, según sus libros oficiales, en Balsa no había casa de comercio alguna registrada a nombre de Tan Sing y sí una registrada a nombre de Chun Li, a favor de quien se expedían regularmente los recibos de Rentas Internas.

El Fiscal iba a objetar: aquella declaración era nula: él tenía derecho a repreguntar al testigo: pero el defensor se le anticipó proponiendo que, si la acusación lo deseaba, pediría que se citara *sub-pena* al tesorero. El Fiscal, desanimado, calló, suponiendo que aquello debía ser cierto. Otro más que se le escapaba: otro más que burlaba la ley por el procedimiento favorito de los contrabandistas ricos de pagarse víctimas propiciatorias. Para cortar de raíz el contrabando, el Gobierno acabaría por tener que reformar hasta la Constitución, para poder dictar leyes crueles imponiendo penas excesivas que aterrorizaran a estos sustitutos. De lo contrario, tendríamos siempre la misma historia.

El Juez sobreseyó el asunto contra Tan Sing ordenando al Fiscal que presentara nueva querella contra Chun Li, quien según todas las pruebas

era el dueño de la tienda y se confesaba además propietario del opio.

Espontánease Villacampo, pensando con satisfacción en la cuentecita que le pagaría Sing-a y en el aumento de su prestigio en la colonia china de San Pedro, donde se pescan a lo mejor clientes ricos y asuntos gordos, mientras el representante de la vindicta pública se mordía los labios de coraje. ¿Qué dirían de él en Manila, en la Fiscalía General? Creerían que se había dormido y que era un fiscal tumbón.

En aquel momento, Don Rufino Rojo, el Administrador de Aduanas que había presenciado silencioso la vista, se inclinó hacia el Fiscal y le habló al oído en voz baja:

— Querido Fiscal: deje usted este asunto de opio, que está perdido. Tenemos mejor cogido a Tan Sing por otro lado. En la investigación preliminar que hicimos en la Aduana a raíz de la captura de este individuo, declaró que carecía de «Certificado de Residencia», el *Tua-Li*, como ellos lo llaman. Creyendo yo entonces que él era un comerciante y recordando cierta jurisprudencia sentada por la Corte Suprema interpretando las disposiciones de la Ley setecientos dos, no consideré necesario llamar su atención de usted. Pero ahora que él mismo acaba de declarar dos veces bajo juramento que no es comerciante, que es un simple empleado, un obrero dedicado a trabajos manuales, ahora puede usted conseguir que le impluméen, no tres meses de cárcel, sino la deportación, que es muchísimo peor.

Conforme Don Rufino hablaba, el ceño del Fiscal iba desarrugándose hasta que brilló en su rostro una sonrisa de alegría. ¡Sí, señor! ¡Ya lo creo! La Ley setecientos dos, aprobada en 1902, mandando que todos los obreros chinos en

Filipinas se proveyeran de Certificados de Residencia y castigando con la deportación su «negligencia, falta o negativa». Pero ¿quien diablos iba a recordar estas leyes especiales, como no fueran los mismos funcionarios encargados directamente de aplicarlas?

— Muchísimas gracias, Señor Administrador. Mañana presentaré la querella contra Chun Li. Ese perjuro no se me escapa. Y en cuanto lo tenga trincado, procuraremos que el otro socio, el «dependiente», haga un viajecito a China por cuenta del Gobierno. Entretanto, punto en boca.

A Villacampo no le hizo mucha gracia que de pronto, a última hora, el Administrador y el Fiscal no parecieran afectados por su derrota, ostentando por el contrario una actitud de confianza y de esperanza. ¿Qué estarían tramando?

IX

Lo supo una semana después, cuando Sing-a apuradísimo, le envió a llamar desde la cárcel para que le gestionara nueva fianza, y le dió la copia de la acusación que le había entregado el *Sheriff*.

Tan pronto realizó las gestiones necesarias para conseguir la libertad provisional de su cliente, Villacampo voló al bufete y rebuscó en la biblioteca hasta que dió con la Ley número 702. Al leerla se convenció de que su cliente estaba perdido. El artículo cuarto era clarísimo. El obrero chino que «por cualquier causa», evitable o inevitable, no se hubiere procurado el certificado de residencia a los dos años de la vigencia de la ley, debía ser deportado de Filipinas.

¡Había salvado a su cliente de una pena in-

significante de algunos meses de cárcel y no supo advertirle del peligro que corría de sufrir otra infinitamente mayor, la más dolorosa para un negociante chino, la temida deportación! ¡Y tonto de él, que para asegurar mejor el éxito en la causa por opio, había remachado las cosas con la dichosa declaración del tesorero, enredándolas de tal modo que era imposible volverse atrás! El mismo había enseñado al Fiscal donde conseguir las pruebas de que Tan-Sing no era un comerciante, sino un simple obrero. ¡Malditas leyes especiales! No había abogado, por listo que fuese, que pudiera tenerlas todas en la punta de los dedos. ¡Buena se pondría ahora su reputación entre la colonia china, que no juzga sino por los resultados!

Cuando llegó su turno en calendario, se vió la segunda causa contra Tan Sing, que fué una victoria en toda la línea para el Gobierno. Villacampo intentó la defensa atacando la constitucionalidad de la ley, ya que no pudo negar los hechos por él mismo establecidos y probados poco hacía. Aquella era una ley injusta, que imponía penas «crueles y desproporcionadas» en contravención del sagrado precepto constitucional. Dentro de los dos años después de su aprobación, se permitía el registro al obrero chino que por causa inevitable no hubiera podido verificarlo dentro del primer plazo. Después de los dos años, aunque la falta del obrero en registrarse obedeciera a causa inevitable, a fuerza mayor, a un «acto de Dios», la ley imponía la tremenda pena de la deportación, el horrible castigo del destierro. ¿Era esto justo? ¿Era humano? ¿Era siquiera razonable? ¿Pretendía acaso el legislador suponer que ciertas causas inevitables de incumplimiento, tales como la ignorancia, tratándose de extranjeros

que no conocen bien nuestro idioma, leyes y costumbres, debían perdonarse si ocurría dentro de un plazo fijo y caprichoso, veinticuatro meses exactos, y debían en cambio castigarse si duraban un solo día más?

El «Heraldo de San Pedro» le dió a Villacampo un buen bombo por esta defensa al día siguiente, profetizando que «nuestro joven *maître* iría lejos en su carrera», pero Sing-a fué sentenciado. Apelaron, y la Corte Suprema, por unanimidad, confirmó la sentencia del juzgado inferior.

En ninguna otra época de su vida trabajó y se movió Villacampo tanto como entonces. En cuanto supo que su apelación había sido desestimada, pidió y obtuvo del Juez una suspensión de la sentencia por un mes, para que su cliente pudiera liquidar sus negocios. Entretanto, redactó una patética solicitud de indulto al Jefe Ejecutivo para la que recogió las firmas de sus numerosos amigos, embarcándose para llevarla personalmente a Manila, donde puso en juego cuantas influencias pudo lograr en favor de su petición.

Todo inútil. En la oficina del Gobernador General tenían informes confidenciales muy exactos y le dijeron claramente que no esperara perdón para un contrabandista. Caían demasiado pocos de ellos para que se permitiera que hasta estos escaparan.

Voló el tiempo y llegó por fin el día en que el *Sheriff* volvió a arrestar a Sing-a y le llevó a la oficina de la Aduana, encargada de gestionar su embarque para Hong-Kong. Don Rufino firmó el recibo correspondiente, llamó a Pérez y le dió sus instrucciones.

—Lleve usted a este hombre en la lancha y póngale a bordo del «Pong Tong» que está en bahía

ya despachado y esperándole: acompañe con la lancha al barco hasta que haya salido fuera del puerto algunas millas, y a su vuelta de usted presénteme el certificado de costumbre.

Pérez puso una mano en el hombro del chino, como para guiarle hacia la puerta.

Desde la mañana que registraron su casa en Balsa, habíale parecido a Sing-a estar viviendo una vida de ensueño, constituida por una sucesión de acontecimientos irreales y fantásticos, una pesadilla de la que se despertaría en cualquier momento encontrándose con que todo había sido ficción y mentira. Hasta el último instante creyó que un hombre como Villacampo, que aseguraba las cosas con tanto aplomo y a quien había prometido pagar bien, tendría influjo suficiente para evitar que le aplicaran la tremenda sentencia impuesta. De pronto se convenció de que todo era cierto, de que era él, él mismo quien estaba allí, para ser arrastrado a una lancha, luego a un barco y luego lanzado a las costas de su patria obligándole a abandonar para siempre este paraíso donde había encontrado la «mantenencia» y la «fembra placentera» en tal cantidad y calidad como nunca hubiera soñado encontrar allá en su aldea nativa. Sí; era verdad: no era sueño; estaba en poder de aquel hombre sentado a aquella mesa, el poderoso jefe de la «duana» que podía a su talante, según oyó contar más de una vez a varios paisanos, dejar pasar a los chinos o echarles atrás, y a él, el mísero Sing-a, iba a echarle.

Sin darse cuenta exacta de lo que hacía, impulsado por el ansia loca de salvarse y de quedarse, fué acercándose a la silla giratoria donde estaba sentado don Rufino, e inclinándose hacia él, comenzó a hablarle y suplicarle con una vehe-

mencia de que nadie le hubiera creído capaz. Que le perdonara el «Siñó Aministradó»; él era un pobre chino que no había hecho daño a nadie, que nunca había pensado en otra cosa que no fuera trabajar y buscar dinero para su familia. ¿Qué clase de «Gobieno» era aquél, que le había perdonado una cosa mala, como era vender opio, y luego le castigaba tan duramente por una insignificancia, por no tener *Tua-Li*? ¿No comprendía el «Siñó Aministradó» que aquello era *masialo* (demasiado)? ¡Que le tuviera «paciencia»! ¡Que le tuviera compasión! ¡El también tendría esposa de la que seguramente no querría separarse! ¡Se lo agradecería toda su vida! ¡Le consideraría como a su padre y a su madre!... Mientras hablaba en bisaya, tanto más elocuente y conmovedor cuanto que lo hacía con la cómica acentuación china, causando el efecto de Canio, el payaso, lamentándose bajo el cascabelado jubón con la faz enharinada, por sus mejillas curtidas de hombre trabajador y sufrido resbalaban lágrimas ardientes y su garganta formulaba sollozos apenas contenidos.

Don Rufino volvió la cara para ocultar la emoción que se iba apoderando de su ánimo, y recordando sus tiempos de Seminario y sus años de latín murmuró compasivamente:

— ¡*Dura est lex*!...

Entonces ocurrió una cosa grotesca y absurda, uno de esos incidentes ridículos que suelen intercalarse en las escenas trágicas de la vida. Pérez, que no conocía del latín ni la existencia, entendió (y así lo confesó después candorosamente) que su jefe había dicho «¡Duro con él!» o algo parecido, y haciéndose, por obediencia, más cruel de lo que en realidad era, cogió a Sing-a por un brazo y de un brusco tirón le apartó algún tre-

cho. Luego, como la víctima volviera a la carga, ansiosa de continuar su alegato al ver que había impresionado al jefe de quien creía inocentemente que su suerte dependía, y cogiéndose, para mejor sujetarse, al macizo pie del escritorio de sólida y pesada narra, creyó ver rebeldía y desafío en su actitud, y de otro bárbaro tirón le obligó a soltar su punto de apoyo y salir volteando por la puerta. El *chief* Pérez no andaba muy allá en lenguas muertas, pero era puntual alumno de la clase de *jiu-jitsu* que un profesor japonés tenía establecida en San Pedro.

Varios agentes y guardias que acudieron al oír los gritos desaforados de Sing-a, apoderáronse de éste y condujéronle en la lancha de la Aduana, atracada al muelle, en el río, al pié de la oficina, mientras que el grupo de empleados, comerciantes y capitanes de buques, que atraídos por los gritos habíanse reunido en el atrio del edificio, comentaban la algarada:

— ¿Qué fué?

— Nada. Un chino que van a deportar, y que dicen quiso pegarle a Pérez en el mismo despacho del Administrador.

Y todos sonreían benévolamente, como diciendo:

— ¡Estos chinos! ¡Qué cosas tienen y qué cosas les pasan!...

X

Era el mismo «Pong Tong» que le trajo a Filipinas hacía más de quince años. Ocho o diez antes, cuando la competencia entre las líneas de vapores de China llegó a ser muy activa, lo retiraron, pero ahora que el Gobierno Inglés se había apoderado de los barcos de su nacionalidad

mayores y más rápidos que navegaban por el Oriente, para utilizarlos en la trágica aventura de los Dardanelos, los pequeños y de poco andar que aún quedaban volvieron al servicio.

Durante los cuatro días que tardó en llegar a Hong-Kong, cruzaron por la mente de Sing-a pensamientos muy amargos, entre los cuales el del suicidio aparatoso, parecido al *hari-hari* japonés, asomaba de vez en cuando su fea cabeza, pero sobreponiéndose en seguida el gran sentido práctico de su raza, pro[illegible] hubo de rechazarlos ocupándose en hacer cálculos para volver.

Pagados todos los gastos ocasionados por su desgracia, quedáronle muy cerca de doce mil pesos, sin contar la finca y varios créditos que dejó en manos del vice-cónsul de su nación para que María no careciese de pensión mensual. Elia, aunque sin entusiasmo, se ofreció a seguirle, a fuer de buena esposa, pero él no lo consintió. Él volvería. Lo mismo que entraba el opio podían entrar los chinos. Todo se reduciría a cambiar de localidad y establecerse en otra isla o provincia donde no le conocieran, comprando, para mejor seguridad, algún certificado de residencia a algún otro chino que quisiera volver a su país para siempre y con quien tuviera cierto parecido en señas personales. El vendedor se embolsaría el dinero; iría tranquilamente a presentarse a las autoridades; éstas le acusarían, como hicieron con Sing-a; le sentenciarían a deportación, y aún se ahorraría el importe del pasaje puesto que se lo pagaría el Gobierno.

Su persistencia y su labor de hormiga en la obscuridad hacían invencibles a los chinos en muchas cosas.

Tres días después de llegar a Hong-Kong emprendió el viaje a Swa-Be-Tao, encontrando su

pueblo nativo exactamente igual que cuando lo dejó. En la casa de sus padres vivía una de las hermanas, ya casada y con varios hijos, que jugaban en el patio con un horrible perro de lanas y varios cerdos gordos y rubios, tal como él jugaba en su niñez.

A los pocos meses de su estancia, se posesionó de los terrenos que fueron de su padre y que a la muerte de éste quedaron abandonados; poco a poco fué comprando otros campos para ir redondeando los suyos, e interesándose en su cultivo y beneficio, y más tarde, pasado un año, se construyó una casa, con ventanas de conchas, al estilo de las de Filipinas, pues se encontraba incómodo en el antiguo hogar paterno.

Luego, pasado otro año, pensando que estaba muy solo, que no tardaría en llegar la vejez, y que, de todos modos, María era estéril, dió oídos a las palabras sugestivas y tentadoras de un pariente que se dedicaba al lucrativo oficio de casamentero y que le hablaba de cierta muchacha de Ngiao, educada a la antigua, *pak-hú* legítima y verdadera, con unos pies como almendras de pequeños, y se casó con ella, dando una fiesta espléndida para que no le motejaran de tacaño y avaro. Y cuando tuvo el primer hijo, abandonó para siempre el proyecto de volver a Filipinas.

Hoy vive, si no contento, por lo menos tranquilo, pues es respetado y temido como uno de los más ricachones de Swa-Be-Tao, y el mucho tiempo que le sobra después de atender al laboreo de sus campos lo dedica a otras tareas agradables y reproductivas.

Dos amigos suyos en San Pedro se han dedicado a gestionar la venida de chinos a Filipinas burlando la ley de exclusión. Los menores de edad o que puedan aparecer como tales, logran

entrar declarándose hijos de aquellos cuya admisión la ley permite, pero hay muchos, entre los veinticinco o los treinta y cinco o más, que pagan o se comprometen a pagar un par de cientos de pesos al que consiga gestionar su entrada. Los dos amigos aludidos buscan cuidadosamente mujeres filipinas que hace treinta años tuvieron amoríos «fructíferos» con chinos y cuyos hijos ya murieron; obtienen copia de las partidas de bautismo de los difuntos y las envían a China para que, armados de tales documentos, sus clientes puedan comparecer ante los funcionarios del ramo de inmigración, declarando que son naturales de las islas, que sus padres ilegítimos les llevaron a China cuando eran pequeños, y que, muertos éstos, ellos vienen a reunirse con sus madres y a establecerse en el país donde nacieron.

Desde que los citados funcionarios rechazaron a dos o tres de estos zangones por considerar dudosa su identificación, en vista de que declaraban haber salido de Filipinas cuando tenían diez o doce años y no recordaban actualmente ni una sola palabra en absoluto del idioma del país, los avispados iniciadores de este tráfico han decidido abrir y sostener una escuela de Bisaya en Swa-Be-Tao. Así, cuando sus clientes lleguen, les preguntarán en la Aduana si no se acuerdan del idioma que hablaron en los primeros años de su vida, y ellos, como si realizaran un gran esfuerzo de memoria, dirán que recuerdan algo, efectivamente, y soltarán dos o tres docenas de palabras bisayas mal pronunciadas. ¡Y que vayan a probarles que mienten!

El «profesor» de esta «escuela» es Sing-a, conocido como el mejor bisayista de por allá, y excusado es manifestar que emplea los mismos métodos didácticos que su antiguo maestro Lim Ta

Co. «No obstante ser todos los «alumnos» unos hombracones, reciben diariamente abundante ración de varazos, y la clase parece un funeral griego con derroche de plañideras.

Sing-a, que ha ejecutado sentimentalmente lo que los psicólogos llaman la «reversión al tipo», es decir, se ha «chinizado» otra vez rápidamente, aviniendose a las costumbres e ideas de su antiguo medio, de que en realidad apenas se había desprendido durante sus quince años de emigración, y que por otra parte ha realizado las ilusiones de su niñez, cosa que pocos hombres logran conseguir, debería ser completamente feliz; pero no lo es del todo, pues algunas noches, en lo mejor del sueño, le despierta un sentimiento inexplicable, un como agudo y furioso deseo, que le muerde el corazón, de estar allá, en Balsa, respirando el vaho caliginoso de su atmósfera, y durmiendo, junto a María, vestida con sus bizarros trajes, al arrullo de aquella melancólica música de playa de Oceanía, producida por el rumor combinado y acorde del mar al reventar sobre la arena y de las hojas de las palmeras al ser agitadas por el viento.

Setiembre, 1920.

UN EROTICO SINGULAR

I

Caía la tarde.

Un sol como de metal al rojo vivo parecía hundirse en el mar, hacia donde las aguas de la bahía forman horizonte, y las nubes que se perfilaban al ras del agua, semejando los vapores de una ebullición lejana y monstruosa, completaban la ilusión de que el astro-rey fuera un disco de metal candente que se sumergiera chirriando en las tranquilas aguas, vaporizándolas al ponerlas en contacto con sus billones de billones de calorías.

Estábamos en esa hora «deliciosa para las almas dotadas de sensibilidad», como dijo Balzac: la hora plena de encantos inefables en que el espíritu parece tocar la máxima elevación de la curva de su conciencia diaria, hallándose mejor dispuesto que en ninguna otra a recibir y asimilarse las sugestiones del medio ambiente; la hora en que se paladea con mayor intensidad la melancólica «alegría de vivir»; la hora en que se reza mejor y se recuerda más a gusto.

Por lo que a mí se refiere, hallábame en ese delicioso estado de absoluta paz de ideas y completo olvido de disgustos y preocupaciones que caracteriza, según los psicólogos, la genuina emoción estética, resultante de la que sentía ante el bello espectáculo de la naturaleza que aquella tarde se me ocurrió contemplar, cuando me interrumpió en mi beatífico goce la llegada del más reciente de mis amigos.

Era éste Don Juan Pérez de la Esteva, español joven y buen mozo, recién llegado al país, hermano de otro que llevaba ya aquí muchos años manejando y explotando cierto negocio últimamente muy productivo. Conocí a Don Juan dos semanas antes: me pareció ver en él un ejemplar típico de esa juventud de la clase media española contemporánea, quizás algo tímida para la acción, pero «intelectualizada» como pocas; me fué simpático, y cuando en el curso de nuestra primera plática me preguntó con curiosidad de hombre estudioso sobre Rizal y el rizalismo en Filipinas, de que recordaba haber oído hablar vagamente en la Universidad provinciana donde se educó, prometí prestarle mis ejemplares de las dos novelas del ilustre calambeño. Aquella tarde venía a devolvérmelas y a visitarme.

Sentados en dos butaconas de la galería y consumido el modesto y «no-alcohólico» refresco que le ofrecí, hablamos, naturalmente, de su última lectura:

— Comprendo — me dijo — que ustedes los filipinos admiren a Rizal como patriota principalmente, pero los extranjeros que lo lean sin conocer a fondo el ambiente y los sucesos de vuestra revolución y sin tener en ella el profundo interés que vosotros, le admirarán siempre más como al poeta bondo y verdadero que era.

— Indudablemente — repuse —. Rizal tenía muy vivamente desarrollado el sentimiento de la poesía. Pero para que se le considere ante todo como poeta hay el inconveniente de que fué demasiado nacional. Los poetas son, o deben ser, unas maquinitas humanas tan suprasensibles que, sin más provocaciones que su inspiración, sientan y expresen con plenitud las emociones del alma humana que los demás hombres sentimos confusa y parcialmente nada más, al experimentar el choque de los golpes de la vida. Para esto se necesita cierta «universalidad».

— No estoy conforme con «la mayor» — objetó Don Juan —. Para mí el poeta es quien pueda describir una emoción (ya la produzca naturalmente un suceso de su vida, o bien la sienta él artificialmente imaginándose que le acontece el hecho «provocador») de tal modo que el lector que haya sentido antes esa misma emoción, pueda reconocerla y reconstruirla enseguida. Siendo idénticas las pasiones humanas en todas las latitudes, admiraremos siempre como poeta al hombre que sintió lo que hemos sentido y que supo, con dos o tres frases exactas, cristalizar y describirnos un dolor o un placer que hubimos de experimentar, sin saber hasta entonces explicárnoslo a nosotros mismos en esa forma breve y concisa. Ser el portavoz sintético de afectos o de ideas, es, a mi modo de ver, lo que caracteriza al poeta, cantor o «bardo» como se le llamaba antiguamente. Vea, por ejemplo: ahí, en el segundo tomo, hay una frase que me conmovió profundamente. La tarde del día en que se casa su novia con otro, Isagani, el soñador, se halla contemplando desde la calle los balcones de la casa donde se celebra la boda, al través de los cuales divisa la vaporosa silueta de su amada. Pre-

tenden arrancarle de allí, pero él se resiste y exclama: — «*Mañana ya no será ella*». Quiere aprovechar todas las ocasiones de verla aquella tarde, porque sabe que durante la noche un suceso inevitable de alquimia sexual, con profundas trascendencias espirituales, trasmutará de tal modo a su adorada que al día siguiente ya no será ella. Pues bien, en esas cinco palabras Rizal describió el drama como si dijeramos, de mi propia vida, y la causa de mi expatriación.

Olfateé una historia interesante; demostré una curiosidad discreta y benévola acompañada de esa simpatía compasiva que casi siempre provoca la confidencia, y he aquí, palabra más o menos, lo que me contó.

II

— Inés y yo nos conocimos y fuímos novios cuando apenas acabábamos de entrar en la pubertad, y desde el comienzo de nuestras relaciones sentí por ella un amor violento y apasionado. Por lo que he leído y observado, la atracción sexual que la mujer ejerce sobre el hombre reviste en éste principalmente uno de dos caracteres: o bien es la atracción espiritual de un «alma hembra», o bien es el físico magnetismo de un bello cuerpo femenino: raras veces se dan los dos con igual intensidad, como ocurrió en mi caso, en que amé a Inés, según frase de Queiroz que podrá parecer obscena a los Tartufos, pero que a mí se me antoja admirable por lo gráfica, «con todos los amores: como Romeo amó a Julieta y como un macho cabrío ama a una cabra».

Tan pronto me la imaginaba, mía ya, sentada

a mi lado y cambiando conmigo ideas delicadas y pensamientos elevados; tan pronto me la figuraba en mis brazos ciñéndose el traje de tupida malla de ardientes ósculos que dedicaba a su forma divina. Si una tarde, charlando al través de la reja de su ventana, la explicaba compendiosamente mis estudios y lecturas, haciéndola viajar conmigo por los espacios siderales y explicándola la eterna ley del amor, que lo mismo junta a los iones para formar el átomo que agrupa a los astros para constituir sistemas planetarios, a la tarde siguiente la dejaba contarme sin interrumpirla sus pequeños triunfos modistiles o culinarios, manteniendo mis labios pegados al dorso de su mano horas enteras, como si quisiera besar al través de la piel sus tejidos y sus huesos, mientras sentía el martilleteo de la sangre en mis sienes congestionadas por el intentísimo deseo de hacerla mía, hasta que el rubor en ella al sentirse contagiada de mi apasionamiento y el átomo de razón que aún me restaba, nos hacían separarnos. En una palabra: ansiaba yo con respecto a mi amada, realizar hasta donde fuera humanamente factible, aquella *«imposible union des âmes et des corps»* de que hablaba el poeta.

Estaba escrito que mi ideal no habría de lograrse. Los apóstoles de la energía nos hablan del poder omnipotente de la voluntad, y nos dicen que basta con querer una cosa y quererla constante y firmemente para conseguirla. En principio estoy conforme; pero creo, y mi propia experiencia lo demuestra como verá usted, que la aplicación de esa regla a las cosas materiales, está sujeta a varias excepciones, entre ellas la de que sigamos queriendo la misma cosa con las modificaciones ocurridas en ella durante el

tiempo que hubimos de ejercitar nuestra voluntad para hacerla nuestra. Tal me ocurrió. Cuando me ausenté del pueblo para estudiar mi último año de carrera, Inés, que me escribía al principio semanalmente como de costumbre, cortó de pronto su correspondencia. Supe por mi madre y mis hermanas la causa: se había presentado a requerir de amores a mi novia cierto Antonio Solís, «sportman», propietario del único «auto» que había en el pueblo, y único hijo y heredero del cacique y millonario de nuestro distrito. Los padres de ella se pusieron inmediatamente de parte del nuevo pretendiente, menudeando sus consejos y apretando su influencia. Descubrieron y pusieron ante los ojos de Inés cierta aventurilla estudiantil de que fuí culpable, convenientemente agrandada y agravada, y por último lograron que ella, en un arrebato de celos o de amor propio ofendido, aceptara las relaciones con Antonio y la boda que se fijó dentro del tiempo absolutamente preciso para encargar y recibir el lujoso *trousseau* de Madrid. Un sentimiento natural de orgullo y de dignidad ante lo modestísimo de mi posición económica comparada con la de mi rival, me hizo callar y tragarme mis lágrimas y mi dolor. Aturdido y atontado por mi pena, quise dedicarme con ahinco al estudio, graduarme a la cabeza de mi clase, pero fué imposible. Desde que supe la realización de la boda, una idea, siempre la misma, me barrenaba el cerebro sin cesar: Inés, la de antes, la mía, había muerto, y en su lugar existía entonces otra mujer, ya distinta tanto en cuerpo como en espíritu. En éste, blando y moldeable aún y herido vivamente de rechazo por la iniciación sexual, tan transcendental en las mujeres, se habrían impreso ya ideas, pensamientos, opiniones

y puntos de vista del «otro»; en aquél... no sé cómo decirlo; me valdré de más citas, aun a riesgo de que me crea usted pedante. ¿Recuerda usted aquel personaje de un cuento de Maupassant, un recién casado que come con su esposa en el reservado de un restaurant y a quien ésta le pregunta, hablando de sus aventuras de soltero, sino les da asco a los hombres de hacer suyas las mujeres que fueron de otros, y él la contesta comparándolas con el vaso del establecimiento en que ella bebe sin reparo después de lavado, no obstante saber que muchos otros bebieron antes, y por consecuencia de tal explicación, en los ojos de la esposa brilla una chispa de curiosidad que nada bueno predice para el futuro? Pues bien, creía y sigo creyendo con firmeza, que aquel imbécil no tenía razón. Los vasos de cristal, con su superficie cerrada y desprovista de poros, no eran ejemplo apropiado para compararlos con las *demi-mondaines*, mujeres de carne y hueso a quienes se podría aplicar con mucha más propiedad aquella frase de Bernard Shaw relativa al «esponjoso corazón del hombre, que lo mismo absorve agua limpia que sucia.»

Terminados mis estudios, aprobado el curso con dificultad y recibida la licenciatura, hubiera querido quedarme donde estaba o establecerme en cualquier otro lugar, pero no hallé medio de lograrlo. La carencia de dinero suele complicar enormemente nuestros conflictos sentimentales, privándonos muchas veces de acudir al soberano recurso de la ausencia. Volví, pues, al pueblo, y me contenté con evitar cuidadosamente toda ocasión de ver a Inés ¡ a Inés de Solís!, repartiendo mi tiempo exclusivamente entre mi casa y el bufete donde ingresé como modesto

pasante. Quería, a ser posible, conservar siempre en mi retina la imagen de la otra Inés, la que había «muerto», con su cuerpo escultórico, de estatura más elevada que la mayoría de las españolas, algo apretada en carnes, como si fuera la transición de una virgen de Rafael a una matrona de Rubens, con sus ojos negros, húmedos, luminosos, por donde tiempo atrás me entregara su alma. Transcurrieron de este modo algunos meses, cuando vino aquella barredura trágica de la primera epidemia de influenza que asoló a Europa entre mediados y fines del dieciocho, y que en nuestro pueblo apenas si dejó familia sin desmembrar. Por una de esas frecuentes ironías de la suerte, la mía fué respetada pero la de Solís perdió a su único heredero, Antonio, mi rival afortunado. Durante varios días oí pasar el «auto» yendo con nerviosa velocidad hacia la casa del médico, hacia la botica, hacia la parroquia por el cura y los óleos, y por último, lentamente y con sus faroles encendidos y cubiertos de transparente crespón, lo ví, lleno de coronas y camino del camposanto, siguiendo el armón donde llevaban al marido de Inés... De ésta supe muy poco: que había vuelto a casa de sus padres y que éstos se hallaban despechadísimos porque, no habiendo habido sucesión, la viuda tendría que contentarse con el usufructo correspondiente. ¡Miseriucas de aldea!

Cerca de un año después de este suceso, ocurrió el acontecimiento inesperado que debía arrancarme de aquella especie de prisión voluntaria a que me había sujetado y permitirme, con el cambio de ambiente y la introducción en mi vida de nuevos elementos que solicitaran mi actividad y mi atención, olvidar mi desengaño y cerrar la profunda herida de mi alma. Nuestro

hermano Pepe, «el filipino» como le llamábamos, escribió desde aquí participándonos la repentina prosperidad y creciente expansión del negocio que tenía montado, y reclamándome imperiosamente. Con la carta venía un giro de dinero, suficiente para pagar todos los gastos de viaje y asegurar durante algún tiempo una vida más desahogada para mi madre y hermanas. Acogí la llamada con entusiasmo indescriptible; realicé con apresuramiento mis preparativos; hice las visitas de despedida indispensables, y en pocos días me hallé en disposición de partir. Nunca olvidaré, aunque cien años viviera, la última noche que pasé en mi casa, porque durante ella sostuve la más empeñada lucha que sostendré jamás, obteniendo sobre mí mismo una amarga y triste victoria. Habíamos cenado en familia, sin apetito y sin alegría, e inmediatamente después me dirigí a mi habitación para empacar algunos libros y revistas que había comprado para el viaje. Al entrar ví sobre el mármol del lavabo una carta, traída sin duda alguna por la misma criada que nos servía y que fué un tiempo la encargada de llevar y traer mi correspondencia amorosa. La misiva procedía indudablemente de Inés y una curiosidad incontrastable que sentí en aquél momento me impulsó a desgarrar el sobre y a leer su contenido, que me dejó paralizado de sorpresa. Puedo repetirla letra por letra, tan profundamente se grabó en mi memoria: «Me entero, Juan, de que marchas mañana al otro lado del mundo, probablemente para no volver más. Comprendo que no tengo derecho a pedirte nada, pero la idea de que te sacrificas y te alejas por causa mía y de que dejaré de verte para siempre me produce un remordimiento intolerable. Ven esta noche. Te espero donde siempre.

Haz de mí lo que quieras, pero por Dios, no te vayas. Inés».

Surgieron rápidamente en mi alborotado espíritu, ante aquella carta en que mi ex novia se me entregaba con todo el abandono con que puede entregarse una mujer, dos tendencias cruelmente opuestas que alternativamente murmuraban a mi oído, bien la dulce cavatina del deseo carnal, bien el austero recitado de los postulados de la razón. «Ven, — decía la una — no lo pienses mucho. Te espera Inés, tu amada, dispuesta a ser tuya. Ya lo ves: te quiere y te ha querido siempre. Tú fuiste el primer amor de su corazón, y en sus brazos esta noche recibirás la mayor suma de felicidad a que puedas aspirar». — «Piénsalo bien — decía la otra — La que te llama no es tu Inés de antes, inocente y pura. Esta es otra mujer, a cuyo cuerpo se habrán asimilado no sabemos qué partículas del cuerpo de otro hombre y en cuya imaginación ya no ocuparás tú el primer lugar. La infiltración física y moral de la mujer por el marido, es un hecho cierto. En los matrimonios que conviven muchos años, acaba por ser la esposa un retrato del esposo tanto en cara como en alma». — «¡Niñerías! — contestaba la voz voluptuosa — Se trata de una mujer bella y fresca que te ha dado una cita de amor. Olvida lo que no tiene remedio. Fué de otro: ¿y qué? ¿Tú no has sido también de otras, que a su vez fueron antes de sabe Dios quién?» — «Pero ésta es diferente—replicaba la voz ascética—porque tú la has amado espiritualmente lo bastante para no contentarte con tratarla como a una aventurera vulgar, gozándola algun tiempo y abandonándola después. El peligro mayor está precisamente en que ella te quiere de veras. Si vas esta noche y caes, de-

sistirás de tu viaje, te quedarás a su lado y acabarás por casarte con ella como cumple al hombre de honor que eres. Dudas tus ideas, raras y chocantes si se quiere, pero al fin tus ideas, serás horriblemente desgraciado y harás que la vida sea un infierno para ambos. En bien de ella misma, no debes ir». — «No sutilices tanto. En estos momentos te espera tu matrona de Rubens, la de la tez de seda, la de los negros ojos luminosos, la de la crencha de suaves y perfumados cabellos rubios, ávida de tu perdón y quizá de tus caricias. ¿Vas acaso a ajustar tu conducta a gastados y viejos cánones románticos, gritando ¡traición! como ridículo héroe de comedia de capa y espada, y jurando venganza contra una débil mujer que obró empujada por circunstancias lógicas y naturales, cuales fueron el despecho causado por tu propia infidelidad inicial y la poderosa influencia de sus padres gravitando sobre su alma a toda hora? — «No se trata de vengar nada ni de castigar a nadie. Pero si no tienes veta alguna de romántico, eres en cambio hijo de tu época, de este tu siglo de frío y despiadado análisis. Ella no es culpable, convenido como tampoco lo es el papel donde por casualidad cayó un borrón, y que sin embargo, se pone a un lado y no se utiliza. Y luego ¿si tuviérais sucesión? No recuerdas el caso de la mujer violada por uno, que se casa al cabo de años con otro, y cuyo primer hijo, obedeciendo a no se sabe qué misteriosa ley de memoria física, triunfante sobre el olvido espiritual, se parece, no al marido y padre, sino al odiado forzador?...» — «Exageraciones de revistas seudocientíficas escritas para asombro de incautos, o quizás el caso aislado y excepcional de alguna super-histérica, antojadiza y lúbrica. Millares de mujeres tienen

de sus segundas nupcias hijos normales por todos conceptos. Apresúrate, que el tiempo vuela, y no pierdas para siempre la ocasión de hacer tuya a la mujer para ti más hermosa y deseable de la tierra. Deja al porvenir que se cuide de sí mismo. La vida es el momento actual, y la sensación es la vida...» — «Cierto que es hermosa y deseable sobre toda ponderación, pero se puede aplicar a este caso aquella leyenda de un rey oriental que escupía en el plato para que otros no comieran. Aunque ese plato que ahora te ofrecen te guste a morir, no puedes comerlo porque no fuiste tú el rey... La sensación es la vida, conformes: pero hay sensaciones de todas clases. Las hay de placer, y también de asco...» — «Cuando sepan que no has ido ¡cómo se reirán de ti y te llamarán el casto José!» — «Si te quedas y te casas, alguno creerá que también te atrajo el usufructo...»

En esta guisa y por largo tiempo continuó la pugna que destrozaba mi corazón, mientras me paseaba como fiera enjaulada por el estrecho recinto de mi cuarto, oyendo a un reloj vecino dar las últimas horas de aquel día y las primeras del siguiente. Cercano ya el amanecer, adopté una resolución desesperada. Escribí una carta a mi madre explicándola que, para ahorrarnos a todos el dolor de una despedida, me marchaba antes de salir el sol para tomar el tren en la estación vecina. Desperté a la vieja criada entregándola el papel y encargándola de que hiciera facturar mis equipajes. Bajé de casa, y dando un rodeo para no pasar frente a la de Inés, salí del pueblo sin volver los ojos. Anduve un par de kilómetros que separan a éste del pueblo inmediato, y poco después subí al coche que me condujo a Barcelona en la primera etapa del viaje que me ha

traído. Por aquella Inés, la de antes, la cándida e impoluta azucena que no llegó a ser mía, guardaré luto en mi corazón toda mi vida: ésta de ahora, la impura y manchada, ¡me esperará en vano toda su vida!

... ...

III

Mientras le acompañaba al rellano de la escalera para despedirle, el diablillo juguetón que todos llevamos dentro, me sugirió un «chistecito»: ¡el de decirle que era amigo ideal para un amigo celoso! Pero me contuve observando por sus ojos humedecidos que sufría muy hondamente por no poder traspasar el muro cerrado de sus inauditas ideas, compaginándolas con su vivísima inclinación amorosa. Me contenté, pues, con detenerle cuando ya había bajado varios escalones, y decirle por vía de consoladora observación final:

— Permítame comunicarle mi opinión de que, en fin de cuentas, la voz de la voluptuosidad que le habló aquella noche no dejaba de tener razón. Apurando estas sutiles alambicamientos de Vd. hasta su último y lógico extremo, sería necesario que se abstuviera Vd. en absoluto de amar a toda mujer. Nuestro mundo es, tanto en el orden físico como en el moral, lo que llaman los americanos un «melting pot», una caldera de fusión y de aleación, donde están constantemente mezclándose y confundiéndose unos con otros, moléculas e ideas, átomos y pensamientos, cuerpos y almas. Las mujeres, aun las más puras, conservarán en sus lindos cuerpecillos, no solamente partículas procedentes de sus progenito-

res, sino otras de dudosa procedencia, ingeridas con los alimentos, en la respiración o por el roce, sin que dejen de ser por ello atractivas y deseables. Vd. mismo no puede responder de no llevar en su cuerpo algo que haya estado antes en otros cuerpos que le fueran odiosos y repugnantes. Y en cuanto a la parte psíquica, sería locura insigne pretender hallar en quien llegó á entrar en la edad de la razón, un alma completamente limpia de ideas y pensamientos ajenos. Si se hubiera Vd. casado con su novia en un principio, sería de todos modos «otra» al cabo de algunos años, corporal y espiritualmente.

Don Juan, que se había detenido a escuchar mi argumento, quedó un breve rato pensativo. Luego movió la cabeza tristemente de un lado a otro; murmuró varias veces con amargura infinita «no es lo mismo»; dió media vuelta; bajó los escalones que le faltaban; atravesó el umbral, y se marchó definitivamente.

EL ESPECTADOR

I

Durante el pasado Carnaval, que atrajo a Manila tantos provincianos, se encontraban una tarde en la Luneta tres amigos que habían sido compañeros de colegio, y que, desperdigados después de terminar sus estudios, no habían vuelto a verse en muchos años. Eran un célebre médico manileño, un exdiputado ilocano y un hacendado de Negros, la manga de cuya americana, correspondiente al brazo derecho, colgaba flácida y vacía.

Este último contaba el accidente que causó su manquedad:

— Una desgracia que vino de la manera más tonta. Estaba un día contemplando mi molino de azúcar y viendo como trituraba y exprimía caña tras caña de las que le surtían mis obreros a brazadas. Se me ocurrió tomar parte en la faena; una obrerilla atravesó la plaza frontera, andando con gracioso contoneo; los «cambiadores» soltaron el regocijado relincho de costumbre en las haciendas en tales casos; me descuidé y metí inadvertidamente el extremo de un dedo

entre los cilindros de acero: tan pronto me di cuenta, hice un supremo esfuerzo para arrancarlo, pero imposible; en un segundo me encontré con todo el brazo triturado hasta cerca del hombro: me desmayé, y cuando volví en mí, lisiado para toda la vida.

Los oyentes hicieron ese gesto de compasión resignada que se hace al oír contar una desgracia irremediable, ocurrida a persona amiga. El Doctor instintivamente, como si quisiera prodigarle el vulgar pero siempre eficaz consuelo que recibe un hombre desgraciado cuando, al recordársele la multiplicidad de las desdichas humanas, se le sugiere la idea de que «no es él solo», se puso a contar desgracias y malandanzas ocurridas a otros compañeros de la misma «promoción» universitaria. Parecía hallarse el tema a punto de agotarse, cuando el de Negros preguntó:

— ¿Y Carlitos? ¿Carlos Ibáñez, el «dandy» de Santo Tomás? ¿Qué fué de él?

— ¿Carlos? Pues también ha tenido su desgracia: también bebió su ración de amargura. Y eso que parecía el más refractario de todos...

II

— Vosotros recordareis sin duda, lo guasón y bien humorado que era y su repugnancia a todo lo que fuera triste o sentimental. No habreis olvidado cómo se reía de nuestros ídolos en literatura y poesía, declarando que le reventaban Hugo y Musset y Bécquer y Espronceda y todos los románticos y todos los parnasianos. Yo, que fuí quizá su más íntimo, nunca ví en su entresuelo de estudiante rico, otros libro que las obras de Flaubert, Renan y Anatole France, y cuando

hablábamos de sistemas filosóficos, de creencias religiosas, de principios éticos y demás asuntos de orden espiritual que tan en serio se toman a los veinte años, Carlos, con aquel su extraño desapasionamiento, sacaba a relucir sus teorías sobre la serenidad psicológica y la elevación extrahumana y la suave y amable ironía. Una vez, cuando cursábamos ya el quinto, él de Derecho y yo de Medicina, me confesó que su ambición espiritual era la de llegar a adquirir tal dominio sobre sus emociones, que le permitiera ser un mero espectador de la vida, asistiendo impasible a todas sus mudanzas, indiferente a todas sus transiciones, e insensible a todos sus cambios. Hablando francamente, la especie de admiración cariñosa que casi a pesar mío me llegó a inspirar Carlitos, tan generoso y desprendido al parecer, pero tan intensamente egoísta en el fondo, tenía sus ribetes de envidia, porque eso de poder presenciar el espectáculo de la lucha humana sin tomar parte en ella, me parecía admirable prerrogativa, mucho más teniendo en cuenta que sus padres le habían dejado en herencia lo bastante para pagarse una buena localidad, como si dijéramos un palco proscenio, legándole fincas bien saneadas y de buena renta, sin contar el enorme y confortable caserón donde vivían su hermana y él.

Luego de licenciarnos, Carlos ordenó su vida de acuerdo con su ideal. Conservó su entresuelo de estudiante, que convirtió en una elegante *garçonière*, y dejó en el piso alto a su hermana Doña Amalia, la solterona, una especie de San Francisco de Asís con faldas, sin más defectos que cierta afición a los partidos de «panguingue» con otras señoras manieñas y ser algo más comunicativa y charlatana de lo regular. Ordinariamente comía

con su hermana, pero guardaba celosamente su independencia de hombre soltero y rico. Concurría a todas las fiestas, giras y reuniones para las cuales era muy buscado, por su posición, su buen humor y su figura elegante y apuesta. Entre las chicas solteras y las mamás respectivas, era considerado como uno de los mejores «partidos» de Manila, siendo por lo tanto, muy bien acogido por todas ellas; pero si aceptaba ligeros y agradables *flirts* sin consecuencias, se cuidó mucho de no enredarse en noviazgos o amoríos serios. Le temía al matrimonio más que a un rayo. Alguna vez visitaba furtivamente el entresuelo alguna cajerita descarriada o alguna cigarrera frágil, y durante algunos meses pareció estar algo interesado por una de éstas, muy joven y muy mona, que estaba loca por él, pero aún esta *liaison*, en realidad poco formal, fué interrumpida por nuestro viaje, nuestro magno viaje por Europa y América, que habíamos estado planeando desde que éramos estudiantes. Duró el paseo, para mí un año, porque mis medios no dieron para más: Carlos, que tenía *guita* larga, estuvo cerca de tres.

Volvió más espiritualmente egoísta que antes, más decidido a no ambicionar triunfos ni honores, ni a adquirir cariños o apegos, ni a sentir impresiones violentas, ni a tomar parte en la lucha imbécil sostenida por las hormigas humanas. Que fueran actores de la comedia quienes quisieran serlo: él se limitaba a ser «uno del público». Su diosa era la Ecuanimidad, y su gracioso sistema para rendirla culto, era «proyectar la imaginación en lo futuro».

— No existe — me decía una tarde — la cristalización de sentimientos y emociones. Nuestros afectos se modifican al compás de la trans-

formación de nuestra carne. Yo sospecho que debe de haber una relación directa, un isocronismo, digámoslo así, entre la renovación de nuestras células y la modificación de aquellos de nuestros odios o de nuestros amores que no obligamos a perdurar por un esfuerzo constante de la voluntad. Fíjate en que, con excepción de lo referente a ciertas afecciones familiares o amistosas, que un trato frecuente renueva de día en día, cada vez que te acuerdas de lo que te afligió o te entusiasmó hace un par de años, te desprecias un poco a tí mismo. Pues bien: cuando hoy algo te agrade o te disguste más de lo regular, proyecta tu imaginación dos años adelante y verás cuan pronto baja la intensidad de tu placer o de tu pena y cuan pronto vuelves a sentirte dulcemente ecúanime. Un ejemplo: figúrate que vas a dar un pésame y que te conmueves viendo las lágrimas del huérfano, o escuchando los sollozos de la viuda. Inmediatamente piensas en que, dentro del consabido par de años, aquél, como es natural, se acordará del difunto muy raras veces y muy vagamente, y ésta, como es corriente, estará pensando en la «reincidencia» conyugal, si aún está en edad. Tu entonces pronunciarás muy grave la ridícula y estereotipada frase de que «les acompañas en el sentimiento», pero por dentro te quedarás tan fresco y tan tranquilo. —

Así era Carlos de egoísta y de escéptico.

III

Una noche, hace poco más de un año, cuando la epidemia gripal se hallaba en todo su apogeo, me llamó por teléfono con urgencia Doña Amalia.

Fuí corriendo y me hallé con que el enfermo era un chico, como de cinco o seis años de edad, muy guapete, con unos ojos como platos, agrandados por la fiebre, donde brillaban las chispas de una precoz inteligencia, y un perfil que era clavado al de Carlos. Por primera vez en el ejercicio de mis funciones de matasanos, fuí indiscreto, y sin poderme contener pregunté a la solterona:

— ¿Es *suyo*, verdad?

La interrogación fué como la espita que abrió el chorro de la verborrea de la buena señora. Me dijo que sí, aunque su hermano Carlos sostenía medio en broma que no estaba muy seguro. Un día vino al caserón una vieja muy llorosa, que traía a un chico. Era de su hija, una cigarrera que fué amiga de Carlos y que había muerto pocas semanas antes, encargando en sus últimos momentos que el niño fuera entregado al padre. Cuando éste se enteró, mostró gran disgusto y habló de rechazar el legado, pasándole una buena pensión a la vieja para que se encargara de todo, pero ella, Doña Amalia, que se enamoró perdidamente del pequeño a primera vista, se las tuvo tiesas con su hermano por primera vez en su vida. Ella recogería y adoptaría a la criatura, sin que él tuviera que ocuparse de nada. Él mandaba en su entresuelo pero ella disponía arriba. Y así fué. Carlos se encogió de hombros y la dejó hacer. Apenas hablaba al chico y le veía solamente a las horas de comer, y eso que conforme el pequeño fué creciendo, apareció haber heredado una especie de adoración perruna hacia el autor de sus días, prorrumpiendo en chillidos de gozo cuando éste subía al comedor y negándose a comer cuando él no venía. Ultimamente había adquirido la habilidad de imitar todos los gestos y actitudes de Carlos, y lo hacía con tal gracia

que éste mismo a veces no podía contener la risa. Doña Amalia estaba chocha por el sobrino y desde que cayó enfermo aquella tarde, no se había separado un momento de la cabecera de la camita. Cuando hablé de Hospital, la buena señora se asustó, pero se negó rotundamente. Allí mismo: que vinieran *nurses*, enfermeros, médicos, lo que hiciera falta: ella corría con todo. A poco entró Carlos, dió dos vueltas por la habitación y se largó asegurando que aquello no sería nada. Mientras estuvo dentro, el niño pareció salir de su amodorramiento y le siguió con la vista, mirándole como si quisiera acariciarle con sus ojazos de terciopelo. A él pareció impacientarle aquel arrobamiento.

Desgraciadamente, Carlos no resultó buen profeta, y «aquello» fué «algo», algo terrible y cruel: la complicación bronco-neumónica. En vano puse mis cinco sentidos y apliqué toda mi ciencia en feroz batalla con la muerte, para salvar al simpático chiquillo: todo resultó inútil, y a los pocos días los ojazos negros se cerraron para siempre. La tarde del entierro, Doña Amalia nos dió una escena con su prolongado ataque de nervios: Carlos, en cambio, parecía conservar su indiferencia habitual, aunque me pareció notar en su mirada no sé qué extraña luz. Cuando se marcharon las contadas visitas y vecinas de Doña Amalia que asistieron al funeral, y yo mismo, que quedé el último, me disponía a despedirme, ocurrió lo inesperado. Carlos en uno de sus paseos silenciosos alrededor de la espaciosa habitación, se paró frente a la camita vacía del niño, se agarró a uno de los delgados postes de hierro y dejó escapar de su boca un sonido informe, como mezcla de quejido de pena y de rugido de ira por sentirla. En vano se llevó el pañuelo a los

labios para sofocarlo: algo más fuerte que él, más poderoso que sus ideas, más avasallador que el orgullo de sus convicciones, pareció ensañarse de él, retorcerle, doblarle, y por último arrojarle destrozado y roto en el lecho aún tibio de su hijo, sollozando como una mujer histérica, llamando al ausente con todos los diminutivos cariñosos inventados por la babosa ternura de Doña Amalia, hundiendo la cabeza en las almohadas, arando con la cara las sábanas y buscando en ellas, como aquel tosco labriego de los versos de Gabriel y Galán, el olor del ser tan querido sin saberlo... El pobre Carlos había abandonado el papel de «espectador», para convertirse en «actor» de una tragedia, horrible sin duda alguna, pero vulgar y corriente al fin y al cabo.

Y desde entonces, como si quisiera castigarse por su indiferencia anterior, Carlos se ha recluído en el caserón. En la elegante *garconière* del entresuelo, junto a las obras de Anatole France, hay una cartilla de primeras letras muy sobada y unos cubos alfabéticos muy manoseados. En las paredes cuelgan sendas ampliaciones de todos los retratos del nene que conservaba Doña Amalia, y en las esquinas está la colección de todos los juguetes que ésta le compró. Si quereis ver por las tardes, a la hora del grato paseo de cinco a seis, al antiguo «dandy» de Santo Tomás, tendréis que ir a buscarlo al cementerio del Norte.

IV

Cuando el Doctor terminó su historia, se iniciaron las despedidas. Antes de separarse los amigos, el ex-diputado, que hasta entonces no había metido cuchara, dijo con su voz acampanuda

y su estilo algo tocado aún de la jerga parlamentaria:

— Eso prueba que en la vida, todos somos a la vez actores y espectadores y es imposible ser lo último exclusivamente. La vida es como un molino de azúcar de nuestro amigo «por» Negros: Está uno contemplándolo muy tranquilo y viendo como tritura a otros hombres, pero pasa una mujer bonita, se distrae uno, mete un dedo sin advertirlo, y al volver en sí, se siente uno amputado y lisiado en el alma para siempre...

INCOMPATIBILIDAD DE PALADARES

(Cuento representable)

PERSONAJES

(El: *Hombre ya entrado en la madurez, entre los 35 y los 45; el cuerpo esbelto del aficionado al «sport», el pelo todavía negro, y la tez aún fresca, salvo algunas líneas en la frente y las de junto a las comisuras de los labios, indicadoras de que no se ha limitado a vegetar como cualquier «molave», sino que ha pensado, sufrido y vivido. Viste con pulcritud y elegancia y es su porte el de persona bien acomodada. Como que es nada menos que el director-gerente de «El Crédito Hipotecario», una institución bancaria reciente y próspera. Se expresa con el aire de apasionamiento contenido y simulada frialdad del hombre que se educó en español y se recrió en inglés, pero en este momento se halla bastante conmovido, como lo está cualquiera, por frío que sea, en el instante de espetarle a una mujer una declaración de amor con vistas a la Vicaría.*)

(Ella: *Manileña típica, producto de la mezcla*

de tres razas; de belleza poco llamativa, pero real; dotada de un encanto indefinible; instruida, inteligente, y más lista que el proverbial Cardona. Ha llegado a los 28 años de edad sin casarse, porque se ha propuesto no hacerlo sino con quien la merezca. Como es hija única y sus padres son ricos y la miman, no tiene prisa. Algunos la tachan de altiva y desdeñosa, otros de frívola y ligera, pero lo cierto es que el matrimonio la inspira temor y quiere, antes de decidirse, tomar toda clase de precauciones y asegurarse bien.)

(Entre EL y ELLA se han cambiado ya hace algún tiempo muchas miradas de inteligencia, varias frases de sentido sospechoso y unas cuantas sonrisas significativas, dulces prolegómenos de un amor que nace. Al comenzar la escena—que ocurre en casa de ELLA—este sentimiento ya ha realizado progreso considerable en los corazones de ambos, de tal modo que la cosa se halla en este momento «a punto de caramelo», como se dice vulgarmente.)

EL.—Permítame que aproveche la oportunidad de estar solitos para decirla a usted una cosa muy importante, pero muy importante para mí.

ELLA. *(Ligeramente alterada porque «le ve venir», pero haciéndose la tonta como todas ellas en igual ocasión).*—¿Se trata de algún nuevo gran préstamo que va usted a decidir para el Banco?

EL.—No es préstamo, es una permuta..., una permuta de corazones. No se haga usted la desentendida, porque supongo que de sobra comprenderá de qué se trata. De ofrecerla mi amor y depedirla el suyo. Ya no estoy en edad ni conviene a mis gustos eso de hacer el cadete, por lo cual quiero desde el primer momento en que la hablo de amor, hablarla en serio. Aunque no la he tra-

tado largos años, tengo la intuición de que es usted la mujer que corresponde en un todo con el ideal de esposa que me he formado. No sé si serán ilusiones, nacidas únicamente al calor de mi deseo, pero me he dado a entender que no le soy a usted del todo indiferente... ¿Quiere usted autorizarme para dirigirme en forma a sus papás?

ELLA (*Tropezando un poco al hablar, pero muy decidida*).—No voy a ser hipócrita. Me es usted simpático, y en los pocos meses en que he podido estudiar su carácter, me he convencido de que es usted un hombre bueno, generoso y noble. Le diría que *sí*, sin más preámbulos, pero no se lo digo porque he llegado a sospechar que tiene usted un defecto, un defectillo que pudiera más tarde causar la infelicidad de la que sea su esposa. Se dice por ahí que es usted poco firme en sus afectos; que es usted algo inconstante...

EL.—¡Habladurías de gente ociosa!

ELLA.—Citan hechos: aducen pruebas...

EL.—¿Lo de Julia?

ELLA.—Lo de Julia. Somos amigas, aunque no muy íntimas, y me ha contado como estuvo usted en relaciones con ella hace dos años, y cómo, cuando parecía usted decidido a formalizarlas, rompió bruscamente, por una nimiedad, por una tontería sin importancia... ¡porque a usted y a ella no les gustaban los mismos platos de comida!

EL.—¿Eso ha dicho?

ELLA.—Sí: y por cierto que nos hizo reir con su frase. Contaba que cortó usted sus amoríos con ella, no por incompatibilidad de caracteres, sino por «incompatibilidad de paladares».

EL.—Recuerdo que Julia era muy ingeniosa.

ELLA.—Como que se burló de usted linda-

mente. Decía que pensaba escribir un sainete sobre el asunto de aquel noviazgo, titulado «El Amor y la Cocina»...

EL (*Con gesto indicativo de que maldita la que se la hace*).—¡Tiene gracia! Se parecería al título de una novela de Amicis, «Amor y Gimnástica», o al de otra de Unamuno, «Amor y Pedagogía»... Pero ya recordará usted aquel refrán inglés: «toda cuestión tiene dos lados». Usted ha oído el «lado» de Julia, ¿quiere usted oir también el mío?

ELLA (*Son todas las trazas de estar rabiando por escucharlo*).—Si usted se empeña... Como usted quiera... Con mucho gusto...

EL.—Va a ser esto una confesión general. Verá usted. Conocí a Julia en un baile, me atrajo su aire dulce y humilde, y me hice presentar en su casa. Fuí bien acogido, tanto por ella como por su mamá, y a las pocas semanas *flirteábamos* de lo lindo. Fué en esta temporada cuando hablé una noche de mis ideas sobre alimentación, a propósito de una gastralgia crónica de que se quejaba mi presunta suegra y unos granos y barrillos que afligían a Julia, resultados del absurdo régimen de mesa que seguían. He dicho mis ideas, y no he dicho del todo bien, porque en realidad no eran mías, ni originalmente ni por adopción, sino muy vagamente. Eran más bien recuerdos de lecturas sobre este asunto, que siempre me ha preocupado y ha despertado mi curiosidad. Les dije que no me gustaba la carne (lo cual es cierto) y que cada día era mayor el número de los que la consideraban perjudicial y repugnante como alimento humano. Yo no estaba aun convencido de que esto fuera absolutamente cierto, aún cuando me inclinaba a creer que llevaban razón los que sostienen que el alimento natural del

hombre es exclusivamente aquello que sin previa digestión en cocina o en horno, agrada al paladar y es asimilado sin trabajo por su aparato digestivo. ¡Qué diablo! Si la naturaleza hubiera querido que comiéramos como comemos, nos habría dotado a cada individuo al nacer de una cocinita adjunta al cuerpo, ¡aunque no fuera sino alguna de esas pequeñitas de gas o de alcohol, tan monas y tan limpias!

Y luego, continué diciéndolas, había yo pensado que este *carnivorismo* del hombre tendía a hacer de él un ser feroz y malvado. Estaba seguro de que muchos lo hacían sin fijarse, por hábito inconsciente, por pereza de pensar, por temor al ridículo o por falta de valor para oponerse a una costumbre tan generalizada, pero que, por donde quiera que se mirase la cuestión, era innegablemente una villanía eso de domesticar animales, cuidarles, mimarles, acostumbrarles a ver en nosotros seres superiores dispensadores de protección, y de pronto acometerles a cuchilladas o a mazazos. Nos guardábamos bien de comer ordinariamente tigres, panteras y otros animales feroces en cuya caza tendríamos que jugarnos la vida con frecuencia, y en cambio sacrificábamos sin remordimiento, para engullírnoslos, a indefensos herbívoros y mansas aves. De éstos, según revelaban investigaciones recientes, no aprovechábamos en realidad sino las sustancias del mundo vegetal que ellos previamente habíanse asimilado, pareciéndonos más cómodo matarles para robárselas que no tomarlas nosotros directamente de las plantas. El hombre, un ser eminentemente intelectual, que cada día va cediendo mayor poder e influencia al espíritu en la propulsión de sus actos y en la dirección de su vida, está en materia dietética casi a la altura del lobo

o de la zorra. Y les conté mi visita a los grandes mataderos de Chicago, donde pese a cuantos esfuerzos de limpieza se han hecho, la ropa del visitante adquiere en pocas horas un hedor peculiar e insoportable que dura varios días. Les hablé de aquella admirable y nauseante descripción de los mercados en «Le Ventre de Paris» de Zola. y les relaté un incidente de mi viaje a la Argentina, en las afueras de cuya capital un amigo mío posee una quinta con un letrero en la portada que reza: «AQUI NO SE COMEN CADAVERES». Por mi parte, me era imposible sentarme a una mesa para masticar y tragar trozos de una materia de idéntica estructura que la mía, que se habría conmovido y estremecido al impulso de emociones de amor, de dolor, de deseo y de goce. exactamente igual que mi propia materia, y que como ella habría estado sujeta a todas las lacras enfermedades y miserias de la carne. La piedad por un lado, y el asco por otro vencían siempre al apetito. Por último, mencionaba mi creencia de que llegaría una época en que la humanidad o al menos las porciones más civilizadas y escogidas de la misma, abandonando costumbres heredadas de una era de ferocidad ya desaparecida adoptaría estas teorías, modificando su alimentación y poniéndola más de acuerdo con los dictados del sentimiento y de la naturaleza.

Todo esto lo decía yo medio en broma (sin que ello signifique que me avergüence de tales pensamientos), y no precisamente como el apóstol que busca prosélitos, sino como el hombre de sociedad que encuentra asunto de conversación para una visita describiendo paradojas más o menos brillantes y curiosas.

ELLA.—En efecto, son ideas curiosas y raras en que nunca había pensado. ¡Comer *cada-*

veres!...El pensamiento es repugnante, pero lo cierto es que lo hacemos casi todos los días...

EL.—No volvimos a hablar sobre el asunto desde que terminó aquella conversación, entre risas y frases de incredulidad y de burla por parte de madre e hija. Continuamos las relaciones; el *flirteo* se convirtió en noviazgo y las visitas en la sala fueron sucedidas por los diálogos íntimos en un balcón del comedor del «chalet», que daba a un patio trasero donde Julia había sembrado algunos rosales entre el césped. Por aquellos días, un tío suyo hacendero habíala regalado un cordero todo blanco, de lana espesa y rizada, y el manso y gracioso animal, atado a un poste con una cuerda bastante larga para permitirle pacer la hierba sin estropear las rosas, constituía un lindo adorno del jardinillo. A veces, cuando más distraídos nos hallábamos levantando castillos en el aire para el porvenir o sosteniendo esas nimias porfías a base de supuestas desatenciones tan comunes entre novios, el cordero que se familiarizó enseguida con nuestra presencia y proximidad, se acercaba, metía el hocico entre las barandillas y quedábase mirándonos con sus ojos vagos e inexpresivos. Como esta es una confesión general y completa donde no quiero ocultar a usted nada, le contaré que más de una vez dije a Julia riendo que me daba rubor de besaría delante de aquel testigo que sabe Dios lo que pensaría de nosotros.

ELLA (*Inquieta*).—Le autorizo a suprimir esos detalles.

EL (*Comprendiendo y esponjándose*).—Gracias. No abundan en mi historia. Vino el día del santo de la mamá, y como de costumbre, hubo a la tarde fiestecita de familia, donde Julia, con aquella dulce voz que usted conoce, cantó, dedi-

cándomela disimuladamente, la famosa aria de la seducción de «Sansón y Dalila», que en opinión de cierto crítico musical es la melodía para contralto más bella que se ha escrito. Por la noche hubo cena íntima y familiar a la que fuí, naturalmente, invitado. Al sentarnos en la mesa comenzaron la chacota. Me decían que me levantaría con apetito por no querer probar sus «frituras de cadáveres», sus «difuntos en salsa», y sus «restos mortales estofados». Me hacían repetir de los platos de verduras y huevos a pretexto de que era necesario matar mi hambre de algún modo. Yo protestaba, riendo, de aquellos platos, contrarios de todos modos al ideal vegetariano, por estar guisados con grasa animal, y les citaba a Moisés y el Decálogo: «No matarás».—«Eso significa que no se maten hombres», contestaba Julia.—«Esa interpretación es caprichosa y puede asegurarse que no la ha promulgado ninguna res. El original dice *no matar*... a nadie», replicaba yo.—«¿Y las moscas, y las chinches, y los microbios?!» respondí ella. Y así continuó la broma, sin que, puedo jurarlo por lo más sagrado, me molestara yo en lo más mínimo, pues soy hombre tolerante y de mucha «correa», hasta que llegó el momento de servir el asado. Era una pierna de carnero que yacía (se puede usar este verbo) sobre un lecho de patatas, espárragos y guisantes, con el extremo descubierto del hueso adornado con un plumero de rizados papeles multicolores. Inmediatamente recordé que durante el paliqué de aquella tarde no había visto al corderillo en el jardín; miré a Julia que, no obstante hallarse en animada charla con una de sus primas, bajó los ojos con cierto embarazo en cuanto notó que yo me había fijado, y me confirmé en mi sospecha de que mi novia (no me

cupo duda de que fué ella, pues en la casa nada se hacía sin contar con su voluntad; había ordenado el sacrificio de aquel humilde compañero de nuestras citas, silencioso espectador de nuestros diálogos, mudo confidente de nuestros amores.

ELLA.—Y testigo del besuqueo...

EL.—Iba a suprimir este detalle. En aquel momento experimenté una sensación de frialdad que subiera de mi corazón a mi cerebro. Julia, que con tanta dulzura y verdad aparente había cantado no hacía una hora *«mon cœur s'ouvre a ta voix»* mirándome significativamente, tenía en realidad un corazón granítico, cerrado a mis delicadezas, sordo a mis sentimientos de piedad. Me representaba al inocente animalejo, que debió tener títulos sentimentales a la simpatía y compasión de su dueña, colgado de una pata, el cuello abierto por una bárbara cuchillada, la sangre saliendo a oleadas, ahogando sus balidos de agonía y salpicando su blanca y cándida lana que alguna vez nuestras manos, tropezándose, habían acariciado... No era posible. Una mujer que podía llegar a ser tan cruelmente positivista, por voracidad, por gula, y que demostraba ser incapaz de tener uno de esos rasgos de sentimentalismo o romanticismo o lo que sea, que hacen menos ingrata la vida iluminándola con ráfagas de poesía, debía tener cierto endurecimiento de sentimientos, cierta crueldad ingénita, bien disimulada, que yo hasta entonces no había llegado a percibir, y revelaba de paso cierta falta de aprecio a mi amor, algo así como si una esposa, por razones utilitarias, convirtiera su velo de desposada en trapo de cocina...

Me retiré temprano aquella noche pretextando una jaqueca. No volví a la casa al día siguiente; y al otro después de haberlo pensado

con mucho detenimiento, convencido de que me había equivocado al juzgar a Julia y de que no sería feliz casándome con ella, la escribí rompiendo nuestras relaciones. Procuré dorar la píldora cuanto me fué posible, pero no quise callarle mis sentimientos, porque creí y creo aún que la caballerosidad me obligaba a ello. Me devolvió mis cartas y mi retrato sin comentarios. No he de negar que sentí algún pesar al principio, que pasé algunas semanas apenado y triste, pero tampoco he de ocultar a Vd. que no me arrepentí un solo momento... Luego pasó tiempo, la conocí a Vd. Su belleza seria y suave me atrajo; su mirada deslumbradora me cautivó, y su bondad y su inteligencia me han esclavizado para siempre. Ahora sé lo que es amar de veras, tanto, que estoy dispuesto a rendirme con armas y bagajes, a ofrecerla que, de aceptarme por suyo, tendrá Vd., si lo desea, perfecta libertad... de diente. ¡Hasta sería capaz de comerme un *beef-steak* de a kilo si Vd. me lo ordenara!...

ELLA (*Sonriendo halagada y satisfecha*).—¿Sería Vd. capaz?...

EL.—Póngame Vd. a prueba... el día de la boda.

ELLA.—No corra Vd. tanto...

EL (*Humildemente, apoderándose de una mano que ELLA le abandona y oprimiéndosela con dulzura*).—Ahora que lo he explicado todo y lo he confesado todo, que acepto de antemano cualquier penitencia y que hago firme propósito de enmienda, ¿no podré esperar que mi adorado confesor se digne absolverme?

ELLA. (*Vencida finalmente por aquella presión, y tan conmovida que no se fija en que le tutea sin querer ni que incurre en un error de conjugación, garrafal*).—Sí... yo... te absolvo...

EL PRINCIPE CRUEL

Cuento de Hadas

I

Había una vez un rey en un Estado grande y poderoso, que lo gobernaba con gran sabiduría y con estricta justicia. Sus vasallos estaban contentísimos y se consideraban como el pueblo mejor gobernado del mundo. Las escuelas y las cárceles, sobre todo, eran verdaderos modelos en su clase. La instrucción era obligatoria y gratuita y los maestros escogidos personalmente por el mismo rey entre los varones más prudentes, sabios y honrados del reino, ocupaban el más alto rango de la sociedad. El monarca inspeccionaba con frecuencia las escuelas y colegios cuidando de que en ellos no se perdonara esfuerzo alguno para inculcar en el alma de los niños sanas ideas de bondad y de moralidad, de rectitud y de justicia. En cuanto a las cárceles, se dividían en dos clases: la una se destinaba exclusivamente para aquellos que convictos de alguna transgresión, podían probar que no habían recibido ins-

trucción alguna en su juventud, en cuyo caso se les confinaba en instituciones que no tenían de presidios sino el nombre y allí se les reeducaba cuidadosamente; la otra clase eran cárceles y prisiones de verdad, destinadas a castigar con penas aflictivas, severas pero justas, a quienes, no obstante los esfuerzos hechos por enseñarles, se torcían y prevaricaban.

Este buen rey tenía un hijo, heredero de su trono y corona, a quien procuraba formar para que fuera digno de la sucesión, y que le ayudaba en las arduas tareas del gobierno.

— Hijo mío: — dijo un día el rey al príncipe — me estoy haciendo viejo y comprendo que no me ha de tardar en llegar el día en que Dios se sirva llamarme a Sí para darle cuenta de mis actos. Antes de morir quiero confiarte un secreto. Mis súbditos parecen hallarse satisfechos de mí, pero yo por mi parte estoy altamente disgustado del mundo y de la vida, pues me considero fracasado en la tarea que me impuse a mí mismo cuando recibí de manos de tu abuelo las riendas del Estado. Partiendo de la base de que la totalidad, o al menos la gran mayoría, de los crímenes y delitos cometidos en el mundo, reconocen por causa la falta de enseñanza y de instrucción, me propuse establecer un sistema tan perfecto que, en el transcurso de una generación, no existiese súbdito mío sin haber recibido los beneficios de una sólida enseñanza moral y religiosa. No obstante haber logrado realizar mi plan, veo con amargura que me equivoqué en mis premisas. Según datos estadísticos presentados recientemente por el ministro del ramo, las prisiones educativas, donde se confina exclusivamente a los culpables ignorantes, están casi vacías y en cambio los presidios punitivos donde encerramos

a los culpables educados están llenos, si bien es verdad que levantamos relativamente pocos de éstos, creyendo que llegarían a ser inútiles con el tiempo. Según estos informes, un cuatro por ciento de nuestra población total se halla sufriendo castigos, y calculando que, pese a nuestro inmejorable servicio policiaco y judicial, por cada malhechor condenado habrá lo menos diez escapados al poder de la justicia por mil causas y razones, tendremos al cabo de cuarenta y cinco años de funcionar mi sistema, que cerca de la mitad de mis súbditos son aún unos niños...

Por eso quisiera que antes de ceñir la corona cuyo peso caerá en breve desde mis sienes a las tuyas, salgas de mis Estados, convenientemente disfrazado, y viajes por el mundo para estudiar a fondo los sistemas establecidos en otros países, pues abrigo la esperanza de que en alguno de ellos quizá encuentres algo superior a lo que aquí tenemos. Ojalá puedas a tu vuelta implantar algo nuevo y grande para inmortalizar tu nombre y perpetuar tu recuerdo.

El príncipe oyó y obedeció, y luego de recibir la bendición paternal, emprendió sin tardanza su viaje de investigación, convenientemente disfrazado de mercader.

II

Pues señor, transcurrieron meses y meses y años y años durante los cuales el príncipe viajó recorriendo todos los Estados del mundo en cumplimiento de la orden paterna, y estudiando y observando los procedimientos que en ellos se aplicaban para tratar de conseguir la aspiración suprema de la humanidad de implantar el reinado del bien y de la justicia. En unos se aplicaba el sistema del terror hacia el mal, con imposición de

penas severísimas a los que en él incurrieran; en otros se empleaba el procedimiento de la atracción, colmando de premios al virtuoso para excitar la envidia y emulación del malo; en los más se había abandonado todo sistema por inútil y las cosas iban como mejor podían, cada individuo defendiéndose y atacando según su instinto y sus medios, con la menor intervención posible del Estado. Los resultados venían a ser idénticos en todas partes. La humanidad ansiaba el bien en abstracto; la opinión pública en todas partes demandaba leyes para imponerlo; pero individualmente y en la práctica diaria de la vida, pocos se sujetaban a sus preceptos si los hallaban contrarios a los dictados del egoísmo.

Cierto día el príncipe recibió de manos de un correo secreto un pergamino conteniendo el mensaje del rey su padre en que éste, gravemente enfermo, le ordenaba volver para hacerse cargo del reino. Emprendió inmediatamente la jornade de regreso, y para acortar camino, tomó por un atajo que atravesaba un bosque inmenso, próximo a la capital de su país. Cercano ya el anochecer, se cruzó en la vereda con una vieja muy arrugada y muy encorvada que procuraba con gran trabajo llevar a hombros un haz de leña. Alrededor de la anciana había varios jovenzuelos, hijos de leñadores, que en lugar de compadecerse del cansancio evidente de la mujer, se reían y se burlaban de sus tropezones y de su andar inseguro. Indignado el príncipe y queriéndoles dar una lección, se dirigió donde estaba la vieja, fatigada y llorosa, alzó de sus hombros la carga colocándola sobre los suyos propios, y rogó a la mujer que guiase en dirección a su cabaña. Al llegar a ésta, situada en lo más recóndito del bosque, la anciana se irguió de pronto, sacudió

sus pobres y remendadas vestiduras, y en un instante se tranformó en una mujer espléndidamente bella, de cuerpo diáfano y ropaje vaporoso y transparente.

— Has de saber — dijo — que yo soy un Hada; el Hada encargada de velar sobre este bosque. Sabiendo que pasarías disfrazado por aquí, he querido poner a prueba la bondad de tu corazón, y adopté a mi vez el disfraz de vieja leñadora que no puede con su carga. Has sido compasivo y noble y estoy contenta de tí. Díme ahora ¿que desearías en recompensa? Piénsalo bien, porque solo me es permitido concederte una gracia. Pasa aquí la noche, y mañana al amanecer comunícame tu resolución.

Nuestro príncipe se pasó la noche de claro en claro pensando y cavilando hasta más no poder, y cuando al nacer la aurora se le apareció de nuevo el Hada, hablóla de esta suerte:

— Mi buen padre me ha enseñado desde niño que el primer deber de todo gobernante es sacrificarse por el pueblo. No voy, pues, a pediros riqueza ni gloria ni amor ni felicidad para mí. Voy a pediros, en cambio, algo que creo redundará en beneficio de mis futuros vasallos. He notado que los hombres vivimos sujetos a dos clases de leyes: las leyes de la naturaleza que aprendemos por instinto y las leyes morales que nos inculcan al educarnos. Las primeras son objeto de una obediencia general, porque están de tal modo dispuestas que su incumplimiento lleva automáticamente aparejado el castigo. Con excepción de algún loco infeliz, nadie se atreve, por ejemplo, a desafiar la ley de la gravedad tirándose desde lo alto de un balcón a la calle, pues sabemos perfectamente que pagaremos la pena del estrellamiento, sin necesidad de que

intervengan juez, escribano o verdugo. Si comemos o bebemos más de lo debido, los agudos dolores de una indigestión se encargan en breve de castigarnos. Si nos excedemos en el esfuerzo, la fatiga nos ataca. Cualquier abuso, cualquier omisión, llevan consigo su sanción penal respectiva, ineludiblemente, implacablemente. La naturaleza parece decirle al hombre: «puedes obrar como gustes con respecto a mis mandatos; eres perfectamente libre: pero ya sabes que mi justicia no tiene ni prófugos ni indultados». En cambio, ¿que ocurre con las leyes humanas, promulgadas para poner en práctica nuestras ideas morales? Para penar la transgresión es necesario, primeramente que sea conocida y denunciada, y luego probada, en lucha con el interés por negarla y ocultarla del único en posesión de la absoluta verdad del hecho y de sus móviles y circunstancias, que es el propio culpable. El resultado final es que muchísimas de estas leyes se cumplen sólo en apariencia, y por lo tanto, la marcha de la humanidad por el camino del perfeccionamiento se realiza con lentitud desesperante. Pues bien: mi deseo es convertir este paso de tortuga en velocidad de corcel de pura raza, y a este fin aprovecho ¡oh Hada! vuestro generoso ofrecimiento, para pediros me otorgueis el poder de establecer en mi futuro reino leyes imponiendo castigos físicos para la contravención de reglas morales, y que la ejecución de estos castigos sea realizada por los mismos culpables, forzados a ello por un impulso interior, imperativo e irresistible, una vez que su propia conciencia les haya acusado y juzgado.

Sonrióse benévolamente el Hada, como una madre que accede a un capricho pueril de su hijo: murmuró «concedido», y desapareció.

III

El príncipe se llegó a la capital de su país a tiempo de alcanzar con vida al rey su padre, pues éste había muerto pocos días antes entre el dolor más profundo de su corte y de su pueblo. Terminado el plazo de luto y una vez que hubo asumido, como heredero, sus reales prerrogativas, el príncipe, a quien en adelante deberemos llamar rey, convocó a una asamblea magna a todos los notables del reino y les dió cuenta del poder sobrenatural de que estaba investido, comunicándoles su intención de utilizarlo en provecho del país si tal les parecía conveniente. La asamblea, donde estaban bien representados todos los elementos del Estado, nobles, sacerdotes, profesionales, mercaderes, industriales y simples obreros, alabó con rara unanimidad la sagacidad y altruismo del nuevo monarca, y en nombre de todo el pueblo le rogó que cuando antes pusiera en práctica su milagrosa facultad. El rey tenía ya preparado un nuevo código penal completo, de acuerdo con su poder extraordinario, donde se castigarían el parricidio y el asesinato (los crímenes más horribles), con la ceguera, (la privación más espantosa); el robo y el cohecho, con la manquería; la blasfemia, la calumnia y la injuria, con la mudez; la violación, el estupro y el adulterio, con la impotencia, y así por el mismo estilo, acompañadas dichas penas de dolores físicos más o menos intensos, y efectivas durante plazos mayores o menores, según el grado de gravedad del delito. No queriendo, sin embargo, proceder con ligereza, e inspirándose en el deseo de comenzar con un modesto ensayo práctico, escogió aquel día uno de los delitos considera-

dos como más benignos, el de disfrazar u ocultar la verdad, y promulgó un decreto en virtud del cual, desde el día siguiente, todo el que hubiese mentido o engañado a sabiendas a su prójimo se vería obligado a andar en cuatro pies hasta que confesara la mentira y resarciera los perjuicios causados por el engaño, si los hubiere. Calculaba el rey que esta pena no sería muy dolorosa, sin dejar de ser ejemplar, por cuanto expondría a los culpables a la vergüenza pública.

A la mañana siguiente, muchas horas después del amanecer, la capital de aquel reino presentaba el aspecto de una ciudad muerta o dormida, en violento contraste con la animación, el tránsito y bullicio de costumbre en días anteriores. Los contados transeuntes que atónitos discurrían por las desiertas calles, podían escuchar al través de las cerradas puertas y atrancadas ventanas las agrias voces de disputas y recriminaciones, como si cada casa fuera un campo de batalla doméstica.

—¡Ah, perra!—gritaba una irritada voz masculina.—¿Con que a cuatro patas, eh? ¿Como me has engañado y con quién? — ¡Mal pensado! Te engañé en el precio de mis túnicas: — respondía una aguda voz femenil. — Pero ¿y tú? ¿Acaso estás en dos pies? ¡Dime con quién me la has pegado, infame!... — ¡Ah! (se oía por otro lado) ven, marido, mira a la cocinera que no pude separar las manos del piso; ¿cuántos dineros nos habrá sisado desde que nos sirve? — ¡No puedo! — contestaba el marido. — Siento algo que me impide andar derecho: en este momento me acuerdo de que ayer, al comprarme mis sandalias, deslicé una moneda falsa al pagar... — ¡Pillos! ¡Sinverguenzas! (se escuchaba

en otra casa.) ¡Tan pequeños y ya embusteros! ¿Cuál fué vuestra mentira?—Ayer — respondían varias voces infantiles — te dijimos que íbamos a clase, y fuímos al zoco para ver a un juglar muy notable...

Al mediodía, forzados sin duda por la necesidad, comenzaron a salir a las calles varios «cuadrúpedos humanos». Los vendedores de leche iban humildemente de puerta en puerta confesando a sus parroquianos las adulteraciones cometidas y prometiendo resarcirles en breve; los cocineros y cocineras salían con el canasto de la compra entre los dientes, procurando recordar el total de sus sisas para pagarlas; los drogueros y los taberneros abrían sus puertas avergonzados, preguntándose cómo podrían jamás devolver el dinero recibido en pago de los ríos de agua disfrazada que habían vendido, para poder recobrar su posición natural de bípedos; los comerciantes y mercaderes, vencidos por aquella ley que sabían inexorable, reanudaban sus transacciones en incómoda postura, poniendo en sus tiendas grandes letreros en los que se suplicaba a los parroquianos que ayudaran al dueño «a deshacer errores en peso o medida incurridos por éste»; millares de obreros y centenares de patronos, con sus respectivos centros de gravedad diferentes que de ordinario, buscábanse y reuníanse para confesarse las mutuas trampillas mediante las cuales los unos defraudaron en el trabajo y los otros robaron en el salario; en los estrados mismos de la justicia veíase a lo mejor tal abogado o tal escribano y hasta algún severo juez, que al recordar de pronto algún engaño cometido ponían se bruscamente en la grotesca postura consabida; las oficinas públicas presentaban el aspecto de estar ocupadas por un

rebaño de bestias, pues raros eran los empleados que no se acusaran de haber trampeado con el reloj o tonteado con los lapiceros...

Parece ser que no había en aquel reino oficio, profesión, arte o negocio, que no tuviera sus «interioridades», sus arterías, sus gajes o sus pequeñas trampas, enderezadas a aprovecharse de la ignorancia del prójimo en el particular respectivo, y parece ser que hasta entonces la vida de aquellos ciudadanos había consistido en un constante toma y daca de engaños más o menos ligeros, de mentiras más o menos leves, de falsificaciones más o menos disimuladas.

Fué necesario suprimir todas las fiestas y reuniones, pues a lo mejor un pollo gomoso (los ha habido en todos los reinos y en todas las edades) comenzaba a dirigir ridículas hipérboles a alguna dama y de repente se ponía a cuatro «remos» al adquirir conciencia de su mentira. Las mujeres no podían visitarse, porque en cuanto intentaban cambiar cumplidos caían invariablemente sobre sus manos.

Sufrieron el castigo, con mayor o menor intensidad, todos los vendedores de participaciones en negocios estupendos (lo que llamaríamos «acciones» hoy día); los corredores de fincas; los chalanes; los alhajeros; los sacamuelas; los fabricantes de medicinas y remedios caseros; los astrólogos y nigromantes; los curanderos; los camelotas; los redactores de gacetas; los anticuarios; los que ejercían aquella profesión tan necesaria en las repúblicas, según Cervantes... la lista completa sería interminable.

Los expendedores de comestibles, obligados a dar pesos justos y a declarar la calidad exactamente, elevaron los precios de una manera escandalosa, dando lugar a protestas amargas y gene-

rales, mientras que los vendedores de artículos que no eran de imprescindible y urgente necesidad no podían dar salida a sus mercancías, pues el comprador las rechazaba al enterarse de los defectos hasta entonces ocultos y disimulados de que generalmente adolecían. En cambio los zapateros cosecharon ganancias fabulosas fabricando y vendiendo unos guantes especiales provistos de recios suelas en el lado de las palmas.

Cuando de estos resultados, idénticos en provincias a los de la capital, tuvo el rey noticia, se llevó las manos a la cabeza en señal de desesperación y compadeció el optimismo de su difunto padre que creyó que más de la mitad de sus súbditos eran personas intachables. Y a los pocos meses de vigencia de aquel régimen que podríamos llamar «cuadrupédico», los murmullos de protesta formulados tanto por los culpables que sufrían como por los inocentes indirectamente perjudicados, asumieron proporciones de tempestad. El fetiche de todos los gobiernos, el orden, el sagrado orden, estaba trastornado por completo en todo el reino. Había muchos, pero muchísimos, que se veían materialmente imposibilitados de resarcir los daños producidos por sus mentiras anteriores y creíanse por tanto condenados a perpetuidad. La vida social era imposible en tales condiciones.

Formóse un «partido», al que se afiliaron cientos de miles en pocas horas, defensor de «la mentira necesaria», en uno de cuyos «mitines» un poeta famoso que desde el primer día había sufrido las consecuencias de la ley, pues resultaba que había mentido descaradamente al describir sus sentimientos en sus versos, pronunció una brillantísima oración defendiendo «la imprescindible, la dulce, piadosa y bienhechora mentira, sin la

cual la vida es un infierno insoportable». Y cierto día reuniéronse otra vez los notables en asamblea magna y acordaron suplicar al rey que, en vista del desastroso resultado del experimento, suspendiera el decreto dictado y se abstuviera de utilizar en lo sucesivo su poder («diabólico», dijeron en voz baja) de imponer castigos automáticos corporales para penar la transgresión de leyes humanas. El monarca, bueno y amante al fin de su pueblo, aun con todos sus defectos, accedió a la petición y suspendió indefinidamente la vigencia de la ley, jurando en su fuero interno no volver a intentar enmendarle la plana al Creador.

IV

Poco a poco volvió a reanudarse la normalidad en el reino, aunque no del todo, porque mucha gente, temerosa de que el soberano pudiera ocurrírsele hacer uso otra vez de su extraña facultad de castigar, andaba con piés de plomo en lo de dar gato por liebre y decir una cosa por otra. Y cuando pasados varios años, el rey, desengañado del mundo y de los hombres, murió víctima de su disgusto y pesimismo, la inmensa mayoría de los súbditos lanzó un suspiro de satisfacción y de alivio que llenó los ámbitos del reino, al calor de cuyo sentimiento pronto nacieron leyendas y consejas en que se pintaba al difunto con los colores más sombríos.

Los historiadores, que según es fama se distinguieron por su hábito inveterado de obscurecer y trastornar la verdad de los hechos para ponerlos de acuerdo con su criterio preconcebido, gustosos reprodujeron en sus crónicas, dándolas por

ciertas, cuantas acusaciones de *crueldad* y de injusticia pudieron recoger contra un rey por quien sintieron siempre profunda y especial antipatía.

Por eso aquel monarca, tan amante de la Justicia y de la Verdad, ha pasado a la Historia con el triste sobrenombre de *El Príncipe Cruel*.

Julio, 1920.

CIGARRAS DE AYER

I

A pesar de la guerra y no obstante haber leído numerosas diatribas escritas por distinguidos críticos musicales de nuestro bando aliado, nunca he podido dejar de admirar a Wagner: así es que cuando un día, a principios del año, leí en el programa del concierto vespertino que tocarían la sinfonía de «Rienzi», acudí por la tarde a oirla.

Estábamos cerca del gran final, en aquella parte en que el tema, esbozado al principio por los altos, es recogido, repetido y ampliado por los bajos, con esa majestuosidad característica en las composiciones del mago de Bayreuth, cuando, obligado por el golpe de una palmada cariñosa que recibiera en la espalda, me volví y me encontré cara a cara con mi buen amigo Don Mariano López.

Don Mariano está descrito con muy pocas palabras: «español de larga residencia en el país». Ya comprenderá el lector que esto significa un hombre cincuentón por lo menos, que ha aceptado los acontecimientos con sabia filosofía, optimista, franco, campechanote, que se goza en com-

parar los sucesos actuales con los de la época de su lejana juventud, comenzando invariablemente sus inofensivas filípicas con un suspiro y la frase consagrada: «En nuestro tiempo...» Y además, es un depósito inacabable de historias y anécdotas del pasado.

Cruzados los saludos habituales y concluído mi interés por la música, nos dirigimos don Mariano y yo al paseo de peatones que sigue el contorno de la Luneta, él recordando los triunfos de Villapol y su famosa Banda de Artillería, yo escuchándole distraído y buscando caras conocidas entre los que estaban repantigados en los automóviles y calesas parados al borde del paseo, cuando llamó mi atención una «victoria» enganchada a una magnífica pareja de bayos batanguefios (ya van siendo raros tales vehículos en esta nuestra «edad del gas») dentro de la cual hallábase sentado un magnífico ejemplar de extrema ancianidad humana, con una cara adornada de níveos bigotes y perilla, ligeramente parecida a la de los últimos retratos del autor del «Tenorio», vestido con sencillo pero inmaculado traje blanco cerrado hasta el cuello y tocado con uno de esos sombreros de fieltro negro y duro, redondos de copa y cortos de ala, que se estilaban hace veinticinco años.

Di con el codo a mi amigo; le indiqué el coche con disimulado gesto, y le pregunté quien era el ocupante. Don Mariano extrajo de un bolsillo sus gafas para «ver de lejos» (las tiene para todas las distancias), se las caló, miró y se volvió a decirme con aire misterioso y confidencial:

— ¿No le conoce? Ese es Don Félix de Montesol, que por ser natural de Salamanca y haber sido un «trueno» en nuestro tiempo, le pusimos «Don Félix de Montemar».

— Conozco de oídas, mejor dicho, de «leídas», al personaje de Espronceda, pero a este otro caballero nunca tuve el honor.

— Pues verá usted... — Y me contó la interesante odisea, que procuraré reconstruir y relatar a continuación.

II

Montesol vino joven a Filipinas, empleado como Secretario del Gobierno de la provincia de A...: en Bisayas. Procedente de una buena familia, vivo de inteligencia, sin carecer de cierta dosis de cultura, dotado de buenos sentimientos y poseedor de un trato agradable y atractivo, pronto se conquistó generales simpatías, tanto en la capital como en toda la provincia, una de las más ricas del Archipiélago, la cual comenzaba entonces a poner en explotación parte de sus feracísimas tierras y de sus enormes recursos naturales.

A los dos años de su llegada (plazo relativamente largo para lo que se usaba entonces) recibió la cesantía, lo que le apuró bien poco, pues aparte de algunos cuartejos que había logrado reunir durante aquel tiempo, andaba en tratos de matrimonio con una muchacha, hija de un paisano suyo, muerto recientemente, de quien la chica había heredado una hacienda bastante bien situada. Celebrada la boda y cuando todos creyeron que Don Félix acabaría metiéndose a agricultor, como la inmensa mayoría de los españoles en A..., sorprendió a todos con un golpe de audacia. Enagenó las tierras de la herencia; se hizo con el producto y sus propios recursos de un capitalito que utilizó como base para obtener créditos por igual o mayor cuantía, e interesando a la suegra en la parte que le correspondía, esta-

bleció en la cabecera de A... una oficina de préstamos, comisiones y consignaciones bajo la razón social «Montesol y Compañía». La mamá política era «la compañía».

El negocio prospero desde un principio. Don Felix viajaba con frecuencia por los pueblos y los barrios del interior, que conocía palmo a palmo, y a cada viaje se traía a varios clientes. Montó en la capital una casa bien puesta: se trajo de Manila un cocinero que era un artista en su género, y dos veces por semana sentaba a su mesa a todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas del pueblo, así como a varios otros, filipinos y españoles, que sin tener cargos oficiales eran influyentes y conocidos. Pronto se hicieron famosas aquellas cenas, llegando a constituir las únicas pinceladas de vivos colores que rompían el fondo monótono y sombrío de la aburrida vida pueblerina. Antes de la cena había tresillo y después sobremesa larga, donde Don Félix derrochaba sus chascarrillos y sus licores, su ingenio y sus cigarros.

Al cabo de algún tiempo ya no fué necesario buscar a los clientes: se presentaban ellos mismos cada vez en mayor número. Los avispados hacenderos de A... comprendieron en seguida que era preferible negociar con una casa que, sobre cobrar poco más o menos (en realidad poco más) interés y comisiones que las demás casas extranjeras dedicadas al mismo negocio, les salvaba de quintas al ahijado, o sacaba en bien el aparcero que había tenido un «lío» con la Guardia Civil, o gestionaba favorablemente sus expedientes en la Administración de Hacienda Pública. Dos años después de establecido, el negocio de Montesol era un río de oro. Tuvo que construirse una casa mayor, habilitar almacenes más espaciosos y am-

pliar sus créditos en proporción a la expansión constante de sus transacciones. El bautizo de su segunda hija se solemnizó con una fiesta nunca vista en A... Se alquilaron cuatro orquestas de los pueblos vecinos y se bailó durante tres días consecutivos. En vapores fletados expresamente, vinieron invitados procedentes de islas y provincias lejanas. El «bateo» consistió en arrojar a la multitud desde la torre de la Iglesia centenares de monedas de a medio peso. Se trajeron de Manila, sin reparar gastos, enormes cantidades de hielo, lujo inaudito en provincias en aquel tiempo, y muchas damas distinguidas de A... probaron helados por primera vez. Excusado es decir que había mesa puesta constantemente y que por la cantina corrieron torrentes de cerveza y de licores.

Montesol fué poco a poco adquiriendo los gustos y hábitos de una vida principesca, para la que parecía tener cierta predisposición natural. Primero se aficionó al tresillo a peso el tanto, (perdía siempre porque jugaba muy mal, distrayéndose con la charla); más tarde le dió por los caballos de carreras, que traía de Batangas y de Negros Oriental a costa de gastos considerables: generoso y espléndido, apuntaba cuidadosamente en el calendario los días del «santo» de todos los amigos que le favorecían, para enviarles con oportunidad valiosos regalos: sostenía como empleados de su oficina a varios paisanos de la clase de los fracasados y parasitarios; su casa era la Meca de cuantos alhajeros ambulantes pasaban por A..., quienes estaban siempre seguros de sacar de ella buenas ganancias, y en las suscripciones patrióticas o caritativas el nombre de Don Félix de Montesol aparecía invariablemente en primera fila.

Vinieron años de buenos precios en que Don

Félix supo comprar y vender a tiempo, pero conforme aumentaban sus ingresos subían los gastos. Sus cuadras y su bodega (surtida esta directamente de Jerez por Domecq) se llevaban un pellizco considerable en la renta. Luego venía el gasto de la casa, donde el número de reuniones y fiestas se elevó de dos a tres por semana y un gran baile mensual. Después había que contar las suscripciones, los «sablazos», los regalos, y encima de todo ello, la compra frecuente de artefactos de dudosa utilidad, tales como ventiladores y teléfonos primitivos, maquinitas caseras para fabricar hielo y mantequilla fresca, y otras por el estilo, que a las pocas semanas cesaban de funcionar y se arrumbaban. Los viajes a Manila y las excursiones para concurrir a las fiestas patronales de los pueblos (donde era casi forzoso el «tirar de la oreja a Jorge» para estar en la mejor compañía) resultaban ser también placeres caros. En los balances anuales aparecían cada año partidas más gruesas, operaciones más importantes, pero la cuenta de capital subía poco. La esposa y la suegra, la *compañía*, buenas y pasivas mujeres que adoraban a don Félix como a un Dios, eran lo menos apropósito para contenerle, y por otra parte, al fin mujeres, no las disgustaba acompañarle en aquella vida de derroche sin tino, tan parecida a la que se cuenta de esa ya desaparecida raza de traficantes europeos de las costas de China y el Japón a mediados del pasado siglo, a quienes se dió el pintoresco y gráfico nombre de *Merchant princes*.

Montesol, confiado y optimista como pocos, decidido a no volver a España y a dejar sus huesos en Filipinas, nunca se preocupó de ahorros y economías. Con esa ceguedad tan propia de los que triunfan pronto y sin trabajo en la lucha por

la vida, creyó que la facilidad de su victoria se debía exclusivamente a la superioridad de su ingenio y no a circunstancias fortuitas que podían cambiar en cualquier tiempo. Los acontecimientos que se desarrollaron y sucedieron a partir de aquel histórico mes de agosto de 1896, le cogieron, pues, completamente desprevenido. Al principio sintió un temor instintivo exagerado. Aquello iba mal para los españoles. Era necesario recoger velas por si se veían obligados a levantar el campo. Había que pensar en la mujer y en las tres chiquillas que tenía... Pero el ambiente en que se movía, pronto ahogó las voces de la prudencia. El cura, el Gobernador, el Juez y el Comandante coincidían todos en la opinión de que bastaba con fusilar o deportar algunas docenas de agitadores para que volvieran a reinar la paz y la calma. El curso de los acontecimientos pareció darles la razón. La revuelta se confinó a las provincias tagalas; las Bisayas estuvieronse quietas, y a poco el pacto de Biak-na-bató parecio extinguir los últimos chispazos de la insurrección. Cuando se dieron aquellas fiestas en todas las provincias para celebrar la paz con Aguinaldo, Montesol dió un baile monstruo que le costó más de tres mil pesos; sufragó todos los gastos para construir una gran plaza de toros de caña y nipa, donde se dieron varias novilladas famosas, y respiró tranquilo, libre de cuidados para el porvenir.

De pronto, se desencadenó la tormenta. Vino Dewey, bloqueó Manila, y la hoguera de la revolución, que se creyó apagada, ardió de nuevo con llamarada intensa e inextinguible, propagándose como reguero de pólvora por todas las provincias, de donde escaparon los españoles que pudieron para refugiarse allá donde quedaban aún

núcleos algo considerables de sus tropas que ofrecían resistencia. Don Félix no huyó: le mandaron aviso los principales jefes de los rebeldes en armas, la mayoría clientes suyos, rogándole que se quedara y garantizándole la más absoluta seguridad para su persona y bienes. Cuando las autoridades de A ... ya en inteligencia con los revolucionarios respecto a la evacuación de la cabecera, se embarcaron con las pocas tropas peninsulares que quedaban en el cañonero que fué a buscarles desde Cebú, entregaron el gobierno del pueblo a Montesol, quien a su vez lo entregó al día siguiente a cierto «General en Jefe de Mar y Tierra» que gastaba unos antorchados monumentales. Durante una noche entera,el fastuoso comerciante fué, pues, como esos capitanes de barcos de altura que lo son todo a la vez en sus buques, jueces, notarios, sacerdotes, etc., justificando el apelativo de «el amo después de Dios» que se les daba antiguamente.

En los contados meses que duró el régimen revolucionario, la casa Montesol se las fué bandeando bastante bien. Desde el pomposo General en jefe hasta el más modesto coronel eran o clientes, o parientes, deudos o amigos de clientes de la casa, quienes, unos más, otros menos, debían a éste favores y servicios de los que no se pagaban con la comisión. La ruina fatal, completa, inevitable, sobrevino al llegar la era de subyugación americana. Esta vez ya no fué asunto de breves semanas, como cuando el levantamiento anti-español. Los de A... resistieron por largos meses y pueblo por pueblo, y hubiera sido demasiado esperar que pudieran ocuparse de los negocios y enviar a la capital, en poder del enemigo, los cada vez más escasos productos de sus tierras medio abandonadas. Por el contrario, al-

gunos de ellos, conociendo el carácter servicial de Montesol y creyendo que por su calidad de extranjero estaría menos sujeto a la vigilancia de los invasores, le hicieron varios pedidos de arroz, cereal escasísimo en el interior de la provincia en armas y de importancia primordial para los rebeldes. No se sabe si Don Félix sirvió o procuró servir tales pedidos, pero sí que cierto capitán de voluntarios de Oklahoma le amenazó muy seriamente con el consejo de guerra y el fusilamiento sumario. Al cabo del año y pico que duró la campaña, la prosperidad de A... había sufrido un terrible retroceso. Los campos estaban yermos, el ganado diezmado, y muchas familias, deudoras de Montesol, que antes gozaban de una *aurea mediocritas* y eran considerados «buenos riesgos» para préstamos, se hallaron de pronto en la miseria. Los principales acreedores de aquél, sabedores de que el capital propio del negocio Montesol era relativamente pequeño, se alarmaron y exigieron una liquidación. Don Félix, renegando de los «yanquis», a quienes acusaba con sañudo apasionamiento de su ruina, se avino a todo y entregó todos sus créditos y todas sus propiedades. Los acreedores, conmovidos en el fondo por aquella rendición incondicional que les evitaba gastos judiciales y quebraderos de cabeza, le permitieron llevarse algunos miles de pesos, con los cuales levantó el campo y se vino a Manila. Aquí intentó varios negocios pequeños, alquiler de vehículos, venta de zacate y otros del mismo corte, pero sus hábitos de gran señor le tenían dominado y acababa comiéndose las ganancias y el capital de sus empresas comerciales. No podía vivir sin tener a su alrededor amigos con quienes cambiar impresiones, comentarios, cuentos y chistes, y parece que no, pero

la sociedad de otros hombres ocasiona numerosos gastos directos e indirectos, cuesta dinero...

Recuerdo que por aquí andábamos del cuento cuando, percibiendo que se hacía tarde y con el fin de incitarle a que lo terminara, interrumpí a Don Mariano para decirle:

— Si tan arruinado quedó su Don Félix ¿cómo se explica usted ese coche charolado, esos caballos tan hermosos, ese aire de distinción y bienestar, que no anuncian ciertamente miseria o privaciones?

— Pues por los yernos. Tenía y tiene tres hijas que asustan de guapas: que se han casado con los mejores «partidos» de por aquí; que adoran al viejo, y que se disputan el honor de mimarle. Ese tren que lleva ahora era del marido de la segunda, antes de comprarse el «auto».

III

En esto la música, que había terminado de ejecutar no sé qué kilométrica pieza descriptiva donde los clarin[illegible] — el cacareo del gallo y las cornetas el alarido del perro, y que la multitud aplaudió con entusiasmo, atacó los primeros compases de la marcha nacional americana. Algunos se descubrieron respetuosos; otros dieron groseramente la media vuelta y se alejaron. Espié curioso a mi «sujeto». Como si quisiera indicarme que en su pecho caballeresco no cabían rencores, Don Félix de Montesol, con sencilla y exquisita cortesía de castellano viejo y con mano ya temblorosa en que aún a distancia y con poca luz podían notarse las violáceas protuberancias de las venas, se alzó la reluciente *bimba* y expuso al

aire su venerable calva mientras duró el himno a la bandera de las barras y las estrellas.

Terminado éste, volvió a cubrirse; el cochero arreó a los batangueños, y a los pocos momentos la «victoria», meciendo con la flexión de sus muelles al último representante de las simpáticas y alegres cigarras de ayer, se perdió en el torrente de tranvías, autos y calesas que precipitábanse en retirada por el antiguo paseo de las Aguadas.

Julio, 1920

SUICIDIO ESPIRITUAL

I

Conocí y traté a Rafael, en Manila, en mis buenos tiempos de estudiante, y declaro que jamás he vuelto a conocer y tratar a otro hombre que tuviera inteligencia tan aguda, espíritu tan vivo, imaginación tan despierta, comprensión tan rápida y completa. Su asiduidad en la lectura y su admirable retentiva habíanle dotado de una amplia cultura general. Poseía a las mil maravillas el difícil y olvidado arte de la conversación, y publicaba, de cuando en cuando, bellos artículos de una hondura psicológica sorprendente. Flaco y desmedrado de cuerpo, no parecía sino que la llama intelectual que ardía en su cerebro consumía todas sus fuerzas físicas, dejando apenas las suficientes para mantener su lánguida vida animal. No bebía ni fumaba. Comía poco, dormía poco, y rarísima vez nos acompañaba en nuestras excursiones estudiantiles por los dominios de Citerea. Si yo tuviera que describirle por comparación, no encontraría otro mejor con quien parangonarle que aquel extraño jo-

ven, todo cálculo y todo cerebro, pintado por Bourget en su novela «El Discípulo».

Pocos días después de recibirse de abogado, tras de un examen de que todavía se habla con asombro en las aulas de la Universidad, recibió un telegrama avisándole de la casi repentina muerte de su padre, de quien era hijo único, y, despidiéndose apresuradamente de todos sus amigos, embarcó para X..., su provincia natal. Durante cinco o seis meses cambiamos otras tantas cartas; luego, como ocurre siempre, nos invadió esa inercia en la amistad que sobreviene cuando falta la presencia, y dejamos de escribirnos y de saber uno del otro.

II

Veinte años después, como en la famosa trilogía novelesca de Dumas, tuve que hacer un viaje a X... para un negocio. Debo confesar que tal negocio no era de gran importancia y que pude haberlo resuelto sin ir, pero me sirvió de pretexto conmigo mismo para arrostrar las molestias y gastos del viaje, cuyo principal objeto era en realidad ver a Rafael y tener con él alguno de aquellos ratos de sabrosa charla de antaño. Fuí víctima de esa comezón que nos ataca al llegar a cierta edad, impulsándonos a buscar la repetición de emociones amicales o amorosas sentidas al principiar la vida y a comprobar si las huellas que dejamos al chocar con otras almas en el camino recorrido se han borrado o se conservan.

Viajaba en el mismo barco el Gobernador de X..., antiguo compañero de ambos, de quien procuré conseguir informes sobre aquel a quien ansiaba visitar.

— ¿Rafael? — contestó a mi primera pregunta: — Allí le tienes, tan gordo y tan famoso.

— ¿Gordo? — exclamé sorprendido: — ¿Es posible?

— No lo extrañes. Come como un cerdo. En la última fiesta del pueblo, por una apuesta con su amigote el Boticario, se tragó entero un lechón de tamaño regular.

— ¿Se ha casado? ¿Tiene hijos?

— Casado, no. Hijos sí. Como aquel poeta chino de que hablaba Octavio Mirbeau, que tanto os gustaba, Rafael «tiene tres amigas», una en el pueblo y dos en las dos haciendas suyas que maneja, y todas pertenecientes a la tercera categoría, la de la «pescadora» burda y sucia. Rafael no es el que conocimos y amamos de estudiantes. No trabaja en la profesión. No ejerce sino para defender sus propios pleitos contra sus aparceros y acreedores o zafarse de sus lios de política menuda y caciquil. No se trata apenas con nadie, si se exceptúan el boticario y un viejo médico, retirado y medio chocho, sus eternos compañeros de tresillo todas las noches en la botica.

Aquellas noticias me dejaron triste y afligido. De estar en mi mano, hubiera hecho dar vuelta al barco. No estándolo, hube de resignarme a seguir y a desembarcar, desilusionado, a la mañana siguiente en X..., vetusta, fea y dormida capital provinciana.

III

Tan pronto supo Rafael de mi llegada, vino al fonducho adonde condujera yo mis maletas para abrazarme y arrancarme de allí con esfuerzo cariñoso, llevándome a su casa, amplia, cómodamente puesta, pero sin pizca de arte o gusto.

En el zaguán, obscuro y espacioso, y en la cocina, enorme y conventual, corrían las cabras asustadas.

No me escatimó las pruebas de esa banal cordialidad que se dedica siempre al antiguo compañero ausente muchos años, y en su actitud de hombre vulgar y a la pata la llana no me pareció descubrir síntoma alguno de esa especie de rubor intelectual involuntario del que en plena decadencia se encuentra con un conocido del tiempo del apogeo. Por el contrario, observé cierto orgullo en su adocenamiento, cierta satisfacción en su vulgaridad, cierta alegría y goce en su completo y perfecto «aburguesamiento». Viviríamos juntos todas las horas que yo pasara en X..., no faltaría más, siendo yo el amigo más querido de su juventud. Tenía él un cocinero viejo que era una maravilla, ya vería yo... Me enseñó el cuserón, haciéndome notar riendo la despensa bien provista. Yo le recordé aquel artículo de Amicis criticando las casas donde no se ven libros. Parpadeó sin contestarme. A la hora de yantar, servido con abundancia y esplendidez, comió sin rebozo y con despierto apetito. Tras la siesta prolongada, vino la merienda de fragante y espeso chocolate frailuno, y con la venida de la tarde me propuso el higiénico paseo por aquella playa tropical de X..., limpia y firme, fresca y deleitosa, lo único hermoso en el triste población.

Me pareció que había llegado el momento propicio de provocar sus confidencias, y lo hice procurando poner en ello toda mi habilidad e ingenio. Su resistencia a mis indirectas, que no quiso comprender, puso fin a mi paciencia, y acabé preguntándole abrupta y claramente:

— Me abraso en la curiosidad de saber por

qué has cambiado tanto. ¿Quieres decírmelo?

Quedose mirando a la lejanía del mar un buen rato, en actitud de aquel que sostiene honda lucha consigo mismo. Luego se volvió, me enseñó el tronco caído de un cocotero y me dijo:

— Siéntate; voy a contarte el episodio.

IV

Cuando volví de Manila a la muerte de mi padre, sufrí lo que jamás podrás imaginar, pues nunca en mis cartas te hablé de ello. Era yo entonces, como sabes, un espíritu inquisitivo, dotado de una sensibilidad exagerada, y me lancé a «saborear» mi dolor filial con una especie de delectación en mi sufrimiento que aún hoy me asusta recordar. Con insignificantes informes, con datos sueltos que recogí de amigos y servidores, pude reconstruir las últimas horas de aquél para quien yo lo fui todo en el mundo, del único hombre que sintió por mí un inmenso y desinteresado amor. Yo reproduje en mi imaginación su angustiosa agonía; leyendo libros médicos, asistí al desarrollo gradual de todos los síntomas, a la aparición de todas las complicaciones, al advenimiento del fatal instante de la muerte, y seguí en su ánimo de materialista convencido las impresiones del horror ante la proximidad del no ser. Yo no podré contarte ahora exactamente como fué, porque ya he perdido aquel diabólico poder de reconstruir emociones que antes tenía; sólo te citaré el detalle de que, durante muchos meses, su nicho de espesa piedra y su caja de fuerte narra fueron para mí como de fino cristal que me permitiera seguir no sé qué macabros

estudios biológicos... Me quedé más flaco y esmirriado de lo que era, tanto, que el tutor, que me nombraron para administrar mis bienes hasta que yo llegara a la mayor edad, confesó después su convencimiento de que yo no viviría el par de años que me faltaban para la emancipación.

Quizá debido a esta creencia metió mano a lo que no era suyo. Su misma complacencia y su aire dulzón me lo delataron en seguida, pero no me importó gran cosa, llevado de ese desinterés tan peculiar de los veinte años. Tenía él una hija, hermosa criatura por quien repentinamente experimenté un amor apasionado, y que recibió mi primera declaración con esquiva indiferencia; pero luego se percató el padre y pronto varió la cosa. Yo era «un buen partido», financieramente hablando, y, si no espichaba pronto, no sería muy exigente para las cuentas del tutor y suegro... Y la chica cambió en seguida. Fué atrayente, cariñosa, seductora. ¡Ah! sin la manía de profundizar ¡qué feliz hubiera sido yo entonces! Pero aun no había llegado a aprender y dominar el supremo arte de la vida: el de engañarse bien a sí mismo. Al través de su rostro de ángel, sostenido por su cuerpo de ánfora, veía con cruel lucidez sus sentimientos vulgares y despreciables y su esfuerzo en disimular la repugnancia física que yo la inspiraba, lo que no obstaba para que se hallara perfectamente dispuesta a venderse a mí, como se vendería una prostituta, sin otra diferencia que ser la cantidad mas crecida y el plazo más largo... Corté yo mismo aquello bruscamente. Llevé a su casa al Brummel del pueblo, y a las pocas visitas, en cuanto pude comprobar la existencia de una atracción mutua entre ellos, salí y no volví, negándome a dar explicaciones. Dijeron que yo

estaba a punto de volverme loco, si no me había vuelto ya.

Por aquella época se acentuó mi misantropía. Poco a poco dejé de tener amigos, comprendiendo que todos ellos venían a solicitar mi amistad de joven atamado de rico y listo, guiados por ese, a veces definido, a veces obscuro e inconsciente sentimiento o instinto utilitario que parece empujarnos a la gran mayoría de los hombres a buscar el trato de aquellos que algún día puedan ayudarnos o favorecernos. Me invadió un pesimismo desalentador, y hubiera muerto, muerto víctima de un bárbaro tormento, al lado del cual los del dantesco Ugolino y los de los condenados del «jardín» cantonense eran pálidos y suaves: el tormento de llevar dos potentes microscopios remachados a los ojos y ver las cosas, no como «deben ser» para el ojo humano, sino como son para los lentes de mil diámetros. ¿Comprendes lo que sería esto? No podrías mirar la cara ni aún de la más bella mujer, porque cada poro aparecería como una sima; cada barrillo, un lago de sucio sebo; cada señal de ligero rasguño, una cicatriz fea y desfiguradora; el gracioso lunar, una excrecencia monstruosa; las finas estrías de sus ojos, charcas de sangre muerta; su vello sedoso y suave, erizada y córnea vegetación... Aplica el símil a las ideas y sentimientos, y si recuerdas que la humanidad se inspira en el más feroz egoísmo, derivación lógica del instinto natural de la conservación, empezarás a tener una idea aproximada de las torturas morales que padecí. Esa facultad de analizar y deducir, ese poder de autopsiar las almas, incluso la propia nuestra, que tanto divierte al principio, ¡cómo nos flagela después! ¡cómo cansa el constante espectáculo de corazones con mácula! ¡Cuánto echa-

remos de menos, al cabo de algún tiempo, el ver solamente lo que ven todos, el saber solamente lo que saben todos, el poder vivir engañados pero felices!...

Me salvó de la locura o de la muerte quien menos podrás figurarte: un personaje secundario de *Bel Ami*, la famosa novela del gran analizador de la demencia. Aquel poeta viejo y casposo, que tenía ideas tan desgarradoras sobre la vida y la muerte, me abrió los ojos con su teoría de que estamos creados para vivir una vida mucho más animal que intelectual; que ejercitamos demasiado la inteligencia, y como resultado del axioma fisiológico de que «la función hace el órgano», aquella crece desmesuradamente, se afina, se agudiza, y, al chocar contra las condiciones inmutables de nuestra vida, produce en nosotros una especie de ansia intelectual, insaciable y dolorosa. No recuerdo exactamente si la teoría estaba expuesta así, pero lo que recuerdo es que así la comprendí y que así la apliqué para buscarme el remedio. Este era lógico: bestializarse, embrutecerse, embastecerse. Y cambié de vida. Por un esfuerzo supremo de la voluntad, abandoné poco a poco mi hábito de análisis; quemé mis libros y revistas; olvidé la música y dejé de mirar las estrellas. Busqué los placeres de la mesa, los goces del amor material, el olvido que trae el alcohol ... Al principio me daba un asco inmenso, pero el espoleo de la voluntad era cada vez más fuerte, y ¡qué diablo! el hombre es un animal de costumbre, y ha acabado por gustarme. Me he convencido de que en nuestro mundo hay muchas emociones gratas para la carne, pero muy pocas o ninguna para el espíritu. Cuando no ejercito mi intelecto, ya tosco y basto, para mis placeres sencillos y natu-

rales de animal humano, sé quedarme horas enteras alelado, «sin pensar en nada», como un perfecto imbécil. Te habrán contado que tengo amantes: son estúpidas, pero hermosotas y deseables y no hay con ellas peligro de complicaciones sentimentales. Mis «mejores amigos» aquí son: el boticario, que es un bruto, pero naturalote, y un viejo médico cuya extrema vejez le ha lavado el alma de hipocresías y que nos hace el tercero al tresillo. Mi único ejercicio intelectual es hoy día el dar codillos y evitar que me los den: mañana habré olvidado este esfuerzo de memoria a que me obligaste... Y me río. Y estoy gordo y sano. Y soy inmensamente feliz...

Miró su reloj de pulsera e hizo un ligero movimiento de impaciencia. Comprendí. Era «tresillista cotidiano», de los que al llegar la hora de la partida sienten esa inquietud parecida a la del morfinómano cuando retarda el momento del pinchazo. Fui clemente con mi pobre amigo, guardándome el sermón que se me ocurriera contra los dos exagerados extremismos de su vida, y me levanté diciéndole:

— Vámonos: os haré el cuarto esta noche.

Al llegar a la botica nos recibieron con gruñidos de marcado descontento por la tardanza de Rafael. Nos sentamos en seguida: barajé y dí las cartas; mi amigo miró las suyas con este gesto de satisfacción del que se encuentra con un solo de cinco bazas para principiar; pronunció el sacramental «¡juego!», y, a continuación, dirigiéndome una mirada cargada de ironía, último destello de la breve resurrección de su espíritu vivaz aquella tarde, exclamó:

— Señores: *bastos* son triunfos. ¡Como en la vida!...

MUNDO NUEVO, VIDA NUEVA

Al pasar junto al escaparate de una librería, ha herido mis ojos un título impreso con letras doradas en el lomo de un volumen, despertando en mi memoria gratas remembranzas. Es «Un debut en la vida» de la inmortal «Comedia Humana» de Balzac.

Bien recuerdo la lectura de este libro, allá, en la quietud de la modesta biblioteca provinciana, oyendo el monótono cantar de los grillos en el jardín, y bien recuerdo aquellas escenas tan graciosas e interesantes, tan naturales, y salvo insignificantes detalles, tan verosímiles aún dentro de las costumbres y moldes sociales de mi época modernísima. Estudiando en Balzac la vida de 1830, se podía estudiar la vida de 1913. En ochenta y tres años la sociedad había cambiado poco. Igual ideario, idénticos procedimientos, parecidas ideas de relación entre las diversas clases sociales, similares conceptos de autoridad, de familia, de comercio, de legislación. El coloso literario de la época de Luis Felipe parecía que continuaría siendo buen guía otros cien años más por lo menos. Y de pronto vino la guerra; la humanidad apresuró el paso desmesuradamen-

te, alcanzando a la velocidad loca y ciega de esas estampidas de rebaños aterrorizados de que nos hablan los historiadores del «Far West» americano, y en los cuatro años saltó al abismo trágico cuyas profundidades estaban teñidas de rojo.

El salto fué tan brusco, que se rompieron todas las antiguas normas, y ahora la humanidad desorientada parece que no sabe qué hacer a punto fijo. Unos tratan de componer las roturas para que puedan utilizarse otra vez los antiguos moldes; otros quieren desechar los pedazos rotos y construir moldes enteramente nuevos.

Y es indudable que estos últimos van ganando terreno. Será otro el concepto de familia, porque han cambiado radicalmente las ideas sobre la mujer. Será otro el concepto de la propiedad, que parece bambolearse ante las reivindicaciones sindicalistas. Será otro el concepto de autoridad, escarnecido por la general irreverencia a la prerrogativa directriz del talento y del saber. Será otro el concepto del Estado cuya absorvencia parece crecer sin tasa. ¿Quien se atreverá a decir, pese a la cronología, que 1913 no está más cerca de 1830 que de 1920?

Esta lucha, como todas, tiene, además de sus trágicas víctimas cruentas, sus patéticas víctimas incruentas. Son éstas infinidad de personas de las que hace tiempo rebasaron aquella cumbre dantesca del «mezzo del cammin di nostra vita»; cuarentones y cincuentones que padecen de esclerosis imaginativa; gentes que se creían pertenecer al «promedio», que se envanecían satisfechos de formar parte de «la generalidad» y constituir la mayoría, y que de prouto se encuentran con que son inadaptados de la actualidad. Ellos, como nosotros todos, al salir a la palestra de la vida, armados con las armas que les pro-

curaron sus progenitores y las que se buscaron ellos mismos, formularon su ideal material supremo, repitiendo con diferente cantidad y nombre femenino, aquella frase de Rousseau: «mil francos y mi Sofía». Algunos pluralizaron a Sofía: otros la suprimieron por completo: pero los francos eran factor constante. Y he aquí que habían alcanzado su ideal. Estaban dispuestos a comenzar a gozarlo aunque sus Sofías respectivas estuviesen ya algo ajadas... Pero viene el diluvio, y ¿que son sus pobres «mil francos»?: menos que nada, pues no pueden proporcionarles ni la mitad de las comodidades y bienestar que soñaron. Hay que volver al circo; hay que retornar a la lucha... ¡y resulta que sus armas son viejas, que su táctica es anticuada, que las reglas del torneo son diferentes!

Es triste asistir al esfuerzo intelectual doloroso, y casi siempre inconsciente, de aquellas de las víctimas que tienen más endurecidas las vías del pensar y que no acaban de darse cuenta de que aquella frase epitáfica, «lo que va de ayer a hoy», nunca fué más cierta que en estos primeros años de nuestro siglo. El instinto les dicta que para sobrevivir les es preciso arrojar al horno sus viejas almas y fundirlas de nuevo. Se les ve, en plena ancianidad o muy cerca de ella, con el mismo aire preocupado de sus primeros años de brega; con el fruncimiento de cejas del que estudia algo nuevo difícil de aprender; con el aspecto intranquilo del que navega por aguas desconocidas sin carta que le guíe. Van dando tumbos, cayéndose aquí, levantándose allá. Algunos perecerán en el naugrafio de la ruina, víctimas de su irreductible inelasticidad, maldiciendo de la vida que a última hora les hizo misteriosa trajción, mientras que los valientes

que sepan refundirse y adaptarse alcanzarán la tierra prometida. Las Sofías de estos últimos no morirán sin haber visto el hogar en casa propia, o sin haber arrastrado «auto» propio, o sin haber realizado, en fin, la modesta ilusión de sus grises existencias de compañeras de luchador.

Todos estos pensamientos acudieron en tropel a mi mente al ver el título del libro balzaquiano, leído años há en la suave quietud de la modesta biblioteca provinciana, tentándome a analizar un poco la situación de estos bravos hombres maduros, obligados hoy a emprender otra vez un nueva «Debut en la Vida».

Manila, Enero 1920

LA INFINITA ESTULTICIA

(Diálogo socrático)

—Verá Vd. Ya me habían hecho varias, y muy gordas; pero la trastada que puso coronamiento a todas, fué la siguiente: La heroína en poder de los bandidos, logra burlar la vigilancia de éstos y escribir una carta a su novio el «detective». Cuadro: la carta, proyectada cuarenta segundos en inglés y otros cuarenta en castellano. Cuadro: aparece el falso bandido, que es, en realidad, un espía del novio y se hace cargo de la misiva para llevarla a su destino. Cuadro: galopada del espía sobre en mano, saltando barrancos y precipicios. Cuadro: el despacho del «detective» destinatario, entrada del mensajero y entrega de la carta. Cuadro: ¡la dichosa carta proyectada otros ochenta mortales segundos en los dos idiomas!... Yo interpreté esto, naturalmente, como un mensaje personal que me dirigía el autor, o el director de escena, o quien fuese, para decirme: «Señor espectador: le considero tan burdo de intelecto, tan escaso de caletre, tan memo y tan imbécil, que le

he creído incapaz de comprender una cosa tan sencilla como la de que esa carta escrita por la heroina es la misma que recibe su amante, y, por tal motivo, he vuelto a proyectarla en la cortina, para ver si, refregándoselo así por el hocico, consigo al fin que usted se entere...» Ya comprenderá usted que después de un bofetón semejante, tan doloroso como injustificado, salí haciendo «fú» como los gatos y jurando no volver a gastarme una peseta para entrar en los «cines» en todo el resto de mi vida. No hay derecho a que nos insulten encima de que pagamos.

— ¿Y cómo emplea usted sus tardes?

— Paseando sin objeto por las calles y avenidas de la ciudad. No crea usted; resulta interesante. Yo he pensado muchas veces que si se reunieran en un museo las carátulas anunciadoras de una ciudad, correspondientes a una época determinada, podría estudiarse en ellas la vida y costumbres de ese periodo. Aunque se hubieran perdido en una destrucción de archivos todos los libros y papeles y no quedaran otros datos, sería fácil averiguar, por medio de los carteles de los almacenes, qué comía y cómo vestía la humanidad en ese espacio de tiempo, cuáles eran sus diversiones favoritas, sus ocupaciones predilectas, sus vanidades más comunes, sus vicios más extendidos. Se aprende mucha historia contemporánea leyendo los letreros de las tiendas y oficinas. Y, a veces, se divierte uno con las tonterías y exageraciones que se ven a lo mejor.

— ¿Por ejemplo?

— Por ejemplo, la muestra de una tienda que vi ayer y que reza así, textualmente: «La Patria Filipina», «Chinelería Nacional», «Canuto de la Paz, Prop.» Si el sentimento de lo cómico resulta, como dicen, de contrastes exagerados e

inesperados, aquí no faltan los elementos, porque esa tienda de título tan altisonante, no llega a los veinte metros cuadrados de superficie y es pobre y obscura. Y no crea usted. Si por un lado causa gracia, por otro dá pena. Es casi seguro que este hombre, tan ayuno de la proporción y simetría que deben tener las cosas, es un patriota ardiente, aunque equivocado, de los que creen que se debe mezclar la patria hasta con la morisqueta, y que, con la mejor intención del mundo, pone a su país a menor altura que la de la proverbial zapatilla, y digo menor, por que éstas tienen su taconcito, y las chinelas carecen de él...

— Es curioso. Si usted me señalara el lugar iría a verlo con mucho gusto.

— Es muy fácil: toma usted por la calle de..., tuerce usted por la de... y en la tercera o cuarta manzana está el local aludido.

Por cierto que allí cerca encontrará usted otra curiosidad.

— ¿Del género anunciador también?

— Del género urbano, principalmente. Me refiero a un edificio de un piso con entresuelo, de unos seis metros de ancho por siete de alto. Sobre la cornisa del alero lleva unas letras enormes, recortadas en madera, legibles desde la calle para el más cegato, y que dicen: «Martínez's Building», así, con su apóstrofe y su «ese» posesiva correspondiente. Nunca paso por allí sin que se me ocurra preguntarme, cómo es posible que ese señor Martínez no haya tenido un amigo o conocido que haya viajado y visto alguna de las grandes urbes, para explicarle que esto de dar a los edificios los nombres de sus propietarios, se hace únicamente en el caso de esas construcciones enormes, de esos falansterios modernos donde se albergan centenares de familias o se cobijan va-

rias decenas de tiendas y oficinas, y se ha hecho así para abreviar las direcciones de los inquilinos respectivos, considerando a tales edificios como una especie de «imperium in imperio», como pequeñas ciudades dentro de las ciudades grandes.

— Puede que la explicación hubiera resultado improducente de todos modos. A veces se cometen esas tonterías más por vanidad que por ignorancia.

— «Todo es uno y lo mismo». Todo viene a mezclarse y confundirse en aquello de la estulticia «numerosa e infinita» de que nos hablan los libros sagrados.

— Pero, entonces, para ser consecuente con sus ideas, debía usted ser más generoso con los autores o directores de escena de las películas corrientes y perdonarles los bofetones morales involuntarios que le hayan dado. Piense usted que el «cine» ha llegado a ser una especie de «utilidad pública» en la vida seudo artística del mundo, y que el autor o director está en la obligación de suponer que el señor de la Paz y el señor Martínez y «tutti quanti», pueden sentir ganas, cuando han terminado su venta diaria de chinelas o se aburren en la estrechez de su «building», de distraerse viendo una cinta. Crea usted que para éstos no está de mas aquella segunda proyección de la carta que tanto le molestó.

— Hay mucha verdad en eso que usted ha dicho.

— Los encargados de «filmar», como se dice ahora, las cintas cinematográficas son generalmente, profundos psicólogos que se saben «su» Gustavo Le Bon de memoria. Ya recordará usted aquel teorema sobre el nivel medio cultural de las multitudes, que es, curiosamente, igual al

del más inferior de los individuos que las componen.

— Pues ¡tiene usted razón! Depongo mi «cinefobismo». Pero ¿cómo compaginarlo con mi juramento de no gastarme las pesetas?

— ¡Bah! Todo puede arreglarse. Asista usted siempre que pueda, ¡cuando le conviden los amigos!

Manila, 1920.

UN DIA EN MANILA

(*De las memorias de un provinciano*)

Aún no han dado las seis de la mañana y la temperatura es fresca y deliciosa. Pasearé deambulando por estas calles de la urbe manileña, que luego, dentro de cinco o seis horas, estarán llenas de gente, de polvo y de sol. Voy solo, sin llevar siquiera a aquel perro filosófico, mudo confidente de las suaves ironías de Monsieur Bergeret, y me agrada. Compadezco a esas personas que no pueden pasear solas, que no pueden comer solas, que no pueden estar solas. Tengo una vaga idea de que tales individuos «no se son simpáticos a sí mismos» (¿habré dicho una herejía gramatical?), no les agrada «su propio trato», no conocen las delicias de esos «monólogos dialogados» (ésta sí que es herejía) en que la imaginación de uno «se parte por gala en dos», instituyendo ratos de charleta deleitosa dentro de la absoluta intimidad de la conciencia.

El sol está bajo y se le puede mirar sin molestia. El, como los hombres, es dulce y accesible mientras es niño y cuando es viejo; es cruel y

violento durante la juventud. Ahora, en este instante, se eleva en el horizonte como si fuera la hostia de no sé qué majestuosa misa astronómica, redondo, circular en apariencia, como una O, como la O de un Optimismo general que invadiera la creación, envolviéndola en un ambiente risueño y feliz, borrando con sus rayos la «eterna tristeza de las cosas».

Aumenta gradualmente la circulación por las calles. La mayoría de la gente va con trajes limpitos y planchados, demostrando haber rendido culto a esta especie de religión nueva, la del aseo personal, casi la única que nos queda, como creo que dijo la Sra. Pardo Bazán. Exteriormente al menos, no cabe duda de que la humanidad mejora, o por lo menos cambia. Kipling lo ha dicho al principio de la guerra: «nuestro mundo ha muerto», y en efecto, el mundo que conocimos los hombres (ay!) de cierta edad, ha desaparecido dando paso a otro con diferentes puntos de vista económicos, sociales y políticos.

Ahora tropiezo con un conocido, un antiguo conocido de esos que observan rigurosamente el escalafón: os «conocen» este año; el que viene, sin aumento de trato y «por mera operación del calendario», son vuestros «amigos»; al otro son vuestros «íntimos» y os tutean, y pasan dos más, y «hermanos» del alma... y de bolsillo. Y a lo mejor no sabeis cómo se llaman. Este me cuenta una triste historia que gira alrededor de una cena, mejor dicho, de una carencia de cena la noche anterior. ¡Pobre hombre! Total, cinco pesos, que quizá recobre hoy centuplicados por haber empezado la jornada con un acto caritativo.

Ha entrado el día: vamos al trabajo. Mis gestiones en la oficina H... son importantísimas,

dependiendo de ellas una fortuna para el porvenir. El *clerk* encargado de recibir mi expediente me recibe amable y cariñoso. Sí, señor: ha encontrado una opinión del Fiscal General del año cuatro favorable a mi pretensión. La «endosará» con todas las de la ley. Esta tarde podré volver a recoger los papeles, ya terminados y en orden. Agradecidísimo. La O mayúscula continúa brillando en mi horizonte, redonda, perfecta. Todo me es simpático; todo me inspira benevolencia. ¿Las telefonistas tardan en contestar? Las pobres estarán demasiado ocupadas. ¿Los «chauffeurs» pasan volando a riesgo de atropellarme? Los pobres tendrán prisa. ¿Entro en un establecimiento a comprar una cosa por la que me piden el décuplo de lo que antes valía? Al pobre marchante quizá le subieron ayer el alquiler por décima vez...

Mediodía. Almorzaremos aquí, en este «restaurant» famoso, donde pudiera quizá encontrar Roy Cohen algunos tipos para sus deliciosas escenas de la vida afro-americana. Mucha gente y mucho polvo. La gente come, habiendo quien deja atrás en voracidad a la odiosa *musca domestica*, que es, según dicen, el animal más voraz que se conoce, y el polvo vuela... y se deja comer. Voy creyendo que tuvo razón el autor de aquella teoría según la cual, de niños nos animan y nos empujan a comer más de cuanto pide nuestro ya fuerte apetito de animales jóvenes, acostumbrando de tal modo el estómago a una constante dilatación, que luego, de hombres, nos esclaviza obligándonos a llenarle de mucho mayor cantidad de alimento de lo que requiere nuestra economía corporal (y pudo añadir, la financiera).

Por la tarde. Pensemos en mi pleito y vayamos por los papeles. ¡Qué contrariedad más

desagradable e inesperada! El sonriente *clerk* de esta mañana me recibe ceñudo y serio. Lo siente mucho, pero hay otra opinión de otro Fiscal del año 14 que echa abajo mis ilusiones y esperanzas. Yo sugiero tímidamente que quizá haya otra aún de entre el 15 y el 19 a que podamos agarrarnos. El verá, estudiará...

Salgo pensando en lo injustas que son con frecuencia las críticas anti-gubernamentales. Se ha dicho por algunos que nuestro Gobierno no era un gobierno de opinión, y es más, mucho más que eso, es un gobierno de «opiniones». Y a mi O de esta mañana le pasa algo, algo así como si le hubieran crecido en el costado derecho dos cuernecitos, hacia arriba y hacia abajo, tendiendo a convertirse en una tosca y primitiva D.

Cae el sol y voy a admirar su puesta en la histórica Luneta, pero imposible. Empieza a caer también una llovizna, un «calabobos» del norte que me obliga a cobijarme bajo un arco del pórtico del futuro carnaval. Ya hay allí otros, entre ellos una familia que es un cuadro vivo del título de la novela que dió fama a Gustavo Droz: «Papá, Mamá y el Niño». La criatura está como hinchada de gordura y se halla indudablemente en la edad del aprendizaje de monadas y habilidades. Le hacen bailar, sin duda para que le admiremos los demás *refugees*, canturriando Papá un *Fox-trot* canallesco y llevando Mamá el compás con las palmas. Aquel espectáculo del niño, pesado y torpe, bailando a la fuerza como una marmota sobre el fango que empiezan a formar las gotas de agua pasando por los intersticios del *sawale*, me desconsuela. Sí, hay tardes grises; hay gentes grises...

Viene la noche, triste y obscura, aburrida. ¿Tuvo razón D'Annunzio al llamarla, como la

llamó una vez, «noche homicida»? Sería cuestión de consultar estadísticas para saber si muere más gente de noche que de día y calcular si la ausencia de la potente vibración de la luz solar nos deja más indefensos ante el inevitable ataque de la Intrusa... Decido que el diálogo «conmigo mismo» va tomando un cariz desagradable, y como el Hostal está cerca, determino que dormiremos en seguida «mi interlocutor» y yo.

En cuanto me acuesto pego un salto. Hay algo que me hace abrigar la amarga sospecha de que exista allí otro dualismo bastante más desagradable. Cruza mi ánimo la horrible duda de que no sea yo el único ser orgánico que usufructúa el colchón. ¡Ah! ¡Esto es demasiado y no hay optimismo que lo resista!...

De pronto, en el cielo del mosquitero y como cayéndoseme encima, aparece mi O, mi O de esta tarde con los dos cuernecitos al lado derecho, sólo que el de la parte inferior he crecido extraordinariamente. Ahora es imposible confundirla con otras letras.

Y viéndolo todo negro a mi alrededor (quizá porque apagué la luz previamente), acabo por dormirme abrazado a una enorme, a una grandísima «P»... (La P de mi pesimismo, no vayan ustedes a creer).

ÍNDICE

	Págs.
Lector:	5
La Carrera de Cândida	7
La Odisea de Sing-a.	44
Un Erótico Singular	99
El Espectador.	113
Incompatibilidad de Paladares	122
El Príncipe Cruel.	132
Cigarras de Ayer	145
Suicidio Espiritual	156
Mundo Nuevo, Vida Nueva	167
La Infinita Estulticia.	169
Un Día en Manila	174

FÉ DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
6	14	tanto más picante cuando que	tanto más picante cuando que
9	10	proporciona la belleza y la debilidad	proporcionan la belleza y la debilidad
9	21-22	las heroínas del sexo	las historias de las heroínas del sexo
17	3	después de hacer comido	después de haber comido
18	7	despidiéndose unos a otros	despidiéndose unos dos otros
21	16	com muchachas pobres	con muchachas pobres
22	1	*San Pedro' Institute*	*San Pedro's Institute*
22	17	se despiegaban a un lado	se replegaban a un lado
22	35	Detrás de éstas	Detrás de éstos
27	2	sin respeciar el día referido	sin respetar el día feriado
28	21	este efluvio de voluptuosidad	ese efluvio de voluptuosidad
33	28	¡No, en los días de Capitana Martina!	¡No en los días de Capitana Martina!
37	31	*lost, good amb proper*	*lost, good and proper*
39	37	salía la lengua y los ojos	salían la lengua y los ojos
40	11	que el corazón tornadizo	que en el corazón tornadizo
42	25	están tan caras	están tan caros
50	29	habíale prometido	habíala prometido
58	26	comprar otra vez el magistrado	comprar otra vez al magistrado
60	22	le era completamente indiferente	la era completamente indiferente
62	30	de balcón o de casa de muñecas	de balcon de casa de muñecas
78	6	Cada vez que se encontraba	Cada vez que se encontraban
94	11	condujéronle en la lancha	condujéronle a la lancha
95	8	*hari hari* japonés	*hari-kari* japonés
97	26	llegeu	lleguen

11	demostré	mostré
18	intenísimo	intensísimo
8	sino les da asco	si no les da asco
12	¡el de decirle que era amigo ideal para un amigo celoso!	¡el de decirle que era el amigo ideal para un marido celoso!
17	vrerios	varios
23	estas sutiles alambicamientos	estos sutiles alambicamientos
31	otros libro	otros libros
17	dulcemente ecuanime	dulcemente ecuánime
31	apareció haber heredado	pareció haber heredado
34	acampanada	campanada
12	(*Son todas las trazas*	(*Con todas las trazas*
6	Al sentarnos en la mesa	Al sentarnos a la mesa
22	respondí ella	respondía ella
31	multicolores	multicolores
8	experimenté una sensación	experimenté como una sensación
15	no me ha de tardar	no ha de tardar
32	se dirigió donde estaba	se dirigió a donde estaba
26	la manquería	la manquedad
17	temerosa de que el sobresalto	temerosa de que al sobresalto
35	la parte que le correspondía	la parte que la correspondía
11	entorchados	entorcados
20	a éste	a ésta
22	el aladrido del perro	el aullido del perro
27	bareje	barrió
29	miró las suyas con este gesto	miró las suyas con esq gesto
34	naugrafio	naufragio
20	he crecido	ha crecido